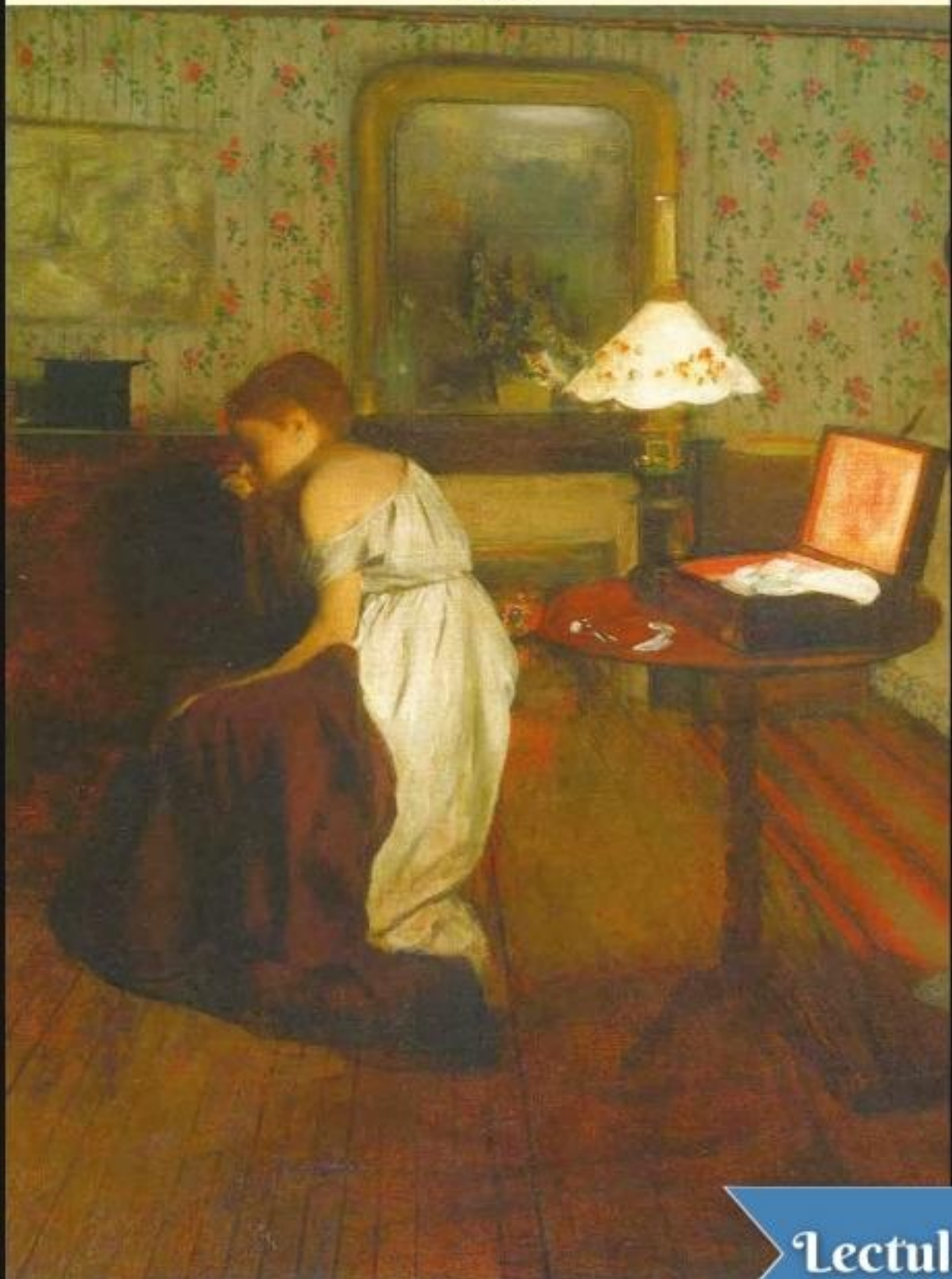


ÉMILE ZOLA

La confesión de Claude



Lectulandia

De marcado carácter autobiográfico y primera novela que escribió el gran escritor francés y maestro del naturalismo Émile Zola, *La confesión de Claude* narra bajo forma diarística la siguiente historia: Llegado a París de provincias, el joven Claude anota en un diario sus impresiones y sentimientos, una vida muy distinta a la que había imaginado en los paseos con sus amigos en la Provenza de su infancia. A ellos les escribe para dar cuenta de su desamparo ante el frío, el hambre y la falta de alguien con quien compartir su existencia miserable. Una noche, Claude conoce a Laurence, muchacha salida del arroyo que vive la bohemia parisina. Al poco, decide darle cobijo y, en su fuero interno, se propone amarla y redimirla. Sin embargo, la presencia de una vieja alcahueta y de Jacques, amigo y vecino de Claude, podría complicar las cosas...

Novela aún romántica por su forma y estilo, *La confesión de Claude* es un certero estudio sobre los celos, el pecado, la redención y el amor imposible. Su publicación levantó un gran revuelo en Francia, si bien la censura, tras minuciosas pesquisas, decidió al final no prohibirla, con lo que fue el primer paso de Zola en el campo de la novela y toda una declaración de intenciones de una nueva ética y estética que quería describir la realidad tal como era y no tal como la había idealizado el romanticismo: el naturalismo.

«Dudé largamente antes de entregar al público las siguientes páginas. Dudaba de mi derecho a mostrar un cuerpo y un corazón en completa desnudez y me interrogaba sobre si me sería permitido divulgar el secreto de una confesión»...

Lectulandia

Émile Zola

La confesión de Claude

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Título original: *La Confession de Claude*
Émile Zola, 1865
Traducción: Sergio Torremocha
Postfacio: Sergio Torremocha
Diseño de cubierta: Gian Luca Luisi
Motivo de la cubierta: *Intérieur*; Edgar Degas, 1869

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mis amigos
P. Cézanne y J.-B. Baille

Conocisteis, amigos míos, al niño miserable que fui antaño, aquel cuyas cartas hoy hago públicas. Ese niño desapareció. Quiso hacerse mayor en la muerte y en el olvido de su juventud.

Dudé largamente antes de entregar al público las siguientes páginas. Dudaba de mi derecho a mostrar un cuerpo y un corazón en completa desnudez y me interrogaba sobre si me sería permitido divulgar el secreto de una confesión. Después, mientras releía estas cartas desalentadas y febriles desprovistas de hechos y que a duras penas enlazaban entre sí, sentí que el desánimo se apoderaba de mí y me decía que los lectores acogerían bastante mal semejante publicación, tan difusa, tan enloquecida e impulsiva. El dolor es un único grito; la obra es un lamento reiterado, que se escucha una y otra vez. Dudaba como hombre y como escritor.

Pero un día soñé que nuestro tiempo requiere de lecciones y yo tal vez tuviera entre las manos la sanación de algunos corazones dolientes. Quiere el mundo que nosotros, novelistas y poetas, moralicemos. No sabría sentar cátedra, pero conozco las penurias y las lágrimas de una pobre alma; y tal vez yo pudiera instruir y consolar. Las confesiones de Claude contenían las enseñanzas supremas de los sollozos, la moral elevada y pura de la caída y la redención.

Entonces comprendí que aquellas cartas eran tal como debieran ser. Ignoro todavía hoy cómo las aceptará el público, pero esperaré su franqueza incluso en su indignación. Son humanas.

Me he decidido pues a editar este libro. He decidido hacerlo en nombre de la verdad y por el bien de todos. Después, multitudes aparte, pensé en vosotros, pues me apetecía contar de nuevo la terrible historia que ya os hizo llorar.

Esta historia es desnuda y verdadera hasta la crudeza. Los delicados se sentirán indignados. Ni siquiera contemplé la posibilidad de recortar una sola línea, convencido de que estas páginas son la expresión completa de un corazón donde hay más luces que sombras. Fueron escritas por un niño nervioso y entregado que se

entregó por completo, con los escalofríos de su carne y con los impulsos de su alma. Son la manifestación enfermiza de un temperamento particular que ásperamente reclama tanto la cruda realidad como las dulces y falsas esperanzas del sueño. Todo este libro está dedicado a ese mismo tema, la lucha entre el sueño y la realidad. Si los amores vergonzosos de Claude le cuestan ser severamente juzgado, que sea perdonado con el desenlace, cuando se nos revela más joven y más fuerte, hasta llegar a ver a Dios.

Hay algo de sacerdote en este niño. Tal vez algún día llegue a arrodillarse. Busca en su desesperación inmensa una esperanza que lo sostenga. Hoy nos narra su desoladora juventud, nos muestra sus llagas, y grita lo mucho que ha sufrido para evitar a sus hermanos tener que pasar por sufrimientos semejantes. Corren malos tiempos para los corazones parecidos al suyo.

Podría, con sólo una frase, caracterizar su obra, concederle el mayor elogio que le deseo como artista y contestar simultáneamente a todas las objeciones que le fueren señaladas:

Claude vivió con la cabeza bien alta.

ÉMILE ZOLA
15 de octubre 1865

La confesión de Claude

Ya está aquí el invierno; el aire de la mañana es más fresco y París se pone su abrigo de brumas. Ha llegado la estación de las veladas íntimas. Los labios buscan febriles los besos de los amantes; los de aquellos amantes que, exiliados del campo, se refugian en las buhardillas y se acurrucan ante la lumbre para disfrutar de su eterna primavera bajo el ruido de la lluvia.

Yo, hermanos míos, vivo el invierno con tristeza; sin primavera, sin amada. Mi desván está en lo alto de una escalera húmeda; es grande e irregular; los ángulos se pierden en las sombras y las paredes desnudas y oblicuas convierten el cuarto en una especie de pasillo que se estira en forma de ataúd. Muebles pobres de planchas finas mal ajustadas, pintadas de un color rojo espantoso, que crujen con ruido fúnebre en cuanto las tocas. Jirones de damasco desteñido colgando por encima del lecho y una ventana sin cortinas que se abre a una gran muralla negra, sempiternamente erguida y severa.

Al atardecer, cuando el viento retumba contra la puerta y las paredes vacilan con la llama de mi lámpara, siento pesar sobre mí un hastío mortecino y helado. Me detengo ante la lumbre moribunda, ante los feos rosetones marrones del papel pintado, ante los jarrones de loza donde se marchitaron las últimas flores y me parece oír algo lamentándose de soledad y de pobreza. Este lamento es descorazonador. Toda la buhardilla me reclama las risas, las riquezas de sus hermanas. El hogar pide los fuegos más vivos; los jarrones, olvidando la nieve, desean rosas frescas y el lecho suspira y me habla de cabelleras rubias y de hombros de blanca palidez.

Escucho y no puedo más que sentirme desolado. No tengo lámpara alguna para colgar del techo, ni siquiera una alfombra para ocultar las baldosas desiguales y fracturadas. Y cuando mi habitación tan sólo me pide la sonrisa de la tela blanca, de los muebles sencillos y brillantes, mi desolación va en aumento por no poder satisfacerla. Me parece entonces más desierta y más miserable; el viento que la penetra es más frío y la sombra que flota en ella más espesa; el polvo se acumula sobre las planchas de madera: la tapicería se desgarrá descubriendo el enyesado. Todo calla; escucho en el silencio los sollozos de mi corazón.

¿Hermanos, os acordáis de aquellos días en los que la vida era para nosotros ensoñación? Teníamos la amistad, soñábamos con el amor y con la gloria. ¿Recordáis aquellas veladas en Provenza, cuando al nacer las estrellas íbamos a sentarnos en el surco humeante aún por los ardores del sol? El grillo cantaba, el aura de las noches de estío acunaba nuestra charla y dejábamos que nuestros labios dijeran lo que sentían nuestros corazones: cándidamente, amábamos a reinas, nos coronábamos de laureles; me contabais vuestros sueños y yo os decía los míos. Luego nos dignábamos descender de nuevo a tierra firme. Os confiaba mi regla de vida, completamente

dedicada al trabajo y al esfuerzo; os decía que tuvierais valor y, sintiendo la riqueza en mi alma, incluso me complacía la idea de la pobreza. Ascendíais como yo por las escaleras de las buhardillas, esperabais alimentaros de grandes pensamientos y, gracias a nuestra ignorancia de la realidad, parecíais creer que el artista, en el insomnio de su vigilia, se ganaría el pan del mañana.

Algunas veces, cuando las flores eran más suaves y las estrellas más radiantes, acariciábamos amorosas visiones. Cada uno de nosotros tenía a su bienamada. Las vuestras, ¿las recordáis?, eran muchachas morenas y risueñas, reinas de las cosechas y las vendimias, que se adornaban de espigas y de racimos, y corrían por los senderos, llevadas en un vuelo por su turbulenta juventud. La mía, pálida y rubia, tenía la majestuosidad de los lagos y las nubes, caminando lánguidamente, coronada de verbena, parecía estar, a cada paso que daba, a punto de abandonar la tierra.

¿Os acordáis, hermanos míos? El último mes fuimos así a soñar en medio de los campos y a extraer de la esperanza santa del niño el valor del hombre. Me cansé de la ensoñación y creí sentir en mí la fuerza de la realidad. Hace ya cinco semanas que dejé atrás nuestros amplios horizontes que fecunda el soplo ardiente del Mediodía. Estreché vuestras manos, dije adiós a nuestro campo favorito y quise ser el primero en partir en busca de la corona y de la amante que Dios reserva a nuestros veinte años.

—Claude —me dijisteis al partir—, estás en la lucha. Mañana no estaremos aquí como ayer para darte esperanza y valor. Te verás solo y pobre, sin más compañía que tus recuerdos para poblar y dorar tu soledad. Dicen que es ardua tarea. Ve, puesto que sientes sed de vida. Recuerda tus proyectos, sé firme y leal en la acción como lo fuiste en la ensoñación, vive en los desvanes, come pan duro, sonríe a la miseria. Que el hombre no parodie en ti la ignorancia del niño; que acepte tan áspera labor del bien y de lo bello. El sufrimiento hace hombres a los hombres, las lágrimas se secarán algún día, cuando mucho se ha amado. Ten valor y espéranos. Te consolaremos, te reñiremos desde la distancia. No podemos seguirte hoy dado que aún no nos sentimos tan fuertes como tú; nuestras ensoñaciones son aún demasiado seductoras como para cambiarlas por la realidad.

Reñidme, hermanos, consoladme, pues apenas empecé a vivir y estoy ya muy triste. ¡Qué blanca era aquella buhardilla de nuestros sueños, como la ventana que saboreaba el sol! ¡Qué estudiosa y apacible era la vida que nos ofrecían la miseria y la soledad! La miseria tenía para nosotros el lujo de la luz y la sonrisa. ¿Pero sabéis lo fea que es en realidad una buhardilla? ¿Conocéis el frío que se siente cuando se está solo, sin flores ni cortinas blancas donde reposar los ojos? El día y la alegría pasan sin atreverse a entrar en esta sombra y en este silencio.

¿Dónde están hoy mis praderas y mis riachuelos? ¿Dónde mis soles del atardecer cuando doraban las cimas de los álamos y trocaban las rocas del horizonte en palacios deslumbrantes? Me equivoqué, hermanos. No soy más que un niño que quiso ser hombre antes de tiempo. Confié demasiado en mi fuerza, mi lugar tal vez aún esté a

vuestro lado.

Ahora amanece un nuevo día. He pasado la noche delante del hogar apagado mirando mis pobres paredes para contaros mis primeros sufrimientos. Un pálido fulgor ilumina los tejados; algunos copos de nieve caen lentamente del cielo pálido y triste. El despertar de las grandes ciudades es inquieto. Escucho los murmullos de la calle llegar hasta mí como un sollozo.

No: esta ventana me niega el sol, este entarimado está húmedo, esta buhardilla, desierta; no puedo amar, no puedo trabajar aquí.

II

Os irritáis por mi falta de valentía; me acusáis de envidiar el terciopelo y el bronce, de no aceptar la pobreza santa del poeta. ¡Qué desdicha! Me agradan los grandes candelabros, los mármoles que el cincel acarició poderosamente. Adoro lo que brilla, lo que tiene belleza, lo que atesora gracia y riqueza. Necesito vivir en mansiones. O mejor aún, en prados verdes, alfombrados de musgos frescos y perfumados, con sus tapices de hojas y con sus amplios horizontes de luz. Prefiero el lujo de Dios al lujo de los hombres.

Disculpadme, hermanos, la seda es tan suave y el encaje, tan ligero, y el sol sonrío tan alegremente en el oro y en el cristal.

Dejadme soñar; no temáis por mi orgullo. Quiero escuchar vuestras fuertes y hermosas palabras, embellecer mi buhardilla de gozo e iluminarla con grandes pensamientos. Si me siento demasiado solo, me crearé una compañera fiel a mi voz que vendrá a besarme la frente tras la labor cumplida. Si las baldosas están frías, si carezco de pan, olvidaré el invierno y el hambre sintiendo la calidez dentro de mi corazón. Con veinte años, resulta fácil ser el artífice de la propia alegría.

La otra noche, la voz de los vientos era melancólica; mi lámpara agonizaba, el hogar estaba apagado, el insomnio había trastornado mi razón con pálidos fantasmas que erraban en mis sombras. Tuve miedo, hermanos, me sentí débil y os relaté mis lágrimas. El primer rayo de luz alejó de mí la pesadilla de mi vigilia. No siento hoy aquel obstáculo en mi persona. Acepto la lucha.

Quiero vivir en el desierto sin sentir nada más que mi corazón; sin ver nada que no sea mi sueño. Quiero olvidar tiempos pasados, cuando los hombres me preguntaban y respondían. Como la joven esposa cuyo seno se estremeció con la emoción de las madres, el poeta, cuando cree sentir dentro de su ser las sacudidas del pensamiento, debe buscar una hora de éxtasis y de recogimiento. Correrá a encerrarse con su querido hatillo sin atreverse a dar por segura tanta felicidad; interrogará su costado, esperará y permanecerá dubitativo. Cuando un dolor más agudo le confirme que Dios lo ha fecundado, sólo entonces rehuirá durante largos meses el gentío, para volcarse en cuerpo y alma en el amor del ser que el Cielo le ha confiado.

Permitido le sea ocultarse y disfrutar como un avaro de las angustias del parto, pues mañana, desde su orgullo, vendrá a solicitar las caricias para el fruto de sus entrañas.

Soy pobre, debo vivir solo. Mi orgullo sufriría con consuelos banales; mi mano quiere apretar manos de iguales. Ignoro el mundo, pero siento que la miseria es tan fría que debe congelar los corazones que viven a su alrededor y que, por ser hermana del vicio, es tímida y vergonzosa, cuando en realidad es noble. Tengo la frente bien alta y estoy decidido a no inclinarla.

Pobreza, soledad, sed pues mis anfitrionas. Sed mis ángeles de la guarda, mis musas, mis compañeras de ruda y estimulante voz. Hacedme fuerte, dadme la ciencia de la vida, decidme lo que cuesta ganarse el pan de cada día. Que vuestras viriles caricias, tan ásperas que hasta parecen heridas, me endurezcan en lo bueno y en lo justo. Encenderé mi lámpara durante estas noches de invierno y os sentiré a las dos a mi lado, heladas y silenciosas, inclinadas sobre mi mesa, dictándome la austera verdad. Cuando, hastiado del silencio, suelte la pluma y os maldiga, tal vez una sonrisa melancólica me baga poner en tela de juicio mis ensoñaciones. Y entonces, vuestra paz, serena y triste, os hará tan hermosas que os tomaré por amantes. Nuestros amores serán serenos y profundos como vosotras. Los enamorados de dieciséis años envidiarán la voluptuosidad áspera de nuestros besos fecundos.

Sin embargo, hermanos míos, me agradecería sentir la púrpura en los hombros; no para arroparme delante de la multitud, sino para vivir con largueza bajo este soberbio y rico ropaje. Me gustaría ser rey de Asia y soñar de día y de noche sobre un lecho de rosas en alguna de aquellas mansiones fabulosas con serrallos, llenas de flores y de sultanas. Baños de mármol con fuentes perfumadas, galerías de madreselvas sostenidas por enrejados de plata; salas inmensas con plafones sembrados de estrellas... ¿No os parece que éste fuera el palacio que los ángeles deberían construir para cada hombre de veinte años? La juventud anhela tener en su festín todo aquello que canta, todo lo que brilla. Tras el primer beso, es necesario que la amada se vea cubierta de encajes y de joyas y que su tálamo, transportado por cuatro hadas, sea de oro y de mármol sobre un cielo de pedrerías y de telas de satén.

Hermanos, hermanos, no me riñáis, seré sensato. Amaré este desván y no volveré a soñar con mis palacios. ¡Oh! ¡Qué joven y apasionada sería la vida allí!

III

Trabajo, creo. Paso días enteros delante de mi mesilla, soltando la pluma durante largas horas para acariciar alguna cabeza rubia que la tinta ensuciaría. Y después reanudo la labor iniciada vistiendo a mis heroínas con los rayos de mis sueños. Así olvido la nieve y el armario vacío. Vivo no sé dónde, o tal vez en una nube; quizás en el plumón mullido de un nido abandonado. Cuando escribo una frase bien construida, convenientemente adornada, creo ver a los ángeles y a los espinos en flor. Poseo la santa alegría del trabajo. ¡Ah! ¡Qué loco fui por estar triste y cómo me equivocaba cuando me creía solo y pobre! No sé qué producía en mí esa desolación. Creía ayer que mi habitación era fea; y hoy me sonrío. Siento a mi alrededor amigos a los que no veo, pero que son numerosos y me tienden sus manos. Su número creciente oculta las paredes de mi reducto.

¡Mi pobre mesilla! Cuando la desesperación me toque con su ala, yo vendré siempre a sentarme ante ti y a acodarme sobre la hoja blanca en la que el sueño sólo se fija una vez entregada la sonrisa.

Pero, por desgracia, necesito una sombra de realidad. Me sorprendo a veces inquieto, anhelando una alegría de la que no soy consciente. Escucho entonces algo parecido a un lamento de mi corazón, diciéndome que sigue teniendo frío y hambre y que una ensoñación no puede darle calor ni satisfacerlo. Quiero contentarlo. Saldré mañana; pero no para aislarme en mí mismo, sino para ir mirando por las ventanas e invitándolo a elegir entre las damas más bellas. De vez en cuando, lo llevaré hasta su balcón preferido. Se llevará una mirada como forraje y durante ocho días dejará de sentir el invierno. Cuando vuelva a alertarme por peligro de inanición, otra sonrisa lo apaciguará. ¿Nunca soñasteis, hermanos, que una tarde de otoño encontrabais en los trigales una muchacha morena de dieciséis años que al pasar os sonreía para perderse después entre las espigas? Aquella misma noche volvíais a verla en sueños y al día siguiente tomabais a primera hora el mismo sendero que seguisteis el día anterior: la visión amada pasaba, volvía a sonreír y os dejaba una nueva ensoñación para vuestro próximo sueño, transcurriendo así meses o años. Cada día, vuestro corazón desfalleciente venía a saciarse de aquella sonrisa y nunca pedía nada más. Una vida entera no os habría bastado para agotar todo el embrujo de la joven cosechadora.

IV

Ayer tenía una buena lumbre en mi hogar. Era rico; tenía dos velas y las encendí sin pensar en el mañana.

Me descubrí cantando mientras me preparaba para pasar una noche de trabajo. La buhardilla reía de tan cálida y luminosa.

Cuando me sentaba escuché en la escalera un ruido de voces y de pasos precipitados. De puertas que se abrían y se cerraban. Y luego, en el silencio, gritos ahogados subiendo hasta mí. Me incorporé vagamente inquieto y prestando la mayor atención con mis oídos. Los ruidos cesaron unos instantes; iba a volver a la silla cuando alguien subió y me gritó que una mujer vecina mía estaba pasando una crisis nerviosa. Alguien me pedía socorro.

La puerta estaba abierta y sólo veía la escalera negra y silenciosa. Me cubrí con una ropa más cálida y bajé sin siquiera acordarme de coger alguna de mis velas. En el piso inferior me detuve sin saber por dónde entrar. Tampoco escuchaba lamento alguno; estaba rodeado por tinieblas espesas. Por fin pude percibir por la rendija de una puerta mal cerrada un fino hilo de luz. Empujé la puerta y la abrí.

La habitación era hermana de la mía: grande, irregular, destartada. Pero habiendo dejado mi buhardilla iluminada de lumbre y de claridad, la sombra y el frío de ésta me encogieron el corazón de compasión y de tristeza. Un aire húmedo me golpeó el rostro; un escuálido candil ardiendo sobre una de las esquinas de la chimenea desfalleció por culpa del viento de la escalera, sin permitirme siquiera ver objeto alguno.

Me detuve en el umbral. Finalmente pude distinguir la cama con las sábanas caídas en el suelo y algunas ropas esparcidas sobre la manta.

En medio de aquellos jirones se estiraba una forma blanca imprecisa. Hubiese creído estar en presencia de un cadáver de no ser porque el candil momentáneamente me mostraba una mano suspendida sobresaliendo del lecho y agitándose con rápidas convulsiones.

A la cabecera del lecho se hallaba una dama anciana. Sus cabellos grises se precipitaban en mechetas tiesas que caían sobre su frente, y sus ropas, embozadas a toda prisa, descubrían unos brazos amarillentos y descarnados. Me daba la espalda mientras sujetaba la cabeza y me ocultaba el rostro de la mujer acostada.

Aquel cuerpo estremecido, atendido por aquella vieja horrible, me produjo rápidamente una impresión de asco y pavor. La inmovilidad de aquellas figuras les confería una dimensión fantasmagórica y su silencio invitaba casi a dudar de que estuvieran vivas. Por un instante creí estar asistiendo a una de esas espantosas escenas del Sabbath, cuando las brujas beben la sangre de las muchachas para tirarlas en brazos de la muerte pálidas y arrugadas, una vez les han sido arrebatadas su

juventud y su frescura.

Al oír el ruido de la puerta, la vieja giró la cabeza. Dejó caer pesadamente el cuerpo que sostenía, para acto seguido acercarse hasta mí.

—¡Ah! ¡Le agradezco que venga usted, caballero! Pues las personas mayores temen las noches de invierno y este cuarto está tan frío que tal vez mañana no lo hubiera abandonado yo con vida. Me desvelo hasta tarde ¿sabe...?, y cuando hay poco que comer, es conveniente dormir mucho. Además, la crisis ya pasó. Sólo tendrá usted que esperar a que esta dama se despierte. Buenas noches, señor.

La anciana se había retirado. Estaba solo. Cerré la puerta y, sujetando el candil, me acerqué hasta la cama. La mujer que seguía tendida sobre el lecho debía de tener unos veinticuatro años. Permanecía estirada en este estado de malestar profundo que sucede a las convulsiones durante los ataques de nervios. Tenía los pies plegados debajo de ella, y sus brazos, tiesos aún y abiertos en cruz, yacían extendidos a ambos lados del lecho. Al principio no pude juzgar su belleza dado que su cabeza, inclinada hacia atrás, se perdía entre la maraña de sus cabellos esparcidos. La tomé en mis brazos, distendí sus miembros y la acosté de espaldas. Después aparté los bucles de su frente. Era fea: sus ojos cerrados carecían de pestañas; sus sienes eran bajas y huidizas; su boca era grande e inerte. No sé qué clase de vejez precoz había borrado los contornos de sus rasgos para dejar en todo su rostro una huella de cansancio y de avidez.

Seguía dormida. Amontoné bajo sus pies todos los trapos que encontré a mano y realcé su cabeza bajo otro paquete de ropas. Mi ciencia se limitaba a estos cuidados y decidí esperar a que se despertara. Temía que pudiera sufrir una segunda crisis y que resultase herida al caerse de la cama.

Me puse a visitar el desván. Al entrar había notado esparcirse un violento perfume a almizcle que, mezclándose con el olor amargo de la humedad, se apoderaba de forma extraña del olfato. Sobre la chimenea se alineaba una fila de botellas y tarros con aceites aromáticos aún grasientos. Encima de todo esto, un espejo con forma de estrella colgado y desbruñado en amplias placas. Las paredes estaban desnudas, todo estaba tirado por el suelo: zapatos de satén gastados, ropa sucia, cintas marchitas, jirones de encaje. A medida que yo apartaba con el pie los andrajos para abrirme paso, descubrí un vestido precioso de seda azul nuevo por estrenar adornado con lazos de terciopelo. Estaba tirado en una esquina, entre los demás trapos, enrollado en un paquete arrugado, aún manchado por el barro del día anterior. Lo recogí y lo suspendí a una alcayata.

Fatigado, sin encontrar una silla, decidí tomar asiento al pie de la cama. Empezaba a comprender dónde estaba. La muchacha todavía dormía, ahora que era plena luz del día. Creí haber errado cuando la declaré fea y me puse a contemplarla detenidamente. Un sueño más suave había devuelto una vaga sonrisa a sus labios, y sus rasgos se habían distendido; el sufrimiento que había experimentado daba a su fealdad una especie de belleza dulce y amarga. Descansaba triste y resignada. Su

alma parecía aprovechar el reposo de su cuerpo para ascender hasta su rostro.

Estaba en la miseria inmundada; en esta extraña amalgama de seda azul y de fango. Aquel desván era el cuchitril infame donde la lujuria famélica negociaba su saciedad; esta muchacha era pues una de aquellas viejas de veinte años de las que sólo queda de la mujer la huella fatal del sexo y que siguen traficando con ese cuerpo que les deja el cielo una vez les ha retirado el alma. ¡Qué cosa! ¡Cuánto lodo en un único ser; cuánta suciedad en un solo corazón! Dios golpea con rudeza a su criatura cuando le permite rasgar sus ropas de inocencia para ponerse esa cintura suelta y liviana que se deshace con la mano del primero que pasa. En nuestros sueños de amor nunca soñábamos con que un día nos encontraríamos un camastro, en la oscuridad de un desván, y sobre ese lecho maldito, a una muchacha del arroyo dormida y semidesnuda.

Aquella desgraciada inclinaba la cabeza bajo el ala acariciante de un sueño; un hálito dulce y regular escapaba de sus labios; sobre sus párpados lánguidamente cerrados corría intermitente un débil estremecimiento. Yo me había acodado a la cabecera y mi mirada no podía apartarse de aquella cara tan pálida, de su belleza extraña. No sabría decir qué clase de fascinación ejercía sobre mí aquel sueño apacible del vicio, el de esos rasgos mustios, con esa dulzura angelical impresa en su reposo. Me decía que aquella muchacha dormía mecida por su decimosexto cumpleaños y que tenía una virgen ante mis ojos. Este pensamiento colmaba mi espíritu y si alguna otra idea se entrometió, no fui consciente de ello. Ya no sentía el frío... pero temblaba. Mis venas latían con una fiebre desconocida. Mi ensoñación divagaba, más inquieta y más triste.

La muchacha suspiró y se dio la vuelta sobre el lecho. Apartó la manta, descubriendo sus pechos.

Mis sueños sólo me habían mostrado hasta entonces una casta desnudez, siempre velada por rayos de luz. Tan sólo había llegado a entrever los brazos de las lavanderas batiendo alegremente la ropa de la colada. Tal vez alguna vez mi mirada se había posado sobre el cuello blanco y delicado de una bailarina cuando sentía mi razón turbarse al compás de sus trenzas, vencida por mi corazón.

Aquellos pechos brutalmente desnudos me ruborizaron y llenaron el corazón de angustia: creí que iba a ponerme a llorar. Me avergoncé por aquella joven, creí que mi virginidad desaparecía con mi mirada: no podía apartar los ojos de ella, siguiendo aquellas suaves ondulaciones, y me deslumbraba su blancura. Mis sentidos callaban, pero mi espíritu estaba embriagado. Mis impresiones tenían un encanto tan extraño que no puedo hoy compararlas más que al santo horror que me sacudió el día en que por primera vez vi un cadáver. Mi imaginación también me había representado la muerte. Pero al ver aquella cara azulada y aquella boca negra y abierta, cuando la nada se mostró en toda su enérgica grandeza, no pude apartar mis ojos del cadáver, temblando con una voluptuosidad dolorosa, atraído por no sé qué extraña irradiación de la realidad.

Así, aquel primer seno desnudo me dejaba palpitante con una emoción que no

sabría definir.

Sobre aquel pecho herido por las caricias de todos se posaban mis ojos. ¡Ah! Cuando pienso hoy en aquella noche fatal, en aquel éxtasis aterrado que me había dejado sin aliento, cuando me vuelvo a ver, inclinado sobre aquel lecho infame, inquieto y sonrojado, me pregunto angustiado si alguien me devolverá aquella primera mirada para poder acercarme ruborizado al lecho de una virgen. Hoy me pregunto quién me devolverá el instante en que el velo cae de los hombros de la amante, cuando el amante comprende con una mirada y se inclina deslumbrado por ese conocimiento. He bebido hasta la ebriedad en una copa mancillada; nunca comprenderé el esplendor que tiene el seno de una virgen para unos ojos aún ignorantes.

La muchacha despertó y me sonrió sin parecer extrañada de encontrarme a su lado. Esta sonrisa era vaga, como si estuviera dirigida a las multitudes, como aburrida de residir en sus labios. No me habló y me tendió sus brazos. Aquella mañana, cuando regresé a mis aposentos, encontré mis velas completamente consumidas, mi hogar estaba muerto desde hacía largo rato. La habitación estaba fría y oscura; ya no tenía llama ni claridad.

Hermanos... ¿Dónde está la amante, reina de los lagos y de las nubes? ¿Dónde la cosechadora morena cuya mirada es tan profunda que satisfaría toda una vida de amor?

Así pues, ya está hecho; mentí a mi juventud, me desposé con el vicio. El recuerdo de mi primera hora de amor quedará estrechamente asociado a un camastro infame y unas sábanas aún calientes por los besos de algún extraño. Cuando evoque a mi prometida en las noches de mayo veré levantarse una muchacha desnuda y cínica que se despierta y me tiende sus brazos. Este espectro pálido y marchito será el de todos mis amores. Se incorporará entre mi boca y la de la virgen desposada, reclamando para sus labios mis labios mancillados. Y se deslizará en mi cama aprovechando mi sueño para abrazarme en una pesadilla. Cuando la amante musite a mi oído alguna palabra estremecida de voluptuosidad, estará allí para decirme que el espectro fue quien me habló primero en aquel lenguaje. Cuando apoye mi cabeza sobre el hombro de la esposa, me presentará el suyo, aquel donde dormí en mi noche de bodas. Así nunca podrá mi corazón latir sin que venga a helarlo el recuerdo maldito de nuestros desposorios.

Sí. Aquella noche fue suficiente para privarme de la paz suprema. El primer beso no despertó un alma. No sentí la santa ignorancia de los abrazos, mis labios tímidos no encontraron unos labios tan tímidos como ellos. Nunca conoceré estas cándidas caricias a tientas; la inocencia de la pareja que no sabe cómo rasgar el velo. Ni sabré cómo se estremecen estrechamente acurrucados y lloran por no poder fundirse. Y cómo permanecen así, dubitativos, buscando una escapatoria para sus almas; y he aquí que sus labios se encuentran y que, siendo dos, devienen en un único ser.

Después aparece el conocimiento cuando los enamorados penetran con un beso la ley de Dios: ¡cuál no será su felicidad al deberse el uno al otro las mismas claridades, el mismo infinito! No han hecho más que intercambiar su virginidad: apenas se quiten mutuamente sus blancas vestimentas, seguirán llevando ropajes de querubines. Mezclando sus alientos, sonriendo con una misma sonrisa, solazándose en su unión. ¡Hora santa en la que los corazones laten más libremente y encuentran un cielo al que ascender! ¡Hora única en la que el amor ignorante mide de pronto su potencia, se cree dueño de la extensión y se embriaga con su primer aleteo! Hermanos, que Dios os preserve esa hora cuyo recuerdo perfumará toda una vida. Esa hora nunca será para mí.

Tal es la fatalidad. Es infrecuente que dos corazones vírgenes se encuentren; pues uno de ellos no tiene el éxtasis de su flor para entregarlo. Sucede hoy a cada uno de nuestros veinteañeros, a quienes nos sentimos ávidos de amar, que, al no poder traspasar las verjas de las casas honradas, nos resultará mucho más fácil llegar hasta

la puerta abierta de par en par de los lupanares de baja estofa. Cuando preguntamos en qué hombro apoyaremos nuestras frentes, los padres ocultan a sus hijas y nos empujan hacia sombríos callejones. Nos gritan que respetemos a sus hijas, las mismas que un día habrán de ser nuestras esposas; prefieren para ellas, antes que nuestras caricias primerizas, las caricias que aprenderemos en los lugares de mala nota.

Así pues, pocos se reservan para la esposa; pocos, en el desierto de su juventud, ¡se niegan las únicas e impuras compañeras que les reserva la singular previsión de los hombres! Algunos, estúpidos y malos chicos, alardean de su mancha, se pavonean con esas muchachas perdidas. Otros, en el despertar de su alma, a la primera llamada de la amante, sienten la gran tristeza de interrogar en vano el horizonte y no saber dónde se halla aquella que su corazón reclama. Deambulan mirando los balcones, inclinándose hacia cada joven rostro: los balcones están desiertos y los rostros jóvenes velados. Hasta que llegue la tarde en que un brazo se deslizará debajo del suyo, en que una voz los hará estremecer. Y ahora hastiados y desesperados, por no poder encontrar el ángel del amor, persiguen su espectro.

Hermanos, no busco excusas para una noche de desvarío, pero permitidme decir que me resulta extraño ver enclaustrar la castidad y permitir que la depravación viva a pleno sol, con la frente muy alta.

Permitidme que deplora esta desconfianza hacia el amor, que crea soledad alrededor del amante; esta salvaguarda de la virtud mediante el vicio que nos obliga a contemplar a diez mujeres perdidas a lo largo del camino que nos habrá de conducir hasta la puerta de una virgen. Quien sucumbiera a sus caricias indignas podrá decir, cuando se acerque a los pies de su esposa: «Ya no soy digno de ti, pero ¿acaso viniste tú hacia mí? ¿Me esperaste tú en los trigales floridos antes de recorrer yo tantos cruces de camino donde cada mojón señala a una sacerdotisa? ¿Por qué no fuiste para mí la primera, por tu bien y el mío?».

Al regresar a casa esa tarde, me encontré en la escalera a la vieja de la otra noche subiendo penosamente ante mí, ayudándose en el pasamano y juntando ambos pies ante cada escalón. Se volvió y me dijo:

—Pues dígame, caballero, ¿qué tal está vuestra enferma...? ¿Está mejor? Los escalofríos ya se le habrán pasado, espero, y usted no parece haber sufrido demasiado por la frialdad del lugar. ¿Lo ve? Ya sabía yo que para una chica guapa un muchacho apuesto es mejor médico que una anciana.

Se reía mostrando su boca vacía. Aquella complacencia de la vejez ante los amores vergonzantes me hizo sonrojar.

—No se ruborice —añadió—, porque he visto a más de uno, tan altanero como usted, entrar sin avergonzarse y salir canturreando. A la juventud le gusta reír; las muchachas que pasan por santas son bobas. ¡Ah! ¡Si yo aún tuviera quince años!

Había llegado a mi puerta. Me sujetó del brazo cuando estaba a punto de entrar y prosiguió.

—Tenía cabellos dorados, mis mejillas eran tan puras que mis amantes me

llamaban «Pâquerette».^[1] ¡Si me hubiera visto, habría entrado! Vivía en el entresuelo, en un nido de seda y oro. Cada cinco años, ascendía una planta. Hoy me alojo bajo los tejados. Sólo me queda descender pues para seguir el camino del cementerio. ¡Ah! ¡Qué suerte tiene su amiga Laurence, que sólo vive en el tercero!

Así pues, la muchacha se llamaba Laurence. Desconocía aún su nombre.

VI

Me reincorporé a mi labor, pero con repugnancia, hastiado desde el primer minuto. Ahora que había levantado una esquina del velo, no tenía el valor de dejarlo caer, ni el valor de apartarlo por completo. Cuando me siento delante de mi mesilla me acodo tristemente y dejo deslizarse la pluma entre mis dedos diciéndome: «¿Para qué?». Mi inteligencia parece haberse agotado; no me atrevo a releer las pocas frases que escribo, ni siento esa alegría del poeta al que una rima afortunada hace reír sin motivo, como a un niño. Reñidme, hermanos, pues los ripios ya no me quitan el sueño.

Mis escasos recursos se agotan. Puedo calcular, día más día menos, la tarde en que careceré de todo. Termino mi pan casi ansioso por acabarlo y evitarme así verlo disminuir tras cada refrigerio. Me entrego cobardemente a la miseria, pues la lucha me aterra.

¡Cuánto mienten quienes pretenden que la pobreza es la madre del talento! Que hagan el recuento de a cuántas personas hizo ilustres la desesperación y a cuántas envileció lentamente. Cuando las lágrimas nacen de una herida recibida en el corazón, las arrugas que labran son bellas y nobles, pero cuando es el hambre del cuerpo lo que las hace fluir, cuando cada tarde una bajeza o una labor embrutecedora las enjuagan, marcan el rostro horriblemente, sin otorgarle la dolorosa serenidad de la vejez.

No. Dado que soy pobre, tal vez me corresponda morir mañana: no puedo trabajar. Cuando el armario estaba lleno, sentía un gran valor; me sentía con fuerzas para ganarme mi pan de cada día. Hoy está vacío y todo para mí es hastío. Me resultará más fácil dejarme morir de hambre que hacer el más mínimo esfuerzo.

Sé que diréis que soy cobarde y un perjuro a nuestros juramentos; sé que no tengo derecho a refugiarme tan pronto en la derrota. Tengo veinte años; no puedo estar hastiado de un mundo que desconozco. De un mundo que ayer soñaba dulce y bueno. Acaso sea otro sueño juzgarlo hoy tan malvado. ¿Qué puedo hacer, hermanos? Mi primer paso ha sido tan desafortunado que no me atrevo a seguir caminando. Agotaré todo mi sufrimiento; verteré todas las lágrimas y la sonrisa volverá. Mañana trabajaré mucho más alegremente.

VII

Ayer me acosté a las cinco, en pleno día, olvidándome la llave en la puerta.

A eso de medianoche, cuando veía en mi sueño que de pronto me hizo abrir los ojos. La lámpara estaba encendida. Una mujer al pie de la cama me miraba dormir. Estaba de espaldas a la luz. Entre las brumas del sueño, creí que Dios se apiadaba de mí haciendo realidad alguna de mis ensoñaciones. La mujer se acercó. Reconocí en ella a Laurence. Laurence sin tocado, con su precioso vestido de seda azul. El vestido de fiesta dejaba al descubierto sus hombros amoratados por el frío. Laurence se acercó para besarme.

—Mi querido amigo —me dijo—, le debo cuarenta francos al propietario. Acaba de negarse a darme la llave de mi puerta y ha añadido que no me costaría gran esfuerzo buscarme otra cama. Y era demasiado tarde para buscar en otro lugar. Por eso pensé en ti.

Se sentó para desanudar sus botines. Yo no entendía nada y nada quería entender. Me pareció que se había introducido en mi hogar con malas intenciones. Aquella lámpara encendida sin yo saber cómo, aquella mujer casi desnuda en el centro de aquella habitación helada, me aterraban. Resistí a la tentación de pedir auxilio.

—Viviremos como tú quieras —prosiguió Laurence—. No soy embarazosa.

Me incorporé para despertar completamente. Empezaba a comprender; y lo que comprendía era espantoso. Retuve en mi garganta una palabra grosera que ascendía hasta mis labios. La injuria me repugna; sufro la vergüenza por aquellos a quienes insulto.

—*Madame*... soy pobre —le contesté con sencillez.

Laurence me contestó riendo:

—¿Ahora me llamas «*madame*»? —y siguió hablándome—: ¿Estás enfadado conmigo? ¿Qué te he hecho yo? Ya había adivinado que eras pobre: porque me respetabas demasiado para ser rico. Pues, ea, seremos pobres.

—No podré ofreceros ni vestidos ni finas viandas.

—Porque supones que me obsequian a menudo... Los hombres no son tan buenos con las pobres chicas. Sólo nos desplazamos con baúles en las novelas. Y por cada chica que encuentra su vestido, diez se mueren de hambre.

—Hasta hoy sólo podía permitirme dos frugales comidas al día. A partir de ahora sólo podremos permitirnos una. Y con pan seco para comer menos y apenas agua clara.

—Quieres asustarme. ¿No tienes algún padre, esté cercano o lejano, que te envíe libros o ropa que vendas después? ¡Pues nos comeremos tu pan duro e iremos luego al baile a beber champán!

—No. Estoy solo. Trabajo para vivir. No me veo capaz de asociaros a mi miseria.

Laurence, con las piernas cruzadas, no siguió desatándose los botines. Se quedó pensativa.

—Escúchame... —añadió bruscamente—. No tengo pan ni tengo asilo. Tú eres joven y no puedes comprender nuestro eterno desamparo, incluso estando rodeadas de lujo y de alegría. La calle es nuestro único domicilio; en cualquier otro lugar, no estamos en nuestro hogar. Nos señalan la puerta y salimos. ¿Quieres que salga? Tienes todo el derecho a expulsarme; y yo la opción de irme a dormir debajo de un puente.

—No quiero expulsaros. Lo único que digo es que habéis elegido mal refugio, que no podréis acomodaros a mi tristeza y a mi desierto.

—¿Elegir? ¿Crees que se nos presenta la posibilidad de elegir? Pues enfádate; entré aquí porque no sabía adónde ir. Subí furtivamente para pasar la noche en un peldaño de la escalera, me apoyé en tu puerta y me acordé de ti. Tú no tienes pan, yo no he comido nada desde ayer y mi sonrisa es tan pálida que no me dará de comer mañana. Ya ves que sí me puedo quedar. Tanto mejor morir aquí que en la mismísima calle, porque aquí hace menos frío.

—No. Seguid buscando. Encontraréis a alguien más rico y más alegre que yo. Más adelante me agradeceréis el no haberos acogido.

Laurence se levantó. Su rostro adquirió una inexpresable expresión de amargura e ironía. Su mirada no suplicaba; era insolente y cínica. Cruzó los brazos y me miró a la cara. Entonces me dijo:

—Sé franco, no quieres saber nada de mí. Soy fea y miserable. Sé que te disgusto y me echas de tu casa. No puedes permitirte la belleza y quieres que tu amante sea hermosa. Fui una estúpida al no tenerlo presente. Tendría que haberme dicho que no servía ni para la miseria y que debería descender algún otro escalón. Tengo sed y los arroyos están para beber. Tengo hambre y el hurto puede alimentarme. ¿Sabes qué? Te agradezco tus consejos.

Reabrochó su vestido y se acercó a la puerta.

—Ya ves... Nosotras, las infames, valemos más que las personas decentes.

Habló durante largo tiempo con su voz más áspera. No sabría reproducir la fuerza brutal de su lenguaje. Dijo que se prestaba a nuestros caprichos, que reía cuando le pedían que riera y que le volvíamos la cabeza más tarde, cuando nos la cruzábamos por la calle. ¿Quién nos forzaba a sus besos, quién nos empujaba a sus brazos por la noche para que le devolviéramos tanto desprecio al hacerse de día? Yo, que había querido tenerla aquella noche, ¿por qué no quería saber nada de ella hoy? ¿No se me ocurría que hay un mundo en el que la mujer que se entrega a los brazos de un hombre se convierte en su esposa? Ya que ella estaba mancillada, podría seguir mancillándola impunemente... Ni tan siquiera temía yo que viniera algún día a recordarme nuestra unión. Ella ya no existía para mí y tal vez yo la había dejado encinta. Nos podíamos haber vinculado así sin haber guardado nada en común.

Permaneció en silencio un instante. Después prosiguió con renovada energía:

—Y yo digo que tú mientes, y digo que somos esposos y que tengo los derechos de la esposa. Ni puedes evitar que lo que ha sido deje de ser. Quisiste esta unión y eres un cobarde por no quererla más. Tú eres mío y yo soy tuya.

Laurence abrió la puerta. Me insultaba en el umbral, pálida y sin cólera en la voz. Salté de mi cama y corrí a cogerla del brazo.

—Vamos, quédate, lo quiero así. Estás helada, acuéstate.

Dejadme decir, hermanos, que yo lloraba. No era por piedad. Las lágrimas fluían por sí mismas de mis mejillas, sin que yo sintiera ninguna otra cosa que no fuera una inmensa tristeza. Las palabras de aquella muchacha me habían impactado profundamente. Su razonamiento, cuya fuerza sin duda la superaba, me pareció justo y verdadero. Comprendí en mi fuero interno que ella tenía derecho a mi jergón, del que no podría excluirla sin ofender toda forma de justicia. Seguía siendo una mujer, aunque mancillada, y yo no podía utilizarla como un objeto sin vida, al que el desprecio y el abandono no afectarían para nada. Al margen de todo, yo debía ser para ella lo que hubiera podido ser para la amante de mis sueños. La virgen y la chica del arroyo pueden, de la misma manera, aparecer una tarde de invierno para decirnos que tienen hambre y frío y que nos necesitan. Acogemos a la primera, expulsamos a la otra.

Hacerlo así sería tanto como reconocer la cobardía de nuestros vicios, pues nos aterra tener tan cerca de nosotros el recuerdo y el remordimiento vivo de nuestra mácula. Nos complace vivir en la honorabilidad y cuando nos ruborizamos ante la invitación de una amante envilecida, renegamos de ella para explicar nuestro sonrojo por su falta de pudor. Y lo hacemos sin creernos culpables y sin plantearnos qué clase de justicia solicita esa muchacha. La costumbre la ha convertido en nuestro juguete y nos extraña que ese juguete nos hable y se declare mujer.

Yo me estremecí ante la verdad. Comprendí y lloré. El asunto me pareció sencillo, claro y evidente. Las palabras de Laurence me asustaban sin indignarme. Nunca me planteé la posibilidad de que viniera, pero había venido... Y yo la recibía. Hermanos, no sabría explicaros cuáles eran entonces mis sentimientos. Mi espíritu de veinte años aceptaba en su sentido absoluto aquellas palabras que no aceptaban la menor vacilación: «Tú eres mío y yo soy tuya».

Esta mañana, cuando desperté y vi que Laurence yacía a mi lado, sentí mi corazón encogerse de angustia. La escena de la noche anterior había sido borrada. Ya no escuchaba aquellas palabras rudas y verdaderas que me llevaron a aceptar a la muchacha: sólo quedaba lo sucedido con toda su crudeza. La miré mientras dormía. Por primera vez la veía a la luz del día sin que su rostro mostrara aquella belleza extraña del dolor y la desesperación. Cuando la vi así, fea y envejecida, hundida en un pesado sueño embrutecido, me estremecí ante aquel rostro marchito y vulgar que no conocía. No pude comprender cómo podía ser que me despertara con semejante compañera. Acababa de despertar de un sueño y la realidad se mostraba tan severa y

horrible que olvidé lo que me condujo a aceptarla.

Qué importaba, al fin y al cabo, que fuera cosa de justicia o de licenciosidad; aquella muchacha era mi amante. Hermanos, nunca tendré suficientes lágrimas para derramar y quizás tampoco vosotros tengáis el valor suficiente para secarlas.

VIII

Sí. Pienso igual que vosotros; quiero preservar mi esperanza; quiero hacer de esta unión fatal una fuente de nobles aspiraciones.

En otros tiempos, cuando nuestro pensamiento se detenía en aquellas pobres chicas, sólo lo hacía por misericordia y piedad. Soñábamos con la sana labor de la redención. Pedíamos a Dios que nos enviara un alma muerta para devolvérsela joven y blanca, obra de nuestro amor.

La fe de nuestros dieciséis años haría creer e inclinarse a las pecadoras.

Eramos entonces como Didier perdonando a Marion^[2] y reconociéndola como su legítima esposa a los pies del cadalso. Ascendíamos la condición de las cortesanas con la elevación de nuestras ternuras.

¡Pues bien! Hoy podría yo ser aquel Didier; Marion está aquí, tan impura como el día en que la perdonó, y su vestido desabrochado de nuevo pide una mano que se cierre sobre la suya; su frente pálida reclama un soplo puro que le devuelva el color de su juventud. Aquello que anhelábamos en nuestra santa locura, lo encontré sin buscarlo.

Y dado que fue Laurence quien vino a mí, quisiera en vez de mancillarme en la mácula de su corazón marchito, darle la virginidad del mío. Seré sacerdote; haré levantarse a la mujer caída y perdonaré.

¿Quién sabe, hermanos, tal vez sea una prueba suprema que Dios me envía? O quizás quiera Él, cargándome con el peso de un alma, conocer todo el poder de la mía. Me ha reservado la labor de los fuertes y no teme verme aliado del vicio; seré digno de su designio.

IX

Anhele hacer olvidar a Laurence lo que es, engañarla respecto a sí misma por la seria amistad que le demuestro. Siempre le hablo con dulzura, mis palabras siempre son graves y decentes.

Cuando alguna palabra fea se le escapa, simulo no haberla oído. Si su chal se abre, ni siquiera miro, y la trato más como a una hermana que como a una amante. Opongo a su vida bulliciosa de ayer una vida tranquila y reflexiva. Aparento ignorar que aquella existencia no es la suya y me esfuerzo tanto en aparentarlo con naturalidad, que ella acabará dudando que una vez viviera en su propio pasado.

Ayer la insultó un hombre que pasaba por la calle. Ella iba a contestarle con otra injuria; pero yo me adelanté y no le di tiempo a hacerlo. Me acerqué a aquel hombre, que estaba borracho, y lo cogí por la muñeca exigiéndole que respetara a mi mujer.

—¿Su mujer? —me respondió parodiándome—. Ya las conocemos a estas mujerzuelas que...

Entonces lo sacudí violentamente, repitiéndole mi orden más fuerte. Balbuceó algo y se marchó pidiéndome excusas. Laurence retomó mi brazo, silenciosa, como confusa por el título de esposa que yo reclamaba para ella.

Soy consciente de que demasiada austeridad sería contraproducente. No espero que se produzca un regreso brusco al buen camino y querría orquestar un sutil escalonamiento que le evitase que sus pobres ojos enfermos quedaran dañados por la luz: he aquí toda la dificultad de la tarea.

He observado que esas chicas, mujeres antes de hora, mantienen durante largo tiempo la despreocupación y la puerilidad de la infancia. Aunque estén de vuelta de muchas cosas, seguirían jugando con muñecas. Cualquiera nadería las divierte y las hace reír a carcajadas. Recobran, sin siquiera pensarlo, el arrobamiento y los parloteos mimosos de las niñas de cinco años. Saco provecho de esta observación. Le doy unas ropas a Laurence, lo cual nos hace grandes amigos durante una hora.

No podríais creer la emoción profunda que produce en mí tan particular educación. Cuando creo haber hecho latir aquel corazón muerto, me entran ganas de arrodillarme y de darle gracias a Dios. Seguramente me exagere a mí mismo la santidad de mi misión, diciéndome que el amor de una virgen no me santificaría tanto como el amor con que esta muchacha quizá me ame algún día.

Pero ese día aún está lejos. Mi compañera se siente abrumada por mi respeto. Ella, que afronta sin avergonzarse el insulto, se ruboriza cuando le dedico una palabra amable. A veces, la veo vacilar para responderme, como dudando de que sea ella a quien hablo. Se extraña de no ser injuriada y parece soportar con desgana mis delicadas intenciones. Esa máscara de muchacha honrada que la obligo a llevar puesta la incómoda y parece no saber qué hacer con el afecto. A menudo descubro

una sonrisa en sus labios: debe de pensar que me burlo de ella y me pide mediante esa sonrisa que tenga a bien detener la broma pesada.

Llegada la noche, a la hora de acostarnos, apaga la vela antes de desabrocharse, atrae hacia sí para cubrirse los lados colgantes de las mantas y aprovecha mi sueño para saltar de la cama por la mañana. Cuando habla, busca palabras parecidas a las mías y evita de vez en cuando tutearme.

No sé por qué estas precauciones tuyas me inquietan; tal vez porque veo en ellas más obligaciones que se impone que verdadera castidad. Siento que actúa así por miedo a disgustarme, que a ella le liaría igual estar desnuda y hablar el mismo lenguaje de las verduleras. No puede haber alcanzado tan deprisa la conciencia del pudor. ¿Cómo decíroslo, hermanos míos? Laurence me tiene miedo: tal habrá sido el resultado de una semana de respeto.

Apenas se levanta de la cama, hace sus abluciones y se sitúa ante el espejo, donde permanecerá mirándose durante una hora. Tiene prisa por reparar el desorden de la noche. Sus cabellos, algo ralos, se desparraman mostrando algunas calvas; sus mejillas, cuyo maquillaje quedó borrado, son pálidas y marchitas. Siente que ya no tiene su juventud prestada y se preocupa por mis miradas. La pobre muchacha, que vivió de su frescura, teme ahora que yo la expulse el día en que vea que la perdió. Se peina con mucho esmero, procurando hinchar sus rizos y disimula hábilmente los bucles ausentes. Maquilla sus pestañas, blanquea sus hombros y enrojece sus labios. Yo, mientras, le doy la espalda fingiendo no ver nada. Luego, cuando se ha pintado la cara y se vuelve a sentir joven y guapa, viene hasta mí sonriente. Parece tranquilizarla el pensar que se gana su pan con justicia y recobra su desenvoltura. Se me ofrece complaciente, olvidando que no puedo abusar de tan bellos coloretes, y parece convencida de que me bastará el poder contemplarlos durante toda la mañana.

Le di a entender que prefiero el agua clara a las pomadas y los cosméticos. E incluso añadí que prefería sus arrugas precoces a ese rostro graso y reluciente con el que se enmascara a diario. No lo comprendió. Se ruborizó creyendo que le reprochaba su fealdad y desde entonces se esfuerza aún más por evitar ser ella misma.

Así peinada y maquillada, ceñida en su vestido de seda azul, se arrastra de silla en silla, indolente y aburrida. Sin osar moverse por miedo a arrugar un pliegue de su falda, permanece sentada durante el resto del día. Cruza las manos y se queda dormida con los ojos abiertos, en una extraña somnolencia. A veces, se levanta y se acerca a la ventana. Allí apoya su frente contra los cristales helados y prosigue su somnolencia. La vi activa antes de que fuera mi compañera. La vida agitada que llevaba entonces le confería un ardor febril, su pereza era ruidosa y aceptaba con alegría la ardua labor del vicio. Ahora que convive en mi existencia tranquila y estudiosa, nene todo el ocio de la paz sin el deber del trabajo dulce y regular que aquella trae consigo.

Yo debería, ante todo, curarla de su indolencia y de su aburrimiento. Puedo entender que eche de menos las patéticas emociones del arroyo, pero su naturaleza es

tan poco enérgica que no se atreve a expresar esa nostalgia en voz alta. Ya os lo dije, hermanos, ella me tiene miedo; pero no teme a mi cólera, sino a ese ser desconocido que no puede comprender. Percibe vagamente mis deseos y se pliega a ellos ignorando su verdadero sentido.

Por eso se cubre sin ser casta, por eso permanece seria y tranquila sin dejar por ello de ser ociosa y perezosa. Por eso cree no poder rechazar mi estima, extrañándose a veces, pero sin buscar jamás hacerse digna de ella.

Sufría al ver a Laurence derrumbada y languideciente. Pensé que el trabajo era el gran redentor y que la alegría plácida de la tarea cumplida le haría olvidar el pasado. Mientras la aguja corre con presteza, el corazón despierta, la actividad de los dedos confiere a la ensoñación una viveza más alegre y más pura. La mujer reclinada sobre el telar desprende un aroma pudoroso, indefinible. Ella está ahí, tranquila y presurosa. Tal vez perdida ayer en una hora de pereza, la obrera de hoy ha recobrado la actividad serena de la virgen. Habladle a su corazón: él os contestará.

Laurence me dijo que era costurera. Deseé que permaneciera a mi lado, alejada de los talleres. Me pareció que aquellas horas apacibles que pasamos juntos —yo contándome alguna historia, ella mezclando sus sueños con el hilo de bordar—, nos unirían con una amistad más dulce y profunda. Ella aceptó esta idea de trabajar igual que acepta todos y cada uno de mis deseos, con una obediencia pasiva, curiosa mezcla de indiferencia y de resignación.

Tras algunas pesquisas di con una señora mayor que tuvo a bien confiarle algunas labores para juzgar su habilidad. Laurence tuvo que trabajar hasta medianoche, dado que yo me había comprometido a entregar el encargo a la mañana siguiente. Me acosté antes que ella y la observé. Parecía que estuviera durmiendo; su agobio mortecino era evidente, la aguja corría fría y regular, indicándome que sólo trabajaba su cuerpo. La anciana consideró mal bordada aquella muselina, declaró que aquél era el trabajo de una mala operaría y que no encontraría a nadie que le satisficiera aquella labor de pespuntos grandes, con tan poca gracia. Yo ya me temía lo sucedido; aquella pobre muchacha, que había sido agasajada con joyas a los quince años, no podía saber mucho de costura. Afortunadamente, mi intención respecto a sus labores consistía en la lenta sanación de su corazón y no en poner a prueba la habilidad de sus dedos, ni tampoco las ganancias obtenidas con sus vigiliadas. Para no devolverla a la ociosidad, creí conveniente imponerle yo mismo una labor. Decidí ocultarle el rechazo desalentador de la anciana.

Compré una banda de bordado y le dije al regresar que su labor había sido aceptada y que le confiaban un nuevo encargo. Después le entregué unas pocas monedas que aún me quedaban, como salario de su primera vigilia. Sabía que al día siguiente no me podría permitir hacer otro tanto y que tal vez lo lamentara. Pero había querido hacerle apreciar el sabor del pan ganado honradamente.

Laurence cogió el dinero sin preocuparse por nuestra cena. Se fue corriendo a comprar una hilera de botones de terciopelo para su vestido azul, que ya empezaba a ensuciarse y a desgarrarse. Nunca la había visto tan afanosa: un cuarto de hora le bastó para coser aquellos botones. Se arregló con esmero, toda ella, y después se admiró en el espejo. Al caer la noche, ella seguía yendo y viniendo por el cuarto,

mirando su nueva indumentaria. Cuando encendí la lámpara, le pedí dulcemente que reanudara su trabajo. Pareció no haberme comprendido. Le repetí mis palabras y entonces se sentó con brusquedad, asiendo el bordado con cólera. Mi corazón se rompió en pedazos.

—Laurence —le dije—, no quiero que trabajes porque te veas forzada a hacerlo. Deja la aguja si prefieres no hacer nada. No me siento con derecho a imponerte una labor; eres libre de ser buena o ser mala.

—No, no —me contestó—. Tú anhelas que trabaje. Comprendo que debo compensarte por mi sustento y por mi parte del alquiler, incluso podré pagar algo de tus gastos si trabajo hasta muy tarde.

—¡Laurence! —le grité, dolorosamente—. Bueno, chica, ponte contenta, pues a partir de ahora no volverás a tocar una sola aguja de coser. ¡Dame ahora mismo este bordado!

Y lancé a las llamas aquella muselina. Vi cómo ardía mientras lamentaba mi precipitación. No había sido capaz de dominar mi angustia y me sentía desolado, sintiendo que Laurence volvía a escapárseme. Acababa de devolverla a la holgazanería. Me estremecía ante aquellos pensamientos ultrajantes de lucro; comprendía que no me sería posible volver a aconsejarle que trabajase. Así pues, ya estaba hecho: una palabra había bastado para que yo mismo le prohibiera alcanzar su redención.

Laurence no pareció sorprenderse ante mi brusco proceder. Tal y como os dije anteriormente, aceptaba con mayor facilidad la cólera que el afecto. Incluso sonrió al sentirse victoriosa de lo que ella denomina «mi hastío». Luego se cruzó de manos, feliz de recobrar su ociosidad.

Entristecido, mientras removía las cenizas calientes, me puse a pensar por medio de qué palabra, de qué sentimiento, podría yo despertar aquella alma. Me asustó no haber podido devolverle aún la frescura de su juventud. La hubiera querido ignorante, ávida de saber. Me desesperaba la indiferencia mortecina de aquella noche, satisfecha de su sombra, y tan espesa que incluso rechazaba la luz del día. En vano llamaba yo al corazón de Laurence, pues nunca había una respuesta. Como si la muerte ya hubiera pasado por allí y hubiera secado cada libra de su ser. Un simple estremecimiento suyo y me hubiera hecho creer que se salvaría.

¿Pero qué podía hacer ante aquella negrura, ante esa criatura desolada, mármol insensible que el afecto no era capaz de reanimar? Las estatuas me aterran; pues me miran sin verme, me oyen sin escucharme.

A fin de cuentas, me dije, tal vez fuera culpa mía el no saber hacerme comprender. Didier amaba a Marion; no buscaba en absoluto salvar un alma. Y así pudo obrar el milagro que mi razón y mi bondad intentaban en vano obtener. Un corazón sólo se despierta ante la voz de otro corazón. El amor es como el sagrado bautismo que, por sí mismo, sin la fe y sin la ciencia del bien, remite a todos los pecados.

Yo no amo a Laurence. Esta muchacha fría y hastiada sólo me produce repugnancia.

Su voz y su gesto me parecen insultos; todo en su persona me hiere. Carente de cualquier atisbo de delicadeza, hace odiosa la mejor palabra y pone un ultraje en cada sonrisa suya. Todo en ella se vuelve malo. Quise simular ternura y me acerqué hasta ella. Permaneció inmóvil, inclinada ante el hogar, abandonándome sus manos frías e inertes. Entonces la atraje hacia mí. Alzó la cabeza y me interrogó con la mirada. Ante esa mirada me eché hacia atrás, rechazándola.

—¿Qué quieres pues? —me preguntó.

¿Que qué quería yo? Mis labios se abrieron para gritarle: «Quiero que abandones ese corpiño de seda que se abre ante el primer deseo que lo roza. Quiero que ames y que sientas en el beso de un amante la caricia de un hermano. Quiero que nuestra unión no sea un comercio y que no me vendas tu cuerpo para pagar el cobijo de mi techo. ¡Por piedad, compréndeme y no me insultes!».

Pero guardé silencio, hermanos. Si la hubiese amado, sin duda habría hablado y quizás ella me habría comprendido.

Consideré haber carecido de habilidad y de prudencia. Me precipité. Me pasé de largo sin preguntarle a Laurence si me comprendía. Yo, que desconozco la vida... ¿cómo podría enseñarle las ciencias de ésta? ¿Sabría yo aplicar algo que no fueran estúpidas reglas de conducta soñadas con dieciséis años, teóricamente hermosas pero absurdas en la práctica? No es suficiente amar el bien, ni orientarse hacia un ideal de virtud, difusas aspiraciones cuyo objeto, a su vez, también es indefinido. Cuando la realidad se impone, sé hasta qué punto estos deseos se formulan poco; reconozco mi impotencia ante el combate que esta realidad me presenta. Jamás podré rodearla con mis brazos, ni vencerla, ignorando la manera de sujetarla, impotente incluso a la hora de confesar la victoria que quiero obtener sobre ella. Una voz grita en mi interior y me dice que no deseo la verdad, que no deseo siquiera cambiarla, de tan malvada que me parece. Que el mundo que es siga siendo como es; ni tan siquiera deseo usar los residuos de esta tierra para crear una tierra nueva. Entonces, carente de base, el andamiaje de mis ensoñaciones se desmorona al menor impacto. No soy sino un pensador inútil, amante platónico del bien al que acunan vanas ensoñaciones, y cuyo poder se desvanece en cuanto entra en contacto con la tierra.

Hermanos, me resultaría más fácil darle alas a Laurence que darle un corazón de mujer.

Somos niños grandes. No sabemos qué hacer con esta sublime realidad que nos llega de Dios y que arruinamos a placer por nuestros sueños. Somos tan torpes a la hora de vivir que la vida se torna nefasta. Aprendamos a vivir y el mal desaparecerá. Si yo poseyera el arte superior de lo real, si tuviera conciencia de un paraíso humano, podría distinguir la quimera de lo posible, hablaría... y Laurence me comprendería. Sabría qué valores suyos reprender y cuáles le propondría como ejemplo. Ciencia delicada que me llevaría a penetrar en las causas de su caída y encontrar un remedio para cada llaga de su corazón. ¿Pero qué hacer cuando mi ignorancia levanta una barrera entre ella y yo? Yo soy el sueño y ella es la realidad. Podríamos caminar el uno junto al otro sin nunca encontrarnos y, llegados al final del camino, ella no me habría escuchado ni yo la habría comprendido.

Pensé volver sobre mis pasos para aceptar a Laurence tal cual es y hacerle recorrer el camino que sus pies humanos le permitieran transitar. Quise estudiar con ella la vida, descender para intentar remontar después. Dado que tuve que realizar a tientas tan ardua labor, quise empezarla desde el último escalón.

¿No sería recompensa suficiente que la condujera a darme todo el amor que fuera capaz de dar? Hermanos, me temo que nuestros sueños no sólo fueran falacias; los percibo pequeños y pueriles frente a una realidad de la que apenas soy consciente. Hay días en los que, más allá de los rayos y los perfumes, más allá de las visiones

indecisas que no puedo obtener, atisbo los audaces contornos de lo que sí es. Y comprendo que ahí reside la vida, la acción, la verdad; mientras que en el medio que yo me construyo se agita un pueblo extraño al ser humano, de sombras vanas, cuyos ojos no me ven, cuyos labios no sabrían hablarme. A un niño quizá le complacieran estos amigos fríos y mudos; pues aterrado ante la vida, se refugia en aquello que no tiene vida. Pero nosotros los hombres no debemos conformarnos con este vacío eterno. Nuestros brazos fueron hechos para abrazar.

Ayer, mientras paseaba con Laurence, nos encontramos con un grupo apretujado de gente con máscaras dentro de una carroza, que se dirigía al baile, desmelenado y ebrio, haciendo gran alboroto. Ya entramos en enero, el mes terrible. La pobrecita se emocionó con los gritos de sus hermanos. Les sonrió y se volvió para mirarlos un poco más. Pasaban ante sus ojos la alegría del ayer, sus indolencias, su vida alocada y tan amarga que no podrían olvidarse sus febriles alegrías. Regresó más triste y se acostó enferma de silencio y soledad.

Esta mañana vendí algunos efectos personales y luego fui a alquilar un vestido para Laurence: le anuncié que iríamos al baile esa misma tarde. Me abrazó y acto seguido se apoderó del vestido y se olvidó de mí por completo. Contempló cada lazo, cada lentejuela, impaciente por vestirse de gala; tiró sobre sus hombros aquellos jirones de satén, embriagada por el tacto sobrecogedor de la tela. De vez en cuando se giraba y me lo agradecía con una sonrisa. Comprendí que a mí nunca me había amado tanto, y a punto estuve de arrancarle de las manos aquellos trapos que valían más que toda la estima que mi bondad pudiera suscitar en ella.

Pero, por fin, ella me entendía. Dejaba de ser para ella un ser desconocido y horrendo por su austeridad y aburrimiento. Iría al baile como los demás y, al igual que ellos, alquilaba trajes, contentaba a mis amantes. Era un muchacho encantador y amoroso, como todos los de ese mundo de la buena sociedad; de ese mundo de hombros desnudos, gritos y exabruptos. ¡Qué alegría! Mi sensatez me mentía.

Laurence se sintió como pez en el agua, dejó de estar atemorizada, liberó sus posturas, estalló en carcajadas estruendosas. Sus palabras groseras, su libertad gestual la llenaban de bienestar. Estaba a gusto en su desnudez.

Yo tenía mi merecido, pues había esperado que un mes de tranquilidad, sin por ello hacer de ella una muchacha honrada, la llevaría a olvidar un poco a la muchacha de antes. Creía que, cuando cayera la máscara, el rostro que apareciera mostraría menos desplome en sus labios y más color en su frente. No era así: tenía ante mí los mismos rasgos marchitos, la misma risa espesa y ruidosa. Tal y como entró esta mujer en mi buhardilla, vendiéndome su cuerpo a cambio de abrigo, me la encontraba tras haber estado protestando a diario durante un mes contra la infamia de ese comercio. Ni había aprendido nada, ni nada había olvidado, y sus miradas brillaban con una expresión nueva. Era una alegría miserable: la de creer que yo parecía por fin aceptar su cuerpo como moneda de cambio. Ante este extraño resultado, me pregunté si no resultaría patético intentarlo de nuevo. Yo hubiera querido una Laurence real, y

esta Laurence, por la que corría un soplo de vida, me aterraba aún más que la criatura mortecina de ayer. Pero la lucha prometía ser tan áspera que escuchaba en el fondo de mi ser roda la audacia de mis veinte años rebelándose contra mi repugnancia y mi espanto.

Cuando sonaron las seis, aunque el baile sólo comenzaría a medianoche, Laurence se dispuso a acicalarse. El cuarto se convirtió inmediatamente en un desbarajuste, con el agua salpicando del barreño e inundándolo todo, ropa mojada sobre los azulejos, la espuma de jabón caída de las manos extendiéndose sobre el suelo en placas blanquecinas; el peine en el suelo junto al cepillo y las piezas de vestir olvidadas sobre las sillas, encima de la chimenea, en los rincones, esponjándose en los charcos. Laurence, para estar más a gusto, se sentó en cuclillas y estuvo lavándose enérgicamente, tirándose agua sobre la cara y los hombros a manos llenas. A pesar de aquel diluvio, el jabón, sucio de polvo, le dejaba amplias manchas en su piel. Entonces se desesperó y me llamó en su auxilio. Decía tener la espalda completamente negra, y que ella no podía alcanzarla.

Luego se levantó con los hombros enrojecidos, tiritando, y me dio la toalla.

La llave había quedado en la puerta. Nada más apoyar sobre la espalda de Laurence el trapo helado, entró Pâquerette. Esa anciana viene a veces en busca de algunas brasas, y la compasión me impide echarla pese a lo mucho que me desagrada.

—¡Ah! ¡Ven, buena amiga! —le gritó mi compañera—. Ven a ayudarme un poco, que Claude tiene miedo de hacerme daño.

Pâquerette recogió el trapo y empezó a frotar con toda la fuerza de sus brazos enjutos. No parecía extrañada por el desorden ni por la mujer desnuda. Paseaba complacientemente sus manos rígidas sobre aquellos hombros todavía blancos, envidiando su blancura y evocando los placeres de antaño. Laurence, con la cabeza medio girada, le sonreía y se estremecía en un respingo jadeante por el contacto súbito de un agua más fría.

—¿Adónde vas, hijita? —le preguntó la horrible anciana.

—Claude me lleva al baile.

—¡Ah! Muy buena cosa... —prosiguió Pâquerette, que se quedó quieta y se volvió hacia mí.

Tras coger un trapo limpio, siguió hablándome mientras secaba a Laurence amorosamente:

—Esta mañana estaba pensando en que van ustedes a morir de tristeza permaneciendo siempre encerrados en este cuarto. Buena muchacha la que tiene con usted, señor. Conozco a más de una que le habría abandonado veinte veces. ¡Ya está, hija mía! Ahora estás guapa; tendrás muchos pretendientes esta noche. ¿Está usted celoso?

No pude contestar. Estaba sonriendo inconscientemente mientras seguía con la mirada la extraña escena. Un pensamiento que volvía una y otra vez a mi mente me impedía escucharla. Era el de un grabado antiguo que había visto no sé dónde y que

representaba a Venus en su baño, lavada por unas ninfas y acariciada por pequeños Cupidos. La diosa se abandona en brazos de esas mujeres, tan jóvenes y bellas como ella; sólo la espuma de las olas velaba su desnudez voluptuosa y, en la orilla, un viejo fauno olvida sus deseos en silenciosa admiración ante tanta juventud y frescura.

—¡Está celoso! ¡Está celoso! —repitió Pâquerette con una risa aguda entrecortada por sacudidas de hipo—. ¡Mucho mejor para ti, hija mía, que así te hará muchos regalos y podrás engañarlo más fácilmente! Yo tuve un amante que se le parecía mucho, caballero: creo que era algo más bajo, pero con los mismos ojos suyos y la misma boca, incluso los mismos cabellos peinados hacia atrás. Me adoraba; me atosigaba con sus caricias, me seguía dondequiera que fuese... Razón por la cual lo abandoné al cabo de ocho días.

Mientras la anciana parloteaba, Laurence se había cubierto. Se peinó de pie, delante del espejo, seria y contenida. La otra, de pie junto a ella, dejó de hablar, contemplando con devoción los paquetes de polvo de maquillaje y los frasquitos de aceite aromático; perfumería de baja estofa adquirida a bajo precio en puestos al aire libre. Dado que ellas se olvidaban de mí, me senté en un rincón.

El espejo me devolvía sus imágenes, y esas dos caras, pese a las arrugas de la una y el relativo frescor de la otra, me parecían hermanas por su común expresión de envilecimiento. Las mismas miradas enturbiadas por las noches ardientes, los mismos labios deformados por brutales caricias. Apenas podía leerse en sus mejillas marchitas la cifra en años que separaba sus edades. Las dos eran igual de viejas por licenciosas. Durante unos instantes, me imaginé ser el amante de Pâquerette y cerré los ojos.

Se olvidaron de mí. De vez en cuando, intercambiaban una palabra a media voz. Laurence maldecía pateando porque algunos mechones rebeldes se negaban a formar un bucle. Entonces la vieja hablaba de sus rubias trenzas de antaño, describía el peinado de las chicas de su tiempo y, para hacerse comprender mejor, disponía a su vez sus cabellos grises delante del espejo. A continuación, desgranaba alabanzas a la juventud de mi compañera, retahílas interminables respecto a los males del envejecimiento. Las arrugas se presentaron antes que el hastío del cuerpo; de ahí que lamentase no haber apurado la vida de sus veinte años. Hoy era conveniente vivir sin apresurarse, en el silencio y las sombras, albergando en el corazón celosa admiración por aquella que aún podía envejecer.

Laurence la escuchaba, contestándole con preguntas, interrogándola sobre si tal bucle la favorecía, buscando nuevos elogios. Después, cuando los cabellos largamente trabajados quedaron espesados a su gusto, había que pintar el rostro. Entonces Pâquerette quiso poner un toque personal a su obra de arte. Tomó rojo y azul en unos tampones de algodón y los paseó con ligereza por las mejillas y alrededor de los ojos de la joven. Le agrandó los párpados, purificó la frente, saneó los labios. Y al igual que los pobres soñadores escayolamos la realidad con colores discordantes y exclamamos acto seguido haber creado algo, ella se maravillaba con

su obra sin observar que a veces esa mano temblorosa difuminaba los rasgos, exageraba la púrpura de la boca y el tamaño de los párpados de la muchacha. Bajo sus dedos, este rostro cambió horriblemente para mí. Había adquirido en algunas partes tonos mates y terrosos, mientras que otras partes relucían, frotadas con el ungüento extendido para fijar el maquillaje. La piel estirada e irritada hacía muecas; roda su cara, colorada y macilenta a un tiempo, tenía la sonrisa estúpida de las muñecas de cartón. Los tonos eran tan chillones y tan falsos que dañaban la vista.

Laurence, de pie e inmóvil, con la mirada vuelta hacia el espejo, se dejó rejuvenecer con complacencia. Se borraba con la uña los rasgos demasiado acusados. Muy seria, inclinada, estudiaba durante algunos segundos cada uno de los acicalamientos que Pâquerette le aportaba.

Esta última, una vez terminada su gran obra, retrocedió unos pasos para juzgarla mejor. Después, satisfecha, exclamó:

—¡Ah, hija mía, ahora vuelves a tener quince años!

Laurence le sonrió. Las dos eran sinceras: admiraban con franqueza el resultado, sin dudar ni un sólo instante del milagro producido. Sólo después se acordaron de mí. La joven, orgullosa de estos nuevos quince años, vino a abrazarme, queriéndome entregar la virginidad de una noche. Sus hombros desnudos desprendían ese olor fresco y anodino de las personas que salen del baño. Al contacto de sus labios húmedos de maquillaje, me estremecí de asco.

—Acuérdate de mí, hijita —le dijo Pâquerette cuando se retiraba—. A las viejas les encantan los dulces.

Cuando nos quedamos solos, tuvimos que aguardar dos largas horas. No recuerdo un aburrimiento tan profundo. Aquella espera de un placer que me repugnaba tenía algo para mí de doloroso, y las impaciencias de Laurence me parecía que retrasaban aún más el lento discurrir de los minutos.

Ella se sentó sobre el lecho, en su traje de satén rosa con lentejuelas de oro; aquel oropel desentonaba de la manera más extraña, destacando sobre el papel ahumado de la habitación. La lámpara se moría, el silencio sólo quedaba interrumpido por el ruido de la lluvia golpeando los cristales. Hermanos, ignoro si aún persiste en mi interior un fondo de vergüenza. Quiero decíroslo a vosotros, que debéis de conocerme en el fondo de mi ser: frente a esta mujer, abandonado por mis amados pensamiento cotidianos, empecé a desear una Laurence joven y bella. Deseé poder transformar esta buhardilla en un refugio misterioso dispuesto para los aspectos más ásperos de la voluptuosidad. Entonces habría contentado los sueños de mis horas malas. Pues ya no me repugnaba el vicio, sino la fealdad y la miseria.

Finalmente, fui en busca de un carruaje y nos fuimos. Pese a la hora tardía, las calles estaban aún llenas de ruidos y de luces. Se oían risas estallar en cada esquina, los grupos de borrachos y de muchachas en cada *cabaret*. Nada me resultaba tan odioso como ver aquel populacho corriendo en el lodo, cantando codo con codo el estribillo de canciones obscenas. Laurence, asomada a la portezuela, reía con

entusiasmo al escuchar estas alegrías groseras; interpelaba a los transeúntes, buscando la injuria, feliz de poder apuntarse a esta guerra de palabrotas que desatan las máscaras entre sí. Viendo que yo permanecía mudo, me espetó:

—¿Y para qué estás aquí? ¿Acaso me traes al baile para quedarte dormido?

Me asomé yo también; busqué a mi vez a alguien a quien insultar. No me hubiera disgustado levantar mi puño ante alguno de aquellos brutos que se divertían con semejante espectáculo. Frente a mí, sobre la acera, había un hombre joven, desaliñado, con su círculo de seres rientes rodeándolo y aplaudiendo cada uno de sus improperios. Me estaba exasperando; lo amenacé con el gesto y le lancé al pasar lo más ofensivo que se me pudo ocurrir.

—¡Tu mujer que venga! —me gritó—. ¡Déjanosla aquí, en el suelo, para que podamos tocarla...!

La grosería indolente de aquel hombre transformó mi cólera en una tristeza inexpresable. Subí el cristal y apoyé mi frente contra aquel vidrio húmedo dejando a Laurence entregada a su triste placer. Me quedé como acunado por los gritos del gentío y el sordo rodar del vehículo. Veía con la visión indecisa del sueño a los paseantes huyendo detrás de mí, como sombras extrañas que crecían y se desvanecían sin presentar sentido alguno en mi espíritu. Y en aquel ruido y aquella brusca sucesión de sombras y de claridades, recuerdo haberlo olvidado todo por un instante, mientras veía los charcos de agua y de lodo sobre los que las lámparas proyectaban fugaces reflejos.

Así fue como llegamos a la sala del baile.

Hasta mañana, hermanos. No puedo contároslo todo en un solo día.

XII

¡Oh, recuerdos! ¡Compañeros fieles! No puedo dar un paso en este mundo sin que os alcéis ante mí. Cuando, desde lo alto de una galería, llevando a Laurence del brazo, eché un vistazo rápido a la sala llena de ruidos y de luces, volví a ver, en una súbita y dolorosa visión, el área empedrada con guijarros donde las muchachas de Provenza bailan al atardecer al son del pífano y el tamborín. ¡Cómo nos mofábamos entonces! Aquellas campesinas, que no eran las de nuestros sueños, de rostros y corazones de reina, sino las pobres criaturas que la tierra ardiente marchita antes de hora, nos parecía que saltaban pesadamente, dedicándonos alguna risa bobalicona al pasar. Nuestros ojos se cerraban a cualquier forma de realidad. Ya apercibíamos, allende de aquellos horizontes, inmensos palacios, salas artesonadas con mármol, bóvedas altas y doradas pobladas por una multitud de mujeres jóvenes que se agitaban con amplias armonías en una nube de encajes, estrellas y diamantes. Sin duda, éramos niños grandes. Hoy, hermanos, las campesinas se han vengado de nuestros desdenes.

Desde la galería donde me encontraba veía una especie de sala oblonga bastante amplia, adornada con pinturas y dorados desteñidos. Un polvo fino, el que levantaban los pies de los bailarines, ascendía lentamente de la tarima como una bruma y colmaba la bóveda. Las llamas claras del gas se volvían rojizas; en esta nube todo adquiría una apariencia difusa, un extraño color a cobre viejo. Y allí al fondo galopaba un corro espantoso de criaturas imposibles de distinguir dado que el furor de sus gestos parecía comunicarse al aire espeso y nauseabundo: en este oscilar, creí que las murallas se agitaban, girando con el gentío. Un clamor penetrante acompañado por una especie de redoble continuo dominaba la orquesta.

No sabría definiros mi primera impresión en aquel lugar, donde me pareció que cada cosa tenía una vida particular y desconocida. Los ruidos que chasqueaban, las risas sonoras que estallaban en llanto, las luces de rojos fulgores, los horribles movimientos enloquecidos, los olores agrios y asfixiantes: todo eso llegaba hasta mí en una sensación aguda que llenaba mi ser de un terror indefinido mezclándose con una voluptuosidad dolorosa. No podía reír dado que sentía mi garganta cerrarse y, sin embargo, no podía apartar mi cabeza, disfrutando de una alegría punzante en mi sufrir. Ahora comprendo la atracción de estas veladas ardientes. El primer día sientes un escalofrío, te niegas tan terrible alegría; luego aparece la ebriedad y, perdida la cabeza, te entregas al abismo. Las almas comunes se precipitan las primeras. Aquellas que aún tienen la fuerza de sus sueños —y permitidme, hermanos, que me cuente entre estas últimas— se rebelan y, en su franqueza, añoran las explanadas de Provenza, donde robustas campesinas danzan con los fulgores de la noche fresca y transparente.

Desde la galería donde nos hallábamos sólo podíamos ver el conjunto escénico. Descendimos por las escaleras siguiendo pasillos estrechos y oscuros. Cuando llegamos a la sala, tuvimos que desfilas por un estrecho sendero abierto entre los muros y las cuadrillas. Todo mi deseo se había esfumado y sólo me quedó una sensación de asco. Las mujeres estaban vestidas con andrajos, con jirones de seda, con lentejuelas de cobre ennegrecido. Sus hombros desnudos chorreaban maquillaje fluyendo en charcos, en largos regueros que enrojecían y azulaban su piel. Una de ellas, con el rostro en llamas y la voz ronca se volvió hacia mí gesticulando y gritándome. ¡Qué extraña y fea figura! La volveré a ver en mis pesadillas.

No recuerdo haber visto a los hombres. En su mayoría estaban de pie e inmóviles, mirando con parsimonia los saltos desordenados de las mujeres.

No sabría definir qué clase de gente era aquélla, ni si parecían ser conscientes de toda su estupidez.

Ya hastiado, sintiendo mi cabeza resquebrajarse, fui hasta una mesa, siempre con Laurence detrás de mí. Nos sentamos y bebimos lo que nos sirvieron, mientras contemplaba a mi compañera.

Laurence había sonreído al entrar, estremeciéndose de gusto, aspirando ampliamente el aire enrarecido, tan dulce para sus labios. Pronto se desvaneció aquella sonrisa y recobró su cara mortecina. De vez en cuando, estiraba el brazo y tocaba la mano a una mujer o a un hombre que pasaban. Entonces la sonrisa volvía durante unos segundos para desaparecer de nuevo. Medio echada hacia atrás en su silla, con los pies apoyados sobre una banquetas, se balanceaba con lentitud mientras miraba la sala con expresión atenta y aburrida a la vez. Su mirada recorría los distintos grupos, silenciosa, girando la cabeza cada vez que oía algún ruido, como si no quisiera perderse nada. Pero viendo su cara pálida y desolada, había tanto cansancio en su atención que me preguntaba qué placer singular podía ella sentir para manifestarlo tan poco.

Dos veces, creyendo que mi presencia la molestaba, le dije que me dejara, si le apetecía, y que fuera a ver a sus amigas y que bailara con toda libertad. Ella me respondió con flema:

—¿Por qué razón me habría de levantar? Estoy bien, estoy contenta. ¿Y tú estás harto de tenerme cerca?

Así pasamos cinco horas, frente a frente, en una esquina de la sala, mientras yo dibujaba sin saberlo hombres buenos sobre el mármol de la mesa con unas gotas de licor caídas de la jarra, y ella mantenía una expresión seria y un silencio desesperantes, con las manos cruzadas sobre su falda estirada por sus rodillas abiertas. Acabé perdiendo la noción de lo que sucedía a mi alrededor. A medida que el baile llegaba a su fin, mi asfixia iba en aumento. Ésa fue la única y postrera sensación que puedo recordar. Cuando la galopada final me sacó de aquella especie de profundo estupor, la vi levantarse, maldecir y dar una patada a la banquetas que la entorpecía por debajo de sus faldas, para acto seguido, cogiéndome del brazo, dar una

última vuelta a la sala antes de salir. En el umbral, Laurence se volvió bostezando para echar una última mirada al corro desmelenado de danzantes que vociferaban en medio de un estruendo espantoso.

Cuando pisamos la calle, un viento gélido me golpeó el rostro causándome una sensación deliciosa. Me sentí renacer al bien, a la vida libre y enérgica. La ebriedad se disipó bajo la fina lluvia de diciembre. Tuve un instante de inefable voluptuosidad, expulsando allí todos mis disgustos de una noche ardiente. Fui consciente de esas miserias que dejaba atrás; hubiese querido partir caminando por las calles, dejando que me penetrara el agua helada, renovando todo mi ser.

Laurence temblaba junto a mí. Había anudado su pañuelo para cubrir sus hombros desnudos; sin osar aventurarse, miraba con desesperanza el cielo sombrío y los arroyos que inundaban las aceras. ¡Pobrecilla! Lo único que le cabría esperar de este cielo invernal tal vez fuera una pulmonía.

Me quedaban dos francos. Fui corriendo a detener un coche de caballos e hice que Laurence subiera al vehículo. Se acurrucó en una de las esquinas y allí permaneció en silencio, sin dejar de temblar. La distinguía a mi izquierda como una blancura difuminada. De vez en cuando, una gota de lluvia se deslizaba de sus ropas y caía sobre mi mano.

Al cabo de un rato, me atenazó una especie de agotamiento; el sueño me hizo cerrar los ojos. En aquella somnolencia, me parecía seguir escuchando el clamor del baile, los traqueteos del coche me hacían saltar como en aquella danza furiosa, y el agudo chirriar de los ejes parecía que interpretaba los sonidos que me llenaron las orejas durante toda la noche. Cuando, febril y obsesionado, entreabría los párpados, miraba con aire estúpido las paredes de esta caja estrecha que me parecía llena de fanfarrias y de tumulto. Después, sentí mucho frío, lo recuerdo, mientras tenía bajo mi mano la mano helada de Laurence. En el exterior, la lluvia seguía cayendo y las luces vacilantes huían fugaces.

El cansancio volvió a imponerse y nuevamente me vi arrastrado hasta el centro de corros gigantescos que renacían una y otra vez. Hoy tengo la impresión de recordar vagamente haber estado bailando así durante largas horas. Me hallaba clavado a una banqueta junto a una mujer temblorosa, y no sabía cómo, pero estaba dando vueltas en una especie de caja que rodaba con estrépito por el fondo de un abismo gélido.

De vuelta a mi habitación, mientras Laurence se quitaba el vestido, tiré a la chimenea toda la leña que me quedaba. Después me metí apresuradamente en la cama, feliz como un niño por volver a mi miseria, admirando amorosamente las grandes claridades y las grandes sombras que las llamas del hogar hacían ascender a lo largo de mis pobres paredes. La tranquilidad se apoderó de mi ser en cuanto traspasé el umbral de esta habitación retirada; con la cabeza sobre la almohada, apacible, casi sonriente, miraba a mi compañera, pensativa delante del fuego, que se quitaba sus ropas una tras otra.

Muy pronto vino a sentarse a mis pies, en el borde de la cama. Rompiendo por fin

el silencio que había mantenido hasta el momento, empezó a hablar con volubilidad.

Envuelta en su camisón, con los pies doblados bajo su cuerpo y con las manos juntas apretando sus rodillas, se reía a carcajadas inclinando la cabeza hacia atrás. Parecía tener prisa por soltar todas las palabras, todas las alegrías que había amasado.

Durante casi una hora me entretuvo con las mil incidencias del baile. Lo había visto todo, oído todo. Fueron exclamaciones sin fin, súbitas alegrías de recuerdos apresurados y tumultuosos. Un caballero que resbaló de tal manera, una dama que maldijo tal que así, una tal Jeanne que llevaba un traje de lechera que le sentaba de perlas, o Louise que estaba fea vestida de escocesa, mientras que Édouard seguramente había empeñado su reloj esa misma mañana. No se secaba su locuacidad, pues siempre encontraba algún detalle nuevo, repitiendo diez veces lo mismo antes que callarse. Después, a medida que el frío se apoderaba de ella, acabó por acostarse. Me aseguró que nunca se había divertido tanto en el baile y me hizo jurar que la llevaría de nuevo en cuanto pudiera hacerlo. Así acabó quedándose dormida, hablándome, riéndose en su sueño.

Este brusco despertar, esta fiebre de palabras me asombraron de manera extraña. No pude y sigo aún sin poder explicarme la frialdad, la indolencia de esta joven en medio del tumulto de la noche y sus estallidos de alegría, su parloteo matutino en nuestro cuarto triste y mudo. ¿Por qué arrancarme la promesa de llevarla tan a menudo como fuera posible a esos bailes donde reía y bailaba tan poco? Y, además, si obraba de buena fe..., ¿qué clase de alegría singular se manifestaba mediante el silencio y el humor malévolos, para estallar después en forma de risas espesas y voluptuosas?

¡Mundo desconocido de la carne y las pasiones donde me asombro a cada paso que doy! No me atrevo aún a hurgar en todas estas miserias; en este pecho de mujer, frío en sus deseos, derrumbado y dormido en sus alegrías. Yo la creí salvada y ella vuelve a mí más terrible, más impenetrable que nunca.

XIII

Os quejáis de mi silencio, os preocupáis y me preguntáis qué nuevas tristezas hacen que la pluma se me caiga de los dedos.

Hermanos, mis tristezas son nuestras ridículas Imaginaciones infantiles disipándose una tras otra. Este adiós a las esperanzas de la juventud contiene, pese a su rudeza saludable, profundas amarguras. Siento que me estoy haciendo hombre: lloro mis debilidades que se van yendo, y extraigo un gran orgullo de las fuerzas que vienen a mí.

¡Qué estúpida sería la juventud sin su bella ingenuidad! La tontería en los labios del niño es de una ignorancia agradable, que hace disfrutar dulcemente a los hombres. Hace apenas un mes yo era un estúpido: os hablaba ingenuamente de la redención de las muchachas. No tengo la menor duda de que un hombre viejo hubiera esbozado su mejor sonrisa mientras negaba irónicamente con la cabeza: hubiera entregado su sonrisa a la joven alma que mantenía su fe en toda perfección, pero dedicando esa misma sonrisa al absurdo mozalbete que intentaba valientemente hacer el milagro que solo Jesús fue capaz de lograr.

¡Basta ya de mentiras! La verdad brutal contiene extrañas dulzuras para los atormentados por el problema de la vida que están hastiados de estas esperanzas que las madres legan a sus hijos y que se disipan tan lentamente, que los abandonan una tras otra, prolongando así su martirio. Yo prefiero ver las cosas con claridad, aunque esto implique sufrir en un solo día todos mis desgarros, en este mundo de desvergüenza al que he descendido.

No cabe duda de que hubo grandes arrepentidas. Mujeres de amplios amores que dieron a veces a un único ser ese corazón que compartían con todos y que entonces fueron perdonadas. Pero esto son, sin duda, milagros; las leyes al uso quieren que los corazones compartidos se dispersen por el camino y sus pedazos no puedan reunirse al llegar la hora suprema.

Escuchad, hermanos: cuando la Magdalena se arrastre a vuestros pies maldiciendo errores pasados, prometiendo una nueva juventud de amor, no la creáis. El cielo es avaro en prodigios. La Providencia rara vez pone trabas a nuestras fatalidades. Decíos pues que el mal es poderoso y que en este mundo la mentira no se vuelve verdad sólo para aliviar a una pobre alma doliente.

Rechazad a la Magdalena, negad sus lágrimas y su corazón, burlaos de toda posible redención. Eso sería lo sensato.

Ya veis, siento que la experiencia viene a mí.

Laurence es un alma mancillada para siempre, una inteligencia perdida, una criatura dormida hasta ese punto en el que no hay quemadura que pueda despertarla de su sueño, del sueño que duerme en el lodo. Aunque mortificara su carne, le

partiera los huesos a bastonazos o me dirigiera a su corazón levantando con mis besos sus párpados cerrados, ella permanecería siempre aquí, a mis pies, en cuclillas, sin estremecerse, sin dar un grito de dolor o de alegría. A veces, siento deseos de gritarle: «¡Levántate y peleemos y grita y maldice y demuéstreme que aún estás viva aunque sea haciéndome sufrir!».

Me mira con ojos apagados, me hace retroceder lleno de espanto, no me atrevo a hablar. Laurence está muerta, muerta de corazón y muerta de pensamiento. No me queda nada por intentar sobre este cadáver.

Hermanos, no tengo ni la más mínima esperanza, no quiero hacerme responsable de esta chica. Ella rechazó mi vida de trabajo; yo no he podido aceptar su vida depravada. El sueño era demasiado alto, la realidad me ha parecido un abismo. Me detengo y espero. ¿Qué? Lo ignoro.

No siento necesidad alguna de justificarme ante vosotros. Sé que veis claramente a través de mi alma, que explicaréis mis actos mediante pensamientos de justicia y de deber. Confiáis más en mí de lo que yo mismo me atrevería a confiar en mí mismo. De vez en cuando, me hago preguntas y me juzgo como me juzgan sin duda los transeúntes con los que me cruzo en esta vida, y me asusto ante el vicio que me rodea sin viciarme, de esta mujer que duerme junto a mí sin ser mi compañera. Entonces, desesperado, me entran ganas de hacer lo que harían los demás; ganas de coger a Laurence por los hombros y expulsarla de nuevo a la calle, donde la encontré. Ella caería tan desnuda y tan desolada como está, con la misma miseria y la misma infamia marcadas en la frente. Y yo cerraría mi puerta tranquilamente, sin haberle quitado nada y sin deberle nada. La conciencia es anchurosa; muchas personas conocen la ciencia de seguir siendo honradas habiendo sido cobardes y crueles.

Laurence se impone a mí con toda la fuerza de su abandono. Permanece aquí, tranquila y pasiva. Soy, aunque me pese, incapaz de echarla. Mi miseria me impide poder pagar para que se marche. Estamos fatalmente encadenados el uno al otro por la desgracia. Mientras permanezca cerca de mí, tendré que aceptar su presencia.

Espero, pues, y os lo repito: ignoro lo que espero. Como Laurence, me derrumbo; vivo en una especie de somnolencia dulce y triste sin sufrir demasiado, sintiendo tan sólo una gran fatiga en mi corazón. Al fin y al cabo, no estoy irritado contra esa muchacha; siento en mí más piedad que cólera, más tristeza que odio.

Ya no lucho más. Me abandono y encuentro en la certidumbre del mal un extraño reposo, un apaciguamiento de todo mi ser.

XIV

¿Os acordáis del gran Jacques, aquel chico larguirucho pálido y sosegado? Aún puedo verle paseando a la sombra de los plátanos, en el patio del colegio. Caminaba con paso lento y firme, empujando con el pie los guijarros, reía apaciblemente razonando sus sonrisas y vivía en una indiferencia suprema. Recuerdo que un día de efusiones me confió el secreto de su fuerza. No comprendí nada de aquellas confidencias tuyas, salvo que se proponía vivir feliz madurando en el corazón y en el pensamiento.

Con quince años cumplidos, el gran Jacques era mi héroe. Le envidiaba sus largos cabellos rubios, su majestuosa indolencia. Destacaba entre nosotros como arquetipo de elegancia y de aristocrático desdén. Me sorprendió aquella naturaleza egoísta que no tenía nada de joven ni de generosa; me puse a admirar a aquel niño apagado y frío que pasaba entre nosotros con la gravedad indulgente y superior de un hombre.

He vuelto a ver al gran Jacques. Es vecino mío; vive en la misma finca que yo, pero dos pisos más abajo. Ayer, cuando subía por la escalera, me crucé con un hombre y una mujer jóvenes, que bajaban. Aquel joven, sin vacilaciones, me extendió la mano con toda naturalidad.

—¿Qué tal estás, Claude? —me preguntó.

Para él parecía como si nos hubiéramos separado el día anterior. Apenas había interrogado mi rostro y yo interrogaba el suyo en la penumbra del rellano sin poder recordar sus rasgos. Su mano estaba fría. No sé por qué clase de sensación extraña reconocí aquella carne tranquila e indiferente.

—¿De verdad eres tú, Jacques? —y exclamé—: ¡Has vuelto a crecer!

—Sí, sí. Soy yo —contestó con una sonrisa—. Me alojo aquí, al fondo del pasillo, en el número 17. Ven a verme esta tarde, entre las siete y las ocho.

Y luego descendió sin girar la cabeza, precedido por una mujer joven que me miraba con sus grandes ojos de niña. Me quedé durante un instante reclinado sobre la barandilla siguiendo con la mirada a ese muchacho que partía con paso tranquilo mientras mi corazón saltaba violentamente en mi pecho.

Al atardecer me acerqué al número 17. El cuarto estaba decorado con el lujo falso y estomagante de los pisos amueblados de París. No podríais imaginar, hermanos, el aspecto miserable y vergonzoso de esas pañerías rojas chillonas y grises de polvo, esos muebles negros y grasientos, esas cerámicas agrietadas, esos objetos sin nombre, harapos y residuos que se extienden a lo largo de las paredes húmedas. Mi buhardilla está más desnuda, pero no es más fea. Dos ventanas altas y anchas, guarnecidas con delgadas cortinas de muselina, difunden una luz cruda sobre tanta decrepitud. Aquí aparece una cama envuelta con cortinas desteñidas, un armario con espejo empanado y con un lado roto, un sofá y unos sillones deplorables que amarillean desgastados; y

un baño, una mesa de despacho, una mesa, sillas, muebles desaparejados. Los muebles del comedor, los del dormitorio, los del salón, del despacho... El conjunto tiene algo pretencioso y sucio que resulta repulsivo. A primera vista podríamos creer que entramos en una habitación honesta; con una segunda mirada se observa la mugre debajo de la caoba y el damasco, se percibe una impresión de vicio y suciedad.

Me entristeció el aspecto insalubre de la habitación; respiré con asco ese aire espeso y nauseabundo que apestaba a polvo y a falsos barnices, así como ese olor agrio y asfixiante de las telas marchitas, que es idéntico en todos los pisos.

Jacques trabajaba apaciblemente, sentado frente a la mesa de despacho, con un código delante de él. La joven estaba recostada en el sofá, mirando el techo, silenciosa y seria.

Jacques giró su asiento y su cara se me apareció a plena luz. Era el mismo rostro de siempre: un rostro soberbio e indiferente; en él se puede leer una fuerte voluntad hecha de egoísmo y de frialdad. El hombre se había convertido en lo que el niño prometía. Nuestro antiguo compañero debe de ser lo que se suele decir «un muchacho práctico y serio». Tiene una meta en la vida; quiere ser abogado, procurador o notario, y recorre el camino con todo el poder de su tranquilidad. Con el corazón cerrado y la carne tranquila, acepta este mundo sin agradecimiento ni rebelión. Jacques es una naturaleza honesta, un espíritu justo que vivirá honorablemente según el deber y las costumbres. No desfallecerá porque no tiene causas por las que desfallecer; pasará recto y firme, porque no tiene nada que odiar ni tampoco amar. En sus ojos claros y vacíos no encontré el alma; en sus labios pálidos no vi la sangre del corazón.

Delante de este joven apacible y sonriente, con los codos hincados en sus libros de trabajo y tendiéndome su mano fresca, pensé en mí, hermanos, en mi pobre ser, siempre sacudido por la fiebre de los deseos y las lamentaciones. Yo sólo avanzo trastabillando, no tengo la protección de esta hermosa tranquilidad, de este silencio en el corazón y en el alma. Soy todo carne y todo amor; me siento vibrar profundamente, con la más mínima sensación. Los acontecimientos me llevan; no puedo conducirlos ni superarlos. Mañana, en mi vida libre, si me acaeciera herir al mundo, el mundo se apartaría de mí, porque habré obedecido a mi orgullo y a mis ternuras. Jacques será saludado como quien siguió la vía común. No me atrevería a afirmar en voz alta que la virtud es una cuestión de temperamento, pero, hermanos, pienso en voz baja que los Jacques son cobardemente virtuosos en esta tierra, mientras que los Claude tienen esa espantosa desgracia de llevar dentro una eterna tempestad, un deseo inmenso de bien que los agita y los conduce allende de los juicios del gentío.

La joven había inclinado la cabeza y me miraba con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Su cara tenía la blancura transparente de la cera, con rojeces mates en las mejillas; sus labios pálidos, sus párpados flácidos y oscuros, conferían a su rostro el aspecto de una niña enferma y resignada. Tiene quince años, pero, a veces, cuando sonrío, cualquiera le daría apenas doce.

Mientras Jacques me hablaba con su voz lenta, no podía apartar mi mirada de aquel rostro conmovedor, tan joven y tan apagado. Había en aquella frente cándida un cansancio y una languidez profundos, la sangre no corría bajo la piel, los estremecimientos de la vida no hacían ya estremecerse aquella carne dormida. ¿Nunca habéis visto en su cuna a una niña cuya cara la fiebre hace aún más inocente; que duerme con los ojos abiertos y tiene un rostro de ángel dulce y reposado, que sufre y aún parece que sonríe? La extraña criatura que tenía ante mí, esta mujer que seguía siendo niña, se parecía a sus hermanas de cuna. Sólo que aquí la compasión era aún mayor, al ver en una frente de quince años tanta pureza y tanta palidez; todas las gracias cándidas de la joven y todas las fatigas vergonzantes de la mujer.

Había doblado sus brazos y sostenía con ellos su cabeza languideciente. Desconocía su historia; ignoraba quién era y lo que hacía allí. Pero en todo su ser yo veía la inocencia de su corazón y la vergüenza de su cuerpo; reconocía la juventud de sus miradas y la vejez prematura de su sangre. Me dije que moriría de decrepitud con quince años, virgen de alma. Demacrada y debilitada, se estiraba como una cortesana y sonreía como una santa.

Permanecí dos horas largas entre Jacques y Marie, mirando a esos dos seres, estudiando los dos rostros. No podía adivinar qué habría acercado a esa mujer a un hombre como él. Después pensé en Laurence y comprendí que las uniones fatales sucedían.

Jacques me pareció satisfecho de la existencia que llevaba. Trabajaba, dosificaba sus placeres y sus estudios; vivía su vida de estudiante sin impaciencia, incluso con cierta complacencia tranquila. Observé que ponía algo de orgullo en recibirme en un alojamiento tan bueno, como si no viera toda la innoble lenidad de ese lujo de mala nota. Por cierto, él nunca fue un vanidoso ni un fatuo; pues es demasiado práctico para adolecer de tales defectos: sólo me habló de sus anhelos, de su posición futura. Tiene prisa por dejar de ser joven y vivir como hombre serio. Entretanto, para hacer como hace todo el mundo, consiente alojarse en un piso de cincuenta francos al mes. Admite fumar y beber un poco, incluso tener una amante... Sin embargo, considera todo esto como una moda a la que no puede negarse, pero entiende que en cuanto apruebe el examen se librará de su cigarro, de Marie y de la copa como si fueran a partir de entonces simples muebles inútiles. Calcula, minuto arriba, minuto abajo, la hora en que tendrá derecho a ser respetado por la gente de bien.

Marie escuchaba las teorías de Jacques con una tranquilidad perfecta. Parecía no haber comprendido que ella era uno de los muebles que el joven abandonaría en su siguiente mudanza. A la pobre chica, sin duda, le importaba poco pertenecer a fulano o a Zutano siempre y cuando tuviera un sofá donde pudiera descansar sus miembros doloridos.

Dicho sea de paso, Jacques y Marie se hablaban con una dulzura que me sorprendió. Parecían aceptarse y hasta tratarse con deferencia. No era amor, ni tan siquiera amistad; era un lenguaje educado que evita cualquier conflicto y mantiene el

corazón en completa indiferencia. Probablemente Jacques fuera el inventor de ese lenguaje.

Al cabo de una hora declaró que no podía perder más tiempo; volvió a su trabajo rogándome que me quedara, asegurándome que mi presencia no le resultaba una molestia en modo alguno. Acerqué mi silla al sofá y me puse a dialogar en voz baja con Marie. Esta joven me atraía, sentía por ella ternuras y piedades de padre.

Habla como una niña; ya sea mediante monosílabos, ya sea volublemente, de forma apasionada y sin tregua. La juzgué con acierto; la inteligencia y el corazón se corresponden a sus pocos años, mientras que el cuerpo se hacía adulto y se mancillaba. Posee una candidez exquisita que a veces es horrible, cuando con una dulce sonrisa y grandes ojos asombrados deja escapar palabras groseras de sus labios delicados. No se sonroja, ignorante del rubor; no parece ser consciente de sí misma y se muere despacito, sin saber ni quién es ni quiénes son las otras muchachas, ésas que se giran para mirarla cuando se la cruzan por ahí.

Poco a poco, me fue contando su vida. Frase a frase, pude reconstruir esta historia lamentable. Un relato me habría disgustado, pues hubiera dudado de su veracidad. Preferí que fuera ella la que se confesara sin saberlo mediante confesiones parciales al azar de la conversación.

Marie cree tener quince años. Ignora dónde nació y se acuerda vagamente de una mujer que la golpeaba, seguramente su madre. Sus primeros recuerdos datan del arroyo, cuando recuerda que jugaba y descansaba. Su vida fue un largo callejear, razón por la cual resultaría muy difícil saber lo que hizo hasta que tuvo ocho años, y, cuando le preguntan respecto a sus primeros años de vida, dice no saber nada porque tuvo demasiadas cosas y demasiado frío. A la edad de ocho años, como todas las pequeñas mendigas, vendía flores. Dormía entonces en la barrera de Fontainebleau, en un granero grande y oscuro con una pandilla de criaturas de su edad, niñas y niños, que dormían apelotonados. De los ocho a los catorce años acudió a esa pocilga en busca de su rincón cada noche; besada por unos, apaleada por otros, creciendo en el vicio y en la miseria sin que nada la avisara del peligro ni indignase su corazón. Ya era infame cuando aún ignoraba que poseía cuerpo y sentidos. Marie había hecho maldades antes de saber siquiera que el mal existía; metida hoy de lleno en su vida disoluta, mantenía su rostro de niña que nunca había dejado de ser virgen e inocente. La mancha se instaló en ella demasiado pronto como para que Marie pudiera estar realmente manchada.

Comprendía ahora el significado de este extraño rostro, hecho de impudor y de ingenuidad, de belleza joven y mustia. Me explicaba esa muchachita cínica, esa mujer ya gastada que se moría con la serenidad y la blancura de una mártir. Era una hija de la gran ciudad y la gran ciudad la había convertido en esta criatura monstruosa que ni era niña ni era mujer. En ese ser cuya alma nadie había invocado aún, su alma permanecía dormida. El propio cuerpo tal vez jamás se había despertado. Marie era pues una simple de espíritu y de carne que se entregaba por abandono, que

permanecía pura en el fango, sin saber nada de nada y aceptándolo todo. Aún la puedo ver ante mí, ya marchita, y con esa sonrisa bondadosa hablándome con su voz un poco ronca, igual que nuestras hermanas hablarían a sus muñecas, y siento que la congoja se apodera de mi corazón.

Con catorce años, una mujer que no tenía derecho alguno sobre ella la vendió. Ella se dejó comprar, casi ofreciéndose a sí misma como antes ofrecía sus ramitos de violetas. Aún tenía las mejillas sonrosadas y sus risas resonaban con alegría; tuvo vestidos de seda y joyas, aceptó la seda y el oro como simples juguetes, que rompió, que tiró por la ventana. Marie vivía así porque no sabía que se podía vivir de otro modo; no tenía el sentido del lujo y le hubiera dado igual un cuchitril que un hotel. Le gustaba vivir ociosamente, mirando las musarañas, con el sufrimiento que ahora la doblaba haciéndole amar el descanso, sumida en una especie de ensoñación difusa de la que una eventual salida le producía inquietud y agitación. Cuando la interrogaban sobre lo que había visto, contestaba con tono atemorizado: «¡No lo sé!».

Vivía así desde hacía casi un año, parando en pisos amueblados, durmiendo aquí y allá sin perder jamás su serenidad. Cuando le expresaba mi sorpresa y que no podía superar el desagrado que me inspiraba tal exigencia, ella se quedaba asombrada, como si no pudiera comprenderme.

Una noche, la miseria reapareció. Marie iba caminando hasta el granero de la barrera de Fontainebleau cuando se cruzó con Jacques. Me relató aquel encuentro con una voz que nunca olvidaré, con miradas quietas en sus ojos y risas sonoras en sus labios. Ella fue quien le habló primero, para pedirle que le ofreciera su brazo dado que reinaba la oscuridad y el adoquinado estaba resbaladizo. Seguramente no albergara la menor malicia en su pensamiento. Jacques le hizo preguntas y, en vez de acompañarla por la carretera de Orléans, la llevó a su casa. Ella se dejó llevar, tranquilamente. Tal vez no se planteara buscar cama, pensando ya en la paja del granero, pero aceptó las sábanas blancas que le fueron presentadas sin alegría ni repugnancia. Desde ese día había vivido estirada sobre el sofá tanto como le era posible.

Creí entender que, en su razonar, Jacques había hecho una buena adquisición tomando a Marie. Puesto que necesitaba tener una amante, ésta le convenía; la suya era una naturaleza debilitada y tranquila, que no lo turbaría en su indiferencia; una muchacha despreocupada de la que se libraría fácilmente; una mujer encantadora en su palidez que tenía toda la gracia de la juventud sin sus caprichos ni sus inconsecuencias. Por lo demás, Marie, aunque enferma, tiene días de vida y de alegría; no está aún condenada a permanecer en cama y cuando ríe al sol envuelta en sus rizos dorados, resplandece en su belleza hasta hacer soñar al mismísimo Jacques.

Hermanos, me he explayado hablándoos de Jacques y de Marie.

Permanecí dos o tres horas junto a ellos olvidando mis sufrimientos y he querido volver a olvidarlos mientras os relataba mi visita. Es éste un mundo que desconocéis, un mundo conmovedor, cuyo estudio es amargo, lleno de vértigos. Yo, que quería

penetrar en los corazones y en las almas, me sentí atraído por estas mujeres y estos hombres que viven a mi alrededor. Tal vez en el fondo sólo encuentre fango, pero quisiera investigar ese fondo. Viven una vida tan extraña que siempre creo estar a punto de descubrir en ellos nuevas verdades.

Comemos como y cuando podemos, vendiendo libros viejos o cualquier harapo. Nuestra miseria es tal que he dejado de ser consciente de ella y me duermo casi satisfecho por las noches cuando me quedan algunas monedas para las dos comidas del día siguiente.

He ido ya a varias administraciones para solicitar un empleo. He sido recibido de manera muy brusca y he comprendido que me equivocaba al presentarme pobremente vestido. Me dicen que escribo mal, que no sirvo para nada. Tengo que creer que sus palabras son de buena fe y retirarme sin plantearme siquiera un instante la posibilidad de robarles su dinero a gentes tan honradas poniendo a su servicio mi inteligencia y mi voluntad.

Soy un inútil, tal es la verdad que he extraído de mis gestiones. Soy un inútil que sólo sirve para sufrir y sollozar, para llorar a mi juventud y a mi corazón. Así pues, heme aquí solo en el mundo, rechazado y miserable, sin atreverme a mendigar y sintiéndome más famélico que el pobre que tiende la mano. Vine acunado en un sueño de gloria y de fortuna para despertarme metido en el lodo, en pleno desamparo.

Afortunadamente, el cielo es suave y benigno. En la miseria hay una especie de ebriedad pesada, una somnolencia voluptuosa que adormece la conciencia, la carne y el espíritu. No percibo claramente mi grado de indigencia e infamia; sufro poco, pues me amodorro en mi hambre y me acurruco en mi ociosidad.

Ésta es la vida que llevo.

Por la mañana me levanto tarde. Las mañanas son brumosas, frías y pálidas, la luz del día entra gris y triste por la ventana sin cortinas y se arrastra melancólicamente por los azulejos y las paredes. Experimento una sensación de bienestar sintiendo el calor tibio de la ropa de abrigo que amontono sobre el lecho. Laurence duerme a mi lado con un sueño plomizo, con la cara girada y muda. Y yo, con los ojos abiertos, con la sábana bajo la barbilla, miro el techo negro atravesado por una larga grieta. Caigo en éxtasis ante esta grieta, la estudio, sigo amorosamente con la mirada sus líneas quebradas; la contemplo durante horas enteras sin pensar en nada más.

Éste sería el mejor instante de la jornada. Tengo calor y duermo a medias. La carne se alegra y el espíritu recorre con molicie este hermoso país de la duermevela en que la vida tiene todas las voluptuosidades de la muerte. Después, a veces, cuando estoy completamente despierto, me abandono de la mano de algún sueño. ¡Hermanos, qué infantil debe de ser mi pobre corazón para que pueda yo todavía mentirle! ¡Pues sí! Sigo soñando, mantengo este extraño poder de escapatoria ante la realidad para crear con tantas piezas un mundo ron seres mejores. Allí, entre dos sábanas sucias, junto a una mujer fea y vergonzante, en mi envilecimiento, en medio de un cuarto oscuro, a menudo veo con mis propios ojos un palacio hecho íntegramente de mármol

y de plata; a una amante blanca y luminosa tendiéndome los brazos y llamándome a su derecha sobre el tálamo de seda donde descansa.

Cuando suenan las once, salto de la cama. El frío húmedo de los azulejos que me hiela bruscamente la planta de los pies me saca de mis sueños. Siento que estoy tiritando y me cubro apresuradamente. Después camino por la habitación, yendo de la ventana a la puerta, echando un vistazo a la muralla, que es mi único horizonte, y volviendo a mirar a Laurence sin mirarla. Fumo, bostezo, intento leer. Tengo frío y me aburro.

Laurence despierta. Entonces comienzan los sufrimientos. Hay que comer. Deliberamos. Buscamos en el cuarto cualquier objeto para venderlo. A menudo renunciamos al almuerzo cuando el problema es demasiado difícil de resolver y está todo dicho. Cuando encontramos un trapo viejo, unos papeles, cualquier cosa, Laurence se viste y va a ofrecer la deplorable mercancía a algún revendedor que le da ocho o diez monedas. Traerá algún panecillo y algo de charcutería, que comeremos de pie, sin hablarnos.

A los miserables los días se nos hacen largos. Cuando hace demasiado frío y no tenemos fuego, nos volvemos a acostar. Cuando el tiempo es clemente, intento trabajar, intentando febrilmente realizar una labor que no quiere saber nada de mí.

Laurence se tumba en la cama o camina con lentitud. Arrastra su vestido de seda azul, que parece que llora cuando se arruga con los muebles. Ese andrajo está amarillento de grasa, desgarrado, con las costuras descosidas, desgastado en los pliegues. Laurence deja que se pudra y que se caiga a cachos, sin limpiarlo ni arreglarlo. Se lo pone de buena mañana, pues es lo único que tiene, y se pasea así todo el día, por esta habitación miserable, con el cabello suelto, con un vestido de *soirée* de amplio escote que deja al descubierto su espalda y su cuello. Y este vestido, esta seda suave de color azul pálido que aún brilla en algunos puntos, es un andrajo infame, torcido, marchito, lamentable. Una indescriptible angustia anida en la visión conmovedora de estos jirones de un rico tejido de lujo arrastrado en la miseria, en estos hombros enrojecidos por el frío. Siempre recordaré a Laurence caminando, vestida así, en el cuchitril de cuando mis veinte años.

El problema del pan se hace terrible y acuciante por la noche. Comemos... o no. Luego nos acostamos hastiados y adormecidos. Al día siguiente la vida vuelve a empezar, más apremiante y áspera cada día que pasa.

Desde hace una semana, no he vuelto a salir. Un día, cuyas vísperas fueron de ayuno, me quité mi chaquetón en la plaza del Panthéon y Laurence fue a venderlo. Helaba. Volví a casa sudando la gota gorda de miedo y de sufrimiento. Al cabo de dos días, mi pantalón siguió los pasos del chaquetón. Ahora estoy desnudo. Me envuelvo en una manta para cubrirme y hago tanto ejercicio como puedo para evitar que mis articulaciones se queden tías. Cuando alguien viene a visitarme, me acuesto y finjo estar indispuesto.

Laurence parece sufrir menos que yo. No siente rebelión alguna, ni intenta

sustraerse a la existencia que llevamos. Soy incapaz de explicarme a esta mujer. Acepta tranquilamente mi miseria. ¿Lo hace por abnegación? ¿Por necesidad?

Hermanos, como os dije, estoy bien, estoy casi dormido. Siento que mi ser se funde y me dejo llevar en esta postración dulce de los moribundos que piden piedad con voz débil y acariciante. No tengo deseo alguno, salvo el de comer más a menudo. Quisiera que me compadecieran, que me acariciaran, ser amado. Necesito un corazón.

XVI

¡Oh! ¡Hermanos, sufro, sufro! No me atrevo a hablar. Siento la vergüenza subiendo por mi garganta; nada puedo hacer salvo llorar, sin dejar por ello de sentir en mi corazón el peso que lo asfixia.

La miseria es suave, la infamia es ligera. Y he aquí que el cielo me castiga, me doblo bajo un viento terrible, bajo una herida implacable.

Ahora, hermanos, podéis perder toda esperanza: no me quedan peldaños por descender, acabo de entregarme al abismo, me he perdido para siempre.

No me interroguéis. Dejo que mis gritos lleguen hasta vosotros: el dolor es demasiado agudo para que yo logre asfixiarlos. Pero retengo las palabras en mis labios; no quiero que os asustéis ni quedéis desolados por el relato de la espantosa historia de mi corazón.

Decíos solamente que Claude murió, que no lo volveréis a ver, que todo acabó para siempre. Prefiero sufrir solo, aún a riesgo de morir de dolor y soledad, antes que enturbiar vuestra santa tranquilidad desgarrándome ante vosotros y mostrándoos mi llaga sangrante.

XVII

No. Sufriréis... pero me será imposible guardar silencio. Encontraré algún consuelo al mostrar mi desnudez y me apaciguará saber que estáis llorando conmigo.

Hermanos, quiero a Laurence.

XVIII

Permitid que me arrepienta y añore, dejadme recordar, dejadme revivir toda mi juventud con una mirada al pasado.

Teníamos doce años entonces. Os conocí una tarde de octubre en el porche del patio del colegio, bajo los plátanos, junto a la pequeña fuente. Erais esmirriados y tímidos. No sé qué es lo que nos une, tal vez sea nuestra debilidad. Desde aquella tarde, caminamos juntos, separándonos durante algunas horas, pero tendiéndonos la mano con más amistad tras cada separación. Sé que no tenemos ni el mismo cuerpo ni el mismo corazón. Vivís y pensáis de manera distinta a la mía, pero amáis igual que amo yo. Ésta era nuestra fraternidad. Tenéis mis ternuras y mis compasiones, os arrodilláis en la vida, buscáis a quién dar vuestra alma. Comulgábamos en ternuras y en afectos.

¿Os acordáis de nuestros primeros años? Leíamos juntos cuentos inverosímiles, grandes novelas de aventuras que nos tenían seis meses como hechizados bajo sus encantamientos. Hacíamos versos y química, pintura y música. En casa de uno de vosotros, en el tercer piso, había una habitación grande: nuestro laboratorio y nuestro taller. Allí, en la soledad, cometíamos nuestros crímenes de infancia, nos comíamos los racimos de uva colgando del techo, nos jugábamos la vista inspeccionando retortas recalentadas al rojo vivo, rimábamos comedias en tres actos que aún hoy releo cuando quiero sonreír. Aún veo aquella gran habitación, con su ventanal inundado de luz blanca, llena de periódicos viejos, de grabados pisoteados, de sillas destartaladas, de caballetes cojos. Su visión me resulta dulce y sonriente cuando miro mi habitación de hoy y veo a Laurence de pie, en el centro del cuarto; Laurence, que me espanta y que me atrae.

Más tarde, nos embriagamos con los espacios abiertos. Nos atrapó el sano libertinaje del campo y de las largas jornadas de marcha. Fue una locura, un arrebató. Estrellamos las retortas, olvidamos los racimos de uva y cerramos las puertas del laboratorio. Partíamos de madrugada, antes de que amaneciera. Yo venía hasta vuestras ventanas para llamaros en plena noche y nos apresurábamos para salir de la ciudad, con el zurrón a la espalda y el fusil al hombro. No sabría decir qué tipo de presas cazábamos; partíamos paseando por el rocío, corriendo entre las hierbas altas, que se inclinaban bajo el peso de sus frutos secos y apretados; nos revolcábamos en el campo como potros fugitivos. El zurrón seguía vacío a la vuelta, pero los pensamientos estaban llenos, y el corazón, también.

¡Qué poderosa tierra, tan áspera y tan suave a la vez para quienes se sumergieron en sus ardores y en sus ternuras! Recuerdo aquellos amaneceres blancos y húmedos, casi frescos, que ponían en mi ser y en los horizontes una paz de inocencia suprema; recuerdo aquellos soles pesados y sofocantes, el aire ardiente, pesado y cegador que

aplastaba la tierra con sus rayos amplios, que manaban desde las alturas como el oro fundido. ¡Hora viril y fuerte que confiere a la sangre una madurez precoz y a la tierra unas entrañas fecundas! Caminábamos como niños valientes en medio de aquellos amaneceres y de aquellos soles: jóvenes y ligeros por la mañana, más serios y reservados al atardecer; nos hablábamos como hermanos, compartíamos el mismo pan, sentíamos las mismas emociones.

Las tierras eran amarillas o rojizas, desiertas y desoladas, sembradas de enjutos árboles y manojos dispersos de vegetación de un verde oscuro que salpicaban aquí y allá la gran extensión gris de la llanura; luego, al fondo del horizonte, ordenadas en un círculo inmenso, colinas bajas, ribeteadas, de tonos azules tiernos o de violetas pálidos recortándose con una pureza delicada sobre el azul profundo del cielo. Guardo aún en mis ojos estos paisajes penetrantes de mi juventud, siento que les pertenezco, que el escaso amor y la poca verdad que quedan en mi ser emanan de su pasión tranquila.

Algunas veces, bien entrada la tarde, declinando el sol, enfilábamos la gran carretera blanca que conduce hasta el río. Pobre río, delgado como un riachuelo; apretado, turbio y profundo aquí, pero allí ensanchándose y fluyendo como un mantel de plata sobre un lecho de guijarros. Siempre elegíamos alguna de sus pozas que las aguas habían excavado, cercanas a la ribera alta, y nos bañábamos bajo los árboles que nos extendían sus ramas. Los últimos rayos se deslizaban entre las hojas sembrando los ramajes sombríos de claros luminosos que se depositaban sobre la superficie del río en amplias placas de oro. Sólo veíamos agua y vegetación, rinconcitos pequeños de cielo, la cima de una montaña lejana, las viñas del campo vecino. Y vivíamos así, metidos en el silencio y en el frescor. Sentados en la orilla, en la hierba fina, con las piernas colgando y los pies desnudos rozando el agua; disfrutábamos de nuestra juventud y de nuestra amistad. ¡Qué hermosos sueños tuvimos sobre estas riberas cuyos caudales cada día arrastran algunos guijarros! Al igual que aquellos guijarros, nuestros sueños fueron arrastrados por la vida.

Aquellos recuerdos son hoy para mí duros e implacables. En algunos momentos, en mi ociosidad, regresa hasta mí súbitamente algún recuerdo de aquella edad; viene hasta mí agudo y doloroso, con la violencia de un bastonazo. Siento una quemadura atravesarme el pecho. Es mi juventud despertándose dentro de mi ser, desolada y moribunda. Me cojo la cabeza con las manos, reteniendo mis sollozos; me hundo voluptuosamente en la historia de los días pasados y disfruto ensanchando mi lлага, repitiéndome a mí mismo que todo aquello ya no es y que nunca volverá a ser. Luego el recuerdo desaparece; el relámpago me atravesó y yo me quedo anonadado, sin recordar apenas nada.

Después, todavía a esa edad en la que el hombre despierta en el niño, nuestra vida cambió. Prefiero aquellas horas primeras a esas otras horas de pasión y de virilidad incipientes; los recuerdos de nuestras cacerías, de nuestra existencia vagabunda me resultan más dulces que la visión lejana de muchachas cuyos rostros quedaron

estampados en mi corazón. Las veo pálidas y borrosas, en su frialdad, en su indiferencia de vírgenes: pasaron y ya no me reconocían; por eso, cuando hoy pienso en ellas, me digo que ellas no pueden siquiera pensar en mí. No sé por qué este pensamiento hace que me resulten extrañas: no hay intercambio de recuerdos, las miro como pensamientos puros, como sueños que acaricié y que luego desaparecieron.

Permitidme también recordar el mundo que nos rodeaba, aquellos profesores que eran buena gente y que podrían haber sido mejores si hubieran tenido más juventud y más amor; aquellos camaradas, los malos y los buenos, que ni tenían piedad ni tenían alma, como todos los niños. Debo de ser una criatura extraña que sólo sirve para amar y para llorar porque me he emocionado y he sufrido desde mis primeros pasos. Mis años de colegio fueron años de lágrimas. Albergaba en mi fuero interno el orgullo de las naturalezas amorosas. Yo no era amado, dado que se me ignoraba y me negaba a darme a conocer. Hoy no albergo ya odio alguno, pues veo con claridad que nací para desgarrarme a mí mismo. He perdonado a mis antiguos camaradas, a aquellos que me ofendieron, a quienes me hirieron en mi orgullo y en mi ternura. Los primeros me dieron las rudas lecciones de la vida y casi les agradezco su dureza. Entre ellos había tristes muchachos, imbéciles y envidiosos, que seguramente serán hoy imbéciles redomados y hombres malvados. Incluso he olvidado sus nombres.

¡Oh! ¡Dejad que vengan a mí los recuerdos! En esta hora angustiada, el recuerdo de mi vida pasada vuelve con una sensación única de compasión y de arrepentimiento, de dolor y de alegría. Siento mis entrañas removerse cuando comparo todo lo que es con todo lo que ya no es. Lo que dejó de ser es aquella Provenza, esos campos amplios y abiertos inundados de sol; sois vosotros; son mis llantos y mis risas de antaño; lo que ya dejó de ser son mis esperanzas y mis sueños, mis inocencias y mis orgullos. ¡Qué pena! Lo único que permanece es este París, con su lodo; es mi habitación, con su miseria; lo que único que me queda es Laurence, es la infamia, son mis desvelos por esta mujer.

Escuchad: creo que esto sucedió en el mes de junio. Estábamos en la ribera del río, estirados en la hierba, mirando al cielo. Yo os hablaba. Acabo de recordar mis palabras de entonces: he vuelto a sentir su recuerdo como una quemazón. Os contaba que mi corazón necesitaba pureza y virginidad; que me gustaba la nieve porque la nieve es blanca y que prefería el agua de los manantiales al vino, porque era cristalina. Os señalaba el cielo y os decía que era azul e inmenso como el mar, claro y profundo, y que yo amaba el mar y el cielo. Luego os hablaba de la mujer, que yo quería nacida como las flores salvajes contra el viento, cubierta de rocío; que yo quería que fuera planta acuática para que una corriente eterna lavara su corazón y su carne. Os juraba que sólo amaría a una virgen niña, blanca como la nieve, cristalina como el agua de manantial, más inmensa y más profunda en su pureza que el cielo y el mar. Así me explayaba largamente con vosotros, estremeciéndonos con un santo deseo, ávido de inocencia, de blancura inmaculada, incapaz de detener este sueño mío

que ascendía en la luz.

Poseo a mi virgen niña. Está aquí y la amo. ¡Oh! ¡Si pudieseis verla! Tiene un rostro sombrío y cerrado, como un cielo cubierto; las aguas fluían bajas y ella se bañó en el fango. Mi virgen niña está mancillada hasta el extremo de que en aquellos años no me hubiera atrevido a tocarla siquiera con mi dedo por miedo a morir. La amo.

Ved cómo me río; disfruto del extraño encanto de burlarme de mí. Yo, que soñaba con el lujo, no tengo siquiera un trozo de tela para cubrirme; soñaba con la virginidad y hoy quiero a una mujer impura.

En mi miseria, cuando mi corazón había sangrado y comprendí que amaba, mi garganta se cerró y el espanto se apoderó de mí. Fue entonces cuando los recuerdos se alzaron. No pude expulsarlos, permanecen aquí, implacables, como multitud tumultuosa entrando todos al unísono en mi pecho, quemándolo. No los llamé, vinieron solos y los padecí. Cada vez que me da por llorar, mi juventud viene a consolarme, pero sus consolaciones redoblan mis lágrimas, pues pienso en esta juventud que ha muerto para siempre y que jamás volverá.

XIX

No puedo callarme, no puedo mentirme a mí mismo. Me había decidido a ocultarme mi mal, simular que ignoraba mi herida, con la esperanza de olvidar. Matamos a la muerte a veces en su germinar cuando se cree firmemente en la vida.

Sufro y lloro. Seguramente hurgando en mi fuero interno encontraré alguna certeza lamentable, pero prefiero saberlo todo antes que vivir así, aparentando una despreocupación que me cuesta tantos esfuerzos.

Quisiera conocer hasta qué nivel de desesperación he descendido; quisiera abrir mi corazón y leer la verdad en él; quisiera penetrar en la profundidades últimas de mi ser para interrogarlo y pedirle cuentas respecto a sí mismo. Es lo mínimo; que sepa al menos cómo sucedió que me volviera un ser infame. Tengo derecho a sondear mi herida aun a riesgo de torturarme y descubrir que me causará la muerte.

Si en tan ruda labor sucediera que yo me hiriera aún más de lo herido que estoy, si mi amor aumentara al afirmarse, aceptaré con alegría este mayor dolor, puesto que la verdad brutal es necesaria para quienes caminan libremente en la vida y sólo obedecen a sus instintos.

Amo a Laurence y le exijo a mi corazón explicación de este amor. No la amé súbitamente, como se ama en los relatos. Me sentí atraído poco a poco y luego, por así decirlo, quedé disuelto, para acabar corroído y quedarme en carne viva por esta horrible herida en cuestión de días. Hoy mi ser entero está afectado por el mal y no queda ya una sola fibra de mi carne que no pertenezca a Laurence.

Hace un mes yo era libre; Laurence seguía conmigo como quien conserva un mueble viejo por no tirarlo a la calle. Ahora me tiene atrapado; velo por ella, la miro cuando duerme, no quiero que me abandone.

Éste era mi destino fatal y creo comprender cómo entró el amor en mí. En el sufrimiento y en el abandono, no se puede vivir impunemente junto a una mujer que sufre como tú, que es como tú. Las lágrimas tienen su simpatía, el hambre es fraternal; quienes se mueren de hambre con el estómago vacío estrechan con fuerza sus manos.

Permanecí cinco semanas en la habitación fría y triste con Laurence, mirándola. Sólo la veía a ella; ella era mi mundo, el universo, la vida, el afecto. De la mañana a la noche, tenía ante mis ojos este rostro donde creía sorprender por momentos un rápido sentimiento de amistad. Y yo estaba desnudo y débil; vivía envuelto en mi manta, al margen de la sociedad, sin poder siquiera ir en busca de mi ración de sol. Ya no esperaba nada, había limitado mi vida a estas cuatro paredes negras, a este rincón del cielo que veía entre las chimeneas: me había encerrado en mi calabozo y encerrado en éste también mis ideas y mis deseos conmigo. No sé si entenderéis esto: algún día, cuando no tengáis ni siquiera una camisa, comprenderéis que un hombre

pueda convertir en un mundo vasto y completo la cama en la que yace.

Yendo de la ventana a la puerta fue cuando encontré a una mujer. Laurence, estirada sobre el lecho, me miraba caminar durante largas horas. En cada ir y venir, yo pasaba delante de ella y me encontraba con sus ojos, que me seguían tranquilamente. Sentía esa mirada atada a mí; me aliviaba en mi hastío; no sabría explicar qué íntima y extraña consolación obtenía yo al saberme mirado por un ser vivo, por una mujer. De cuando estas miradas debe de datar mi amor. Por primera vez pude percibir que no estaba solo; disfrutaba de una profunda satisfacción al descubrir a una criatura que permanecía junto a mí.

Esta criatura seguramente fuera sólo una amiga al principio. Sucedió que me sentaba en el borde del lecho, que le hablaba, que lloraba sin ocultar mis lágrimas. Laurence, a la que tanta abnegación debió de compadecer, me contestó, secó mis lágrimas. Ella se aburría mortalmente, también a ella el silencio y el frío acabaron en ciertas ocasiones por pesarle. Sus palabras me parecieron más suaves, sus gestos más acariciantes; casi volvió a ser una mujer.

Llegado este punto, me sentí súbitamente invadido. Mi vida se estrechaba día tras día. La tierra se desvanecía; París, la capital de Francia, vosotros, mis pensamientos y mis conocimientos: todo dejó de ser. En Laurence se resumían, para mí, Dios y el ser, lo humano y lo divino; la habitación donde ella estaba tenía un horizonte inconmensurable. Me sentía casi fuera de este mundo, en la muerte, ni siquiera me atrevía ya a pensar que un día pudiera volver a aquella calle cuyo ruido ascendía hasta mí. Era tan poco consciente de la vida que incluso llegué a plantearme la posibilidad de vivir sin comer. Me parecía que Laurence y yo estábamos perdidos, apartados de los seres vivos, transportados a un lugar ignoto, más allá de tiempos y de espacios. No hubiéramos estado más solos en el fondo del infinito.

Una tarde, cuando el crepúsculo llenaba el cuarto de una sombra transparente, yo caminaba despacio, yendo como siempre de la puerta a la ventana. En la oscuridad creciente, veía la cabeza pálida de Laurence sobre sus cabellos negros y sueltos; sus ojos oscuros tenían vagos reflejos y ella me miraba así, tan bella por el sufrimiento. Me detuve, la contemplé. No sé qué sucedió en mis adentros, mi carne quedó sacudida, mi corazón se abrió y se apoderó de mí un gran temblor: me llegué tiritando hasta donde estaba Laurence para estrecharla entre mis brazos. La amaba.

Amaba a Laurence con toda la fuerza de mi abandono y de mi miseria. Padecer el hambre y el frío, vestido con un jirón de lana, sintiéndome abandonado por todos, pero teniendo una mujer a la que apretar contra mi pecho; a la que querer con un amor desesperado. En lo más hondo de la infamia, había encontrado una amante que me esperaba. Ahora, en el abismo, lejos de la luz, estábamos los dos solos, besándonos, apretándonos uno contra el otro: igual que los niños atemorizados que se reconfortan ocultando mutuamente sus cabezas en el seno del otro. ¡Qué silencio a nuestro alrededor y qué noche! Es tan placentero amar en la soledad, en estos desiertos de la desesperación en los que no penetra ruido alguno de la vida. Me

sumergí en el fondo del abismo de esta felicidad suprema. Amé a Laurence con la pasión acariciante que el moribundo debe poner en su amor por una existencia que se le escapa.

Pasé ocho días en una especie de éxtasis doloroso. Me tentaba la idea de cegar la ventana y vivir entre tinieblas. Hubiese querido que el cuarto no fuera mayor que la baldosa en la que permanecíamos de pie. No me sentía nunca suficientemente miserable: anhelaba alguna desgracia espantosa que me echara en brazos de Laurence más desnudo y más sangrante. Mis días transcurrían en mi hundimiento, en mi amor y en mi miseria. Y he aquí que amé el frío y el hambre; el cuarto sucio, la roña en las paredes y en los muebles; amé el vestido de seda azul, ese andrajo lamentable. Mi corazón se quebraba de pura pena cuando tenía a Laurence delante de mí, llevando puesto el andrajo, y me preguntaba ansiosamente por medio de qué beso, de qué caricia sobrehumana podría yo mostrarle que la amaba en su pobreza. Y estaba feliz de ni siquiera estar cubierto. Tenía más frío y sonreía más. Recuerdo estos primeros días como un sueño. Veo la buhardilla más desordenada y más negra que de costumbre. Percibo este aire espeso y asfixiante que la ventana no renovaba, nos veo iguales que sombras, vestidos con andrajos, besándonos, viviendo en nosotros mismos.

Sí. La amo. La quiero con pasión. Me interrogo y mi ser me cuenta la horrible historia, cómo sucedió. Agrandé la herida, ahora que he hurgado en mis adentros, ahora que conozco la razón y la profundidad de mi amor, siento que tengo más fiebre, una pasión más cruda y más loca.

Hasta hace poco me indignaba sólo el pensar que amaba a Laurence. Mi orgullo habrá muerto, dado que esta idea ya no se presenta siquiera. He descendido hasta donde Laurence. Ahora la comprendo: no quiero que sea alguien distinta de quien es. Hay una alegría mórbida en decirte que estás en el fango, que estás a gusto y que seguirás metido en él. Con tanta mayor pasión beso a esta mujer por ser ella más vil y estar más mancillada. En esta desesperación subyace una especie de sarcasmo amargo de mi amor; siento la ebriedad del mal, la demencia del abandono y el hambre. Me revuelco ampliamente en la inmundicia para insultar la luz que tiene enloquecida mi alma y hasta la cual no puedo ascender.

¿No os hablaba de redenciones? Yo quería que Laurence volviera a ser virgen... ¡Tonterías! Era tanto más fácil que yo me volviera indigno. Hoy nos amamos. La miseria nos hizo novios y nos unimos en matrimonio con la agonía. Amo a Laurence fea e impura. Amo a Laurence en sus jirones de seda, en su molicie brutal. No quiero a otra Laurence que no sea ésta; no quiero un alma blanca e inocente y un rostro sonrosado.

Desconozco lo que piensa mi compañera; si disfruta de mis besos o si mis besos la agobian. Está más pálida y más seria. Con los labios apretados, los ojos grandes, la faz enmudecida, me devuelve mis caricias con una especie de fuerza contenida. A veces parece hastiada como si estuviera desanimada por la búsqueda de algo que no

encuentra, pero de inmediato parece volver a sus quehaceres y a seguir buscando, mirándome cara a cara, con sus manos en mis hombros. Por lo demás, sigue teniendo el mismo cuerpo quebrado, la misma alma oscura, sigue durmiendo con los ojos abiertos y se despierta sobresaltada cuando rozo sus labios con los míos. Con mi primer beso, pareció extrañarse, pero luego, durante dos semanas, vivió una vida más joven, más activa; desde hace unos días ha vuelto a caer en su sueño eterno.

No me importa. Aún no siento la necesidad de ser amado por Laurence. Estoy en este estadio de egoísmo supremo del amor que se conforma con sus propias ternuras. Amo, no deseo nada más que eso; me abandono en el seno de esta mujer; me reconforto en esta consolación última.

Ayer hubo velada de fiesta en casa de Jacques. Pâquerette se presentó por la tarde para avisarnos de que nuestros vecinos nos esperaban a las once para cenar. Clavado en mi cama, no quise rechazar el convite, deseoso por proporcionar a Laurence alguna distracción.

Una vez nos quedamos solos, debatimos la cuestión acuciante del pantalón. Se decidió que Laurence me cortaría una especie de pantalón corto en un retal de sarga verde que debía estar harto de permanecer tirado por el suelo. Laurence se puso manos a la obra y dos horas después yo estaba disfrazado de estibador, con una camisa de un blanco dudoso y un jirón de damasco en la cintura.

Laurence se puso luego a limpiar su vestido tanto como pudo con un trapo mojado. Lo planchó estirando la tela y frotándola sobre una de sus rodillas; incluso llevó sus esfuerzos por arreglarlo hasta coserle alrededor de las mangas y el escote un encaje blanco amarillento y arrugado.

Nuestra entrada fue triunfal. Jacques y Marie fingieron creer que era una broma y nos aplaudieron como si fuésemos actores que lograban el efecto que querían producir. Sentía alguna vergüenza y sólo estuve a gusto cuando dejaron de prestar atención a mi pantalón de sarga verde.

Nos encontramos allí a Pâquerette instalada en un sillón. No sé cómo esta ancianita había conseguido penetrar en casa de Jacques, que es un joven muchacho frío y poco hablador. La anciana tiene una agilidad de serpiente, una voz melosa y temblorosa, capaz de forzar las puertas mejor cerradas. Por lo demás, parecía como en su casa, repantingada con devoción, llevando a sus faldas sus manos secas y echando hacia atrás la cabeza, abriendo y cerrando sus ojos grises perdidos en las arrugas de su rostro. Parecía disfrutar anticipadamente las golosinas depositadas junto a ella sobre una mesita.

Marie, que se había levantado a nuestra llegada, se volvió a sentar en una esquina del sofá; con el rubor, los colores de sus mejillas lucían más vivos y ella reía mostrando sus dientes blancos. Jacques, delante de la chimenea, la escuchaba con seria complacencia, como siempre, pero afectuoso, casi sonriente.

Nos presentaron unas sillas. La habitación estaba generosamente iluminada gracias a dos candelabros de cinco velas, ambos sobre la mesita. Esa mesa atestada de botellas y de platos se había quedado contra la pared esperando a que llegara el momento de situarla en medio de la habitación. Las cortinas de la cama habían sido estiradas, los suelos, los paños, los muebles parecían haber sido enjabonados y lavados con mimo. Estábamos a todo lujo, en un gran festín.

Iba a asistir por primera vez a una de estas cenas con las que antaño había soñado, como buen provinciano. Me sentía tranquilo, descansado. Laurence sonreía; y yo era

feliz por su alegría. En el brillo de las velas, en la visión de las botellas enrojecidas, en los platos llenos de pasteles y de embutidos, en las sensaciones de un cuarto cerrado y luminoso, tibio con perfumes indefinibles, hay una especie de bienestar físico que adormece el pensamiento. Mi compañera, con los labios abiertos, sin duda recordaba con ello olores conocidos. Yo mismo sentía mi sangre fluir más caliente y más rápida por mis carnes. Experimentaba la necesidad de reír y de beber demandada por mi cuerpo, al que escuchaba vivir.

Por lo demás, el cuarto estaba tranquilo, los estallidos de alegría atenuados, la orgía era honesta y decente. Bebimos un vaso de vino de Madeira charlando con la mayor tranquilidad. Aquella paz me impacientaba; estuve a punto de gritar. Las dos jóvenes se habían simado al lado de Pâquerette hablando en voz baja. Escuchaba la voz rota de la anciana como un murmullo, mientras Jacques me explicaba la causa de aquella gala. Acababa de superar con éxito un examen y celebraba el acontecimiento. Me pareció más expansivo, menos hombre práctico; se abandonaba algo más, olvidando dar prioridad a su posición futura, e incluso llegó a hablarme de su juventud. A decir verdad, Jacques estaba ebrio de alegría; consentía en hacer el loco porque acababa de subir un peldaño más hacia la sensatez.

Finalmente, nos sentamos a la mesa. Esperaba aquel momento. Llené mi vaso y bebí. Tenía un hambre atroz, pues sobrevivía de mendrugos, pero desprecié pasteles y embutidos para concentrarme en el vino, tinto o blanco. No bebía por necesidad de ebriedad; bebía por beber, porque me parecía que estaba allí para vaciar mi vaso. Cumplí a conciencia y experimenté alegría al sentir que mis miembros languidecían poco a poco y mi pensamiento se enturbiaba.

Al cabo de media hora, las llamas de las velas palidecieron y se desparramaron: el cuarto se volvió rojo, de un rojo difuso y tembloroso. Mi razón vacilante se reafirmó de forma extraña y fue apoderándose de ella una espantosa lucidez. Estaba ebrio; debía de llevar en mi cara la máscara del aturdimiento, la sonrisa idiota del borracho, pero en el fondo de mi inteligencia me sentía tranquilo y sensato; razonaba en completa libertad. Fue aquélla una ebriedad terrible: padecía la molicie de mi cuerpo, muriéndose de extenuación, y el vigor de mi alma, que veía y juzgaba todo incansablemente. Con el ruido de los vasos y los tenedores, mientras las mujeres y Jacques reían charlando, yo, con un codo en la mesa, los miraba. Sus rostros, sus palabras llegaban hasta mí en una sensación neta y clara, dolorosa por su agudeza y por su penetración. Mi amor seguía estando dentro de mí, turbando y cambiando mi ser, pero el anciano filósofo que razonaba acababa de despertar. Disfrutaba con mi ebriedad y con mi Laurence aun siendo consciente de que eran sendos lodos.

Jacques estaba sentado a mi izquierda, aunque no sabía si había sido capaz de embriagarse, pero fingía aquella sinrazón. Delante de mí tenía a las tres mujeres; Marie, a mi derecha, luego Pâquerette y Laurence, que estaba a la izquierda de Jacques. Mis miradas se quedaron fijas en esas tres mujeres que se me presentaban con rostros y sonidos en sus voces nuevas.

No había vuelto a ver a Marie desde el día que la vi sobre el sofá, blanca y lánguida. En aquella ocasión podría haber pasado por una chica que se moría de virginidad. Ahora, con el pelo suelto y la cabeza encendida, de un violeta pálido en las mejillas, agitaba sus brazos desnudos con la fiebre de una niña ignorante que reacciona con su primera voluptuosidad. Me perdía en los fulgores de esta joven frente.

Algo conmovedor e inexpresable emanaba de esta criatura que se despertaba de su agonía para reír y beber, para intentar saborear las angustias voluptuosas de esta vida que ya había vivido sin ella saberlo, por su inocencia de niña. Viéndola así, en el desconcierto de mi ebriedad, despeinada y estremecida, con los ojos ardientes y los labios húmedos, me parecía estar viendo a una moribunda que escucha súbitamente, en su lecho de muerte, la voz de sus sentidos y de su corazón y que, dubitativa, sin saber qué hacer con ese momento supremo, no quiere morir sin antes haber contentado sus difusas aspiraciones.

Laurence también estaba animada. Estaba casi hermosa de impudicia. Su cara había adquirido una franqueza casi viciosa, que confería a cada uno de sus rasgos una insolencia suprema; el rostro entero se estiraba en grandes planos cuadrados atravesados por líneas profundas que cruzaban nerviosamente las mejillas y la garganta en masas fuertes y desdeñosas. Estaba pálida y había algunas gotas de sudor en su frente, en las raíces de los cabellos, que se erguían enhiestos sobre su cráneo bajo y aplastado. Repantingada en su sillón, con expresión mortecina y convulsa, los ojos negros y vivos, la percibía como una imagen terrible de la mujer que sopesara en su mano todas las voluptuosidades, y que ahora las rechazaba por parecerle demasiado ligeras. A veces creía que me miraba encogiéndose de hombros y, sonriendo compasivamente, la escuchaba decirme: «Me quieres, ¿verdad? ¿Pero qué quieres de mí? Mi cuerpo está difunto y nunca tuve corazón».

Pâquerette estaba aún más delgada y más arrugada. Su rostro, como una manzana seca, parecía haberse arrugado aún más y había adquirido un tono pálido de color terroso. Los ojos no eran más que dos puntos brillantes. Balanceaba la cabeza suave y amablemente, parloteando como un organillo destemplado. Disfrutaba además de un perfecto sosiego aunque hubiera bebido y comido ella sola tanto como nosotros tres.

Las miraba a todas ellas. La turbación de mi cerebro las aumentaba de tamaño, las hacía oscilar de forma extraña ante mí. Me decía a mí mismo que toda la licenciosidad estaba reunida allí: la licenciosidad joven y despreocupada; la licenciosidad madura en su franqueza, la sincera depravación que ha envejecido y que ahora vive con el pelo blanco de su infamia pretérita. Por primera vez veía a aquellas mujeres juntas, codo con codo. Ellas solas eran todo un mundo. Pâquerette lo dominaba todo desde su ancianidad, presidía, llamaba «hijas mías» a las dos pobres desgraciadas que la acariciaban. Había, sin embargo, alguna cordialidad, cierta fraternidad entre ellas; se hablaban como hermanas sin pensar en la diferencia de edad. Mis miradas veladas confundían las tres cabezas y ya no sabía de qué frente

caían los cabellos blancos.

Jacques y yo estábamos frente a ellas. Éramos jóvenes, celebrábamos el éxito de la inteligencia. Estuve a punto de salir, hermanos, e ir corriendo hasta vosotros. Después estallé en una carcajada, fuerte, sin duda, pues las mujeres me miraron, sorprendidas. Me dije que tal sería, de ahora en adelante, el mundo donde me tocaría vivir. Cerré los ojos y vi ángeles de largos vestidos azules ascendiendo en una luz pálida chisporroteante.

La cena había sido muy alegre. Cantábamos y charlábamos. Me parecía que la habitación estaba llena de un humo espeso que me apretaba la garganta y me escocía los ojos. Luego todo daba vueltas. Creí que iba a dormirme cuando escuché una voz lejana que gritaba con sonido de campana agrietada:

—¡Tenemos que besarnos, tenemos que besarnos!

Entreabrí los ojos y vi que aquella campana agrietada era Pâquerette, que acababa de ponerse de pie en su sillón. Agitaba los brazos riéndose con vulgaridad.

—¡Jacques, Jacques! —gritaba—. Bese a Laurence. Es una buena muchacha que le entrego para que la entretenga. Y tú, Claude, pobre niño dormido, besa a Marie, que te ama y que te ofrece sus labios. Vamos, vamos. Besémonos, besémonos. ¡Ahora lo vais a ver...!

Y la vieja saltó al suelo.

Jacques se inclinó y dio un beso a Laurence, que se lo devolvió. Yo me volví entonces hacia Marie que me esperaba con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás. Iba a besarla en la frente cuando dobló ligeramente el cuello hacia atrás y me ofreció su boca. La luz de las velas caía en su rostro. Con mis ojos en los suyos, pude percibir en su mirada tan clara, de un azul tan puro, algo que me pareció ser su alma.

Dado que me había inclinado mirando el alma de Marie, sentí sus labios fríos posarse en mi cuello. Me volví; Pâquerette estaba allí, riéndose, golpeando sus manos secas. Había besado a Jacques y venía ahora a besarme a mí. Me limpié el cuello.

Sonaron las siete, una claridad pálida anunciaba el día. Nos lo habíamos dicho todo; sólo nos quedaba separarnos. Cuando me disponía a salir, Jacques me echó sobre los hombros un pantalón y un chaquetón que ni siquiera se me ocurrió rechazar. Pâquerette subió delante nuestro estirando su brazo enjuto que sostenía un candil.

Cuando estuvimos acostados, pensé en los besos que habíamos intercambiado. Miré a Laurence y creí ver en sus labios rojos los labios de Jacques. Creía tener aún frente a mí, en la sombra, el fulgor azul que ardía en el fondo de los ojos de Marie. No sé qué extraño escalofrío se apoderó de mí ante los vagos pensamientos que acudieron a mi mente, y me dormí con un sueño febril. Mientras dormía, sentía en mi cuello la sensación fría y penosa de la boca de Pâquerette: soñaba que me pasaba la mano sobre la piel y que no podía eliminar el tacto de aquellos labios que me helaban.

El domingo, al abrir la ventana, vi que la primavera estaba de vuelta, el aire se entibiaba aún estremecido; podía sentir en los últimos escalofríos del invierno los primeros calores del sol. Aspiré ampliamente este caudal de vida meciéndose en el cielo; se apoderó de mí una gran alegría oliendo estos perfumes cálidos y algo acres que ascendían de la tierra.

Con cada primavera mi corazón rejuvenece, mi carne se hace más ligera. Todo mi cuerpo experimenta purificación. Ante este cielo pálido y claro, de una blancura cegadora con el levante, mi juventud se había despertado. Miré la gran muralla: estaba limpia y clara; algunas briznas de hierba crecían entre las piedras. Miré la calle: sus adoquines y sus aceras se volvían blancas; las casas, que la lluvia había lavado, reían al sol. La joven estación otorgaba su alegría a todas las cosas. Crucé mis brazos y después, girándome con fuerza, grité a Laurence:

—¡Despierta, despierta! ¡La primavera está aquí y nos está llamando!

Laurence se levantó mientras yo iba a pedirles prestados un vestido y un sombrero a Marie y veinte francos a Jacques. El vestido era blanco y sembrado de ramilletes lilas; el sombrero estaba adornado con amplios lazos rojos.

Hice apresurarse a Laurence; yo mismo la peiné, tenía prisa por estar al sol. En la calle, caminé rápidamente, sin levantar la cabeza, ansioso por llegar hasta los árboles. Escuchaba con una especie de emoción contenida el ruido de las voces y de los pasos. En el jardín de Luxemburgo, ante grandes macizos de castaños, mis piernas desfallecieron y me tuve que sentar. Hacía dos meses que no salía de casa. Permanecí allí, sobre un banco, durante un largo cuarto de hora para sumergirme en la vegetación joven, en el joven cielo. Procedía de una noche tan oscura que la primavera me deslumbraba.

Entonces le dije a Laurence que íbamos a caminar mucho, mucho rato, hasta que ya no pudiéramos seguir caminando. Caminaríamos así, en el aire tibio, húmedo aún por las hierbas, a pleno sol. Laurence, que también se despertaba, se levantó y me arrastró a pasos apresurados, como un niño.

Seguimos por la rue de l'Enfer y la route d'Orléans. Las ventanas estaban abiertas y veíamos muebles. Había hombres ataviados con blusas blancas, en las puertas, que charlaban fumando. De las tiendas salían estallidos de risa. Todo lo que me rodeaba, calles, casas, árboles, cielo me parecía haber sido lavado con esmero. Los horizontes estaban limpios, como nuevos, de pureza y de luz.

En las fortificaciones nos encontramos las primeras hierbas, cortas aún, esparcidas en amplias alfombras. Descendimos por el foso que se extendía a lo largo de las altas murallas grises siguiéndolas por sus ángulos. A un lado quedaba el muro pálido y al otro estaba el talud verdecido. Avanzamos por él como por una calle

desierta y silenciosa que no tuviera casa alguna. En algunos rincones, los rayos se amontonaban haciendo crecer grandes cardos que poblaban miríadas de insectos, escarabajos, mariposas, abejas... Estos rincones son todo zumbido y calor. Pero por la mañana el talud arroja su sombra; caminamos sin ruido sobre un césped apretado y, delante de él, veíamos una estrecha franja de cielo sobre la que destacaban unos árboles enjutos que dominan la muralla, llenos de luz.

Los fosos de las fortificaciones son pequeños desiertos en los que a menudo he venido a solazarme. El horizonte estrecho, la sombra y el silencio, que hacen más perceptible el murmullo sordo de la urbe y los clarines de los cuarteles vecinos lo convierten en un lugar apreciado por los chiquillos; para los niños pequeños, pero también para los niños grandes. Estás ahí metido, en un agujero a las puertas de la ciudad, sintiéndola latir y estremecerse, pero sin verla. Durante media hora Laurence y yo nos conformamos con este barranco, que nos hacía olvidar las casas y los caminos abiertos: estábamos a mil leguas de París, lejos de cualquier núcleo habitado, viendo solamente piedras, hierbas y cielo. Luego, casi asfixiados, ávidos de llanuras, remontamos el talud corriendo. El campo abierto se extendía ante nosotros.

Nos hallábamos en los solares de Montrouge. Estos campos, erosionados y embarrados, padecen la aflicción de una desolación eterna, de miseria, de lúgubre poesía. Aquí y allá, la tierra negra bosteza horrorosamente, mostrando, como entrañas abiertas, antiguas canteras abandonadas, pálidas y profundas. Ni un árbol en el horizonte, bajo y mortecino, donde destacan únicamente las grandes ruedas de heno. Las tierras tienen un aspecto sórdido e indescriptible y están cubiertas de residuos sin nombre. Los caminos giran, se hunden, se estiran con melancolía. Construcciones nuevas en ruinas, montones de escombros se nos ofrecen en cada curva de los senderos. Todo es crudo a la vista: los terrenos negros, las piedras blancas, el cielo azul. Todo el paisaje, con su aspecto enfermizo, sus planos súbitamente cortados, sus llagas abiertas, tiene la tristeza indecible de los paisajes desgarrados por el hombre.

Laurence, que se embelesaba en los fosos de las fortificaciones, se acurrucó contra mi pecho cuando cruzábamos el llano desolado. Caminamos en silencio, volviéndonos de vez en cuando para ver París rugiendo en el horizonte. Luego nuestras miradas se volvían hacia nuestros pies, evitando los agujeros, mirando el alma entristecida de este llano cuyas heridas el sol mostraba en toda su crudeza. Allí estaban las iglesias, los panteones, los palacios reales; aquí las ruinas de un suelo removido en el que se hurgó y robó para construir templos a los hombres, a los reyes, a Dios. La ciudad explicaba el llano. París tenía en su umbral la desolación que origina toda grandeza. No conozco nada más mortecino ni más lamentable que esos descampados que rodean las grandes ciudades; ya no son campo, pero tampoco han llegado a ser ciudad; son polvos, mutilaciones de los hombres, que no tienen ya el verdor, pero tampoco la majestuosidad serena que Dios otorga.

Teníamos prisa por huir. Laurence se hería los pies y estaba atemorizada por este desorden, por esta melancolía que le recordaban nuestro cuarto. Yo encontraba aquí

mi amor: mi vida enturbiada y sangrante. Apresuramos el paso.

Descendimos por una colina, el río Bièvre fluía al fondo de una vaguada azulona y espesa. A lo lejos algunos árboles bordeaban el arroyo, grandes casas sombrías y solitarias, atravesadas por inmensas ventanas, se erguían lúgubrementemente. La vaguada es más exasperante que el llano. Es húmeda, grasienta, pestilente. Los curtidores producen olores acres y asfixiantes y convierten las aguas del Bièvre en una especie de cloaca a cielo abierto, que exhala un olor fétido y poderoso que se adhiere a la garganta. Ya no es la desolación mortecina y gris de Montrouge: es el aspecto repugnante de un arroyo negro de barro y de inmundicias, pestilente. Algunos álamos han crecido poderosamente en este estercolero y allá arriba, sobre el claro cielo, destacan las largas líneas blancas del hospital de Bicêtre, esa espantosa casa de la enfermedad mental y de la muerte que domina dignamente el valle innoble y malsano.

Fui presa de la desesperación y me pregunté si no acabaría deteniéndome allí para pasar el día al borde de la cloaca. No podía salir de París; era incapaz de escapar del arroyo. Incluso en los campos, la suciedad y la infamia me perseguían: las aguas estaban corrompidas, los árboles tenían una salud mórbida, mis ojos solo veían llagas y sufrimientos. Éste debía de ser el campo que Dios me reservaba ahora. Vendría hasta aquí todos los domingos, con Laurence de mi brazo, para pasear a orillas del Bièvre, por la ribera de los curtidores, a hablar de amor en esta cloaca; vendría a la hora de mediodía para sentarme con mi amada sobre la tierra grasienta, para sumergirme en el abismo de esta criatura muerta, en esa vaguada sórdida. Me detuve aterrado, dispuesto a volver a París corriendo, y entonces miré a Laurence.

Laurence tenía el rostro derrumbado de miseria y de vejez. Aquella sonrisa suya al partir se había desvanecido. Parecía fatigada y aburrida, miraba a su alrededor tranquila, sin asco. Creí verla en nuestra habitación y comprendí que aquella alma adormecida necesitaba más sol, una naturaleza más dulce, para poder yo devolverle sus quince años.

Entonces la así con fuerza del brazo sin permitirle que volviera la cabeza y la arrastré remontando la ladera, siempre en línea recta, siguiendo las carreteras, cruzando los prados, buscando la primavera, joven y virgen. Durante dos horas caminamos así, en silencio y rápidamente. Cruzamos dos o tres pueblos: Arcueil, Bourg-la-Reine, creo. Recorrimos así más de veinte senderos, entre muros blancos y setos verdes. Después, cuando acabábamos de saltar un fino riachuelo en un valle lleno de follaje, Laurence lanzó un grito infantil, una carcajada, y se escapó de mi brazo, corriendo por la hierba completamente alegre e ingenua.

Estábamos en un gran cuadrado de césped sembrado de árboles, de álamos altos que ascendían como un chorro majestuoso y se balanceaban lánguidamente en el aire azul. El césped era abundante y espeso; negro a la sombra y dorado al sol, y parecía, cuando el viento agitaba los álamos, un amplio tapiz de seda con reflejos cambiantes. A su alrededor se extendían tierras labradas cubiertas de arbustos y de plantas: el

horizonte no era más que hojas. Una casa blanca, baja y alargada se refugiaba en el umbral de un bosquecillo de árboles vecinos y destacaba alegremente entre tanto verde. A lo lejos, más arriba, a orillas del cielo y a través de las sombras, podíamos ver los primeros tejados de Fontenay-aux-Roses.

El verdor había nacido anteayer y contenía frescores, inocencias de virgen; las hojas jóvenes, pálidas y tiernas, en macizos claros, parecían un encaje ligero y delicado depositado sobre el gran velo azul del cielo. Incluso los troncos, viejos troncos rugosos, parecían como recién pintados y habían ocultado sus heridas bajo unos musgos nuevos. Era una canción universal, de una alegría fresca y acariciante. Las piedras y los terrenos, el cielo y las aguas, todo parecía limpio y vigoroso, sano e inocente. El campo infantil, verde y dorado bajo el amplio horizonte cerúleo, reía bajo la luz, ebrio de savia, de juventud, de virginidad.

Y en medio de esta juventud, de esta virginidad, corría Laurence en una plena luz llena de savia. Se había sumergido en la hierba, en un abismo de aire puro; había recobrado sus quince años en el seno de este campo que aún no había cumplido quince días. La joven vegetación refrescaba su sangre, los jóvenes rayos calentaban su corazón y enrojecían sus mejillas. Todo su ser despertaba con este despertar de la tierra, cuando la tierra recobra su virginidad y la estación es templada.

Laurence corría alocadamente, ágil y fuerte, como si la llevara en volandas la vida nueva que cantaba en su ser. Se estiraba y se levantaba con viveza, estallando en risas, agachándose para coger una flor, para después huir entre los árboles y regresar ardiente, sonrosada. Todo su rostro estaba animado; sus rasgos distendidos, aligerados, contenían una expresión alegre. La risa era franca, la voz sonora, el gesto acariciante. Sentado contra un árbol, yo la seguía con la mirada, tan blanca en la hierba, con el sombrero sobre sus espaldas. Disfrutaba con la visión de aquel vestido limpio y ligero que llevaba castamente y que le confería el aspecto de una colegiala de internado turbulenta. Venía corriendo a mí, me tiraba gavilla tras gavilla las flores que recogía: margaritas y botones de oro, glicinas y muguetes, y se marchaba de nuevo, deslumbrante al sol, pálida y transparente a la sombra, como zumbando en la luz, incapaz de detenerse. Llenaba aquellas hierbas y hojas de ruido y de movimiento; poblaba este rincón perdido de primavera, que había ganado vida y claridad desde que esta niña blanca se pusiera a reír en la vegetación.

Fresca, enrojecida, vibrante, Laurence vino a sentarse a mi lado. Estaba húmeda de rocío; sus senos se elevaban rápidos, llenos de un aliento joven y fresco. Exhalaba toda ella un aroma de hierba y de salud. Por fin, tenía junto a mí una mujer que vivía con amplitud, con pureza, mirando de frente la luz. Me incliné y besé en la frente a Laurence.

Cogía las flores de una en una y las agrupaba en un ramo. El sol ascendía, las sombras eran más oscuras y a nuestro alrededor reinaba un gran silencio. Acostado de espaldas miraba el cielo, miraba las hojas, miraba a Laurence. El cielo era de un azul mate y las hojas, ya languidecientes, se adormecían al sol. Laurence, con la cabeza

inclinada, más calmada y sonriente, se afanaba con movimientos vivos y ágiles. Yo no podía apartar mi mirada de aquella mujer recostada y medio perdida entre sus faldas, con una sombra dorada en la frente que se me aparecía inocente y activa, con la plenitud de los quince años. Experimentaba con este pensamiento que la primavera estaba en mí, a mi alrededor, y que Laurence era virgen; me perdía en esa ensoñación de la pureza, de mi amante y de la altura de mi amor. Por fin, amaba a una mujer, esta mujer reía, esta mujer existía; tenía buen color, la alegría franca de la juventud. Los días pasados eran cosa del pasado: el porvenir reaparecía en un refulgir tranquilo y espléndido. Mis sueños de virginidad, mi amor por la luz, iban a verse colmados en esta hora en que comenzaba una vida de éxtasis y de ternura. Ni siquiera recordaba ya el río Bièvre, esa cloaca negruzca a cuyas orillas había yo sentido la espantosa tentación de sentarme y de besar a Laurence. Ahora quería habitar aquella casa blanca, enmarcada por un bosquecillo de árboles, y vivir allí para siempre con mi amiga, con mi esposa, en el rocío, en el sol, en el aire puro.

Laurence acababa de atar su ramillete con la ayuda de una brizna de hierba. Eran ya las once y aún no habíamos comido nada. Tuvimos que alejarnos de aquellos árboles bajo los que mi alma había amado por vez primera y ponernos a buscar una posada. Caminé a través de los campos, por senderos estrechos que bordeaban sembrados de fresas. Laurence me seguía, sujetándose las faldas y despistándose en cada seto. De pronto, saliendo de una revuelta en el camino, encontramos lo que buscábamos.

El *Coup du milieu*, la posada con merendero a la que accedimos, está en un pliegue del terreno entre Fontenay y Sceaux, muy cerca del estanque de Plessis-Piquet. Desde el exterior sólo se ve un chorro de vegetación, una veintena de árboles que crecieron soberbios; los domingos, de este nido inmenso brota un ruido de tenedores y cuchillos, de risas y de canciones. Una vez dentro, cuando franqueamos la puerta coronada por un amplio letrero fijado en oblicuo y descendimos un suave desnivel, nos hallamos en una avenida ensombrecida por los follajes, jalonada por bosquecillos a derecha e izquierda; cada uno de ellos está dotado de una larga mesa y dos bancos anclados en el suelo, enrojecidos y ennegrecidos por la lluvia. Al llegar al final, la avenida se ensancha en un claro, donde un columpio aparece suspendido entre dos árboles.

Los bosquecillos estaban silenciosos y desiertos. Dos hombres en blusa azul, campesinos, se balanceaban; un hombre gordo permanecía solemnemente sentado sobre sus posaderas en medio de la avenida. Laurence y yo nos sentamos a la mesa bajo una bóveda vegetal, en una mesa grande de veinte cubiertos; era casi de noche bajo las hojas, el frescor era penetrante. A lo lejos, veíamos entre las ramas el campo deslumbrante de sol, adormecido bajo los primeros rayos. Las acacias del macizo habían florecido un día antes, los aromas dulces y suaves de sus racimos llenaban el aire tranquilo y acariciante.

Nos pusieron una servilleta en un extremo de la mesa a modo de mantel y luego

nos sirvieron lo que habíamos pedido; costillas, huevos, ya ni me acuerdo. El vino contenido en una jarrita de gres azulón sin duda arañaba el gaznate; algo rudo y áspero, abría maravillosamente el apetito. Laurence devoraba; no le conocía aquellos hermosos dientes blancos hambrientos mordiendo el pan con grandes risotadas. Nunca comí con tantas ganas. Me sentía ligero de alma y de cuerpo; me sorprendía pensando en mis días de estudiante, cuando nos bañábamos en el riachuelo y almorzábamos entre las hierbas de la orilla. Me gustaba aquel paño blanco sobre la mesa negra; las tinieblas del ramaje cerrado, esos tenedores de hierro, esas toscas cerámicas. Miraba a Laurence; yo vivía en las larguezas de mi plenitud y de mis sensaciones; disfrutando de todo lo que me rodeaba.

A los postres, el chef vino a recibir nuestras felicitaciones. Es un viejo alto y algo encorvado, completamente vestido de blanco. Llevaba puesto un gorro de algodón que reunía en sus sienes dos mechones de cabellos canosos y rizados entre los que había quedado olvidada alguna *papillote*. Laurence se rio durante una hora de esa excelente figura, astuta a la par de ingenua.

Ignoro lo que hicimos hasta el atardecer. La jornada había sido un día de sol, de luz deslumbrante. No sabría decir qué senderos seguimos, qué sombras elegimos. Cuando pienso en aquellas horas de éxtasis aparece un esplendor ante mis ojos. El recuerdo de los detalles es rebelde; todo mi ser tiene la sensación de una gran felicidad, de una luz inmensa. Creo tener un recuerdo vago de habernos abandonado en el fondo de una hondonada llena de musgo Laurence y yo, sin ver otra cosa que un pedazo de cielo, y allí permanecemos, cogiéndonos las manos, ebrios, con los ojos mirando hacia las alturas, llenándolos de claridad hasta la ceguera; sin ver otra cosa que no fueran nuestros corazones y nuestros pensamientos. Pero tal vez todo esto no sea más que un sueño; la memoria se me escapa, sólo recuerdo que, mientras estuve cegado, pude entrever miles de astros entre mis tinieblas.

Entrada la tarde, sin saber cómo, nos encontramos de nuevo en el *Coup du milieu*. Estaba abarrotado. Mujeres y hombres jóvenes atestaban los bosquecillos formando una gran algarabía; vestidos blancos, lazos rojos y azules manchaban el verde tierno de las hojas; las carcajadas se arrastraban suavemente en el crepúsculo. Algunas velas se encendieron en las mesas como puntos luminosos salpicando la sombra naciente. Unos tirolese cantaban en medio de la avenida.

Comimos en un extremo de la mesa, igual que por la mañana, pero mezclándonos con las risas, esforzándonos por salir de nosotros mismos. La ruidosa juventud que nos rodeaba me asustaba un poco, pues me parecía encontrarme allí con muchos Jacques, con muchas Marie. Entre las ramas, veía un rincón de cielo pálido y melancólico, todavía sin estrellas; me entristecía al apartar mis ojos de aquellos espacios tranquilos por el mundo de locura que gritaba a mi alrededor. Recuerdo hoy que Laurence parecía febril, confusa.

Después se hizo el silencio; todos se fueron y nosotros nos quedamos. Yo estaba resuelto a dormir en el *Coup du milieu* para disfrutar a la mañana siguiente del rocío

y de las claridades del alba. Mientras nos ponían sábanas en la cama, fuimos con Laurence a sentarnos en un banco al fondo del jardín. La noche era suave, estrellada, transparente; ruidos difusos subían desde la tierra; un cuerno se quejaba allá arriba con una voz apagada y acariciante. La llanura, con sus grandes masas de ramaje negras, inmóviles, extendía sus horizontes misteriosos, parecía dormir entre escalofríos, agitada por un sueño de amor.

Nuestra habitación me pareció húmeda. Estaba en la planta baja; era nueva, de techos bajos, pero ya bastante degradada. Faltaban muebles. En el techo, los amantes habían escrito sus nombres paseando sobre el yeso la llama de un candil; las letras, nudosas y temblorosas se extendían como amplias manchas negras. Cogí un cuchillo y, como un niño, grabé una simple fecha debajo de un tragaluz en forma de corazón que se abría al campo sin rejas ni contraventana.

Aunque la habitación no era bonita, la cama era buena. A la mañana siguiente, levantándome medio dormido vi en el muro que había ante mí un espectáculo que no pude comprender y que me causó pavor. La habitación estaba oscura aún y en medio de la sombra, sobre la muralla, sangraba un corazón enorme. Creí sentir mi pecho vacío, me puse a buscar a mi amor con desesperación. Sentí mi amor morderme las entrañas y comprendí que el sol se levantaba y entraba libremente por el tragaluz.

Laurence se levantó, abrimos la ventana y la puerta. Un caudal de frescor entró, trayendo hasta nuestro cuarto todos los frescores del campo. Las acacias plantadas casi en el umbral tenían un olor más dulce, más suave. Un alba blanca reinaba en el cielo y en la tierra.

Laurence bebió un tazón de leche y, antes de regresar a París, quise subir hasta el bosque de Verrières para traerme en mi corazón todo el aire puro de la mañana. Allá arriba, en el bosque, caminamos a pasitos cortos por los senderos. El bosque era como una bella desposada al día siguiente de su boda; sus lágrimas eran voluptuosas, de una languidez joven, un frescor húmedo, de perfumes tibios y penetrantes. El sol en el horizonte se deslizaba oblicuamente entre los árboles por anchas capas; había una dulzura inexpresable en estos rayos de oro que se desenrollaban en tierra como velas de seda, ligeras y deslumbrantes. Y en la frescura se podía escuchar el despertar del bosque, esos mil ruiditos que daban fe de la vida de los manantiales y de las plantas; sobre nuestras cabezas, los cantos de los pájaros, a nuestros pies los murmullos de los insectos, a nuestro alrededor súbitos crujidos, borboteos de aguas corrientes, suspiros profundos y misteriosos que parecían salir del costado nudoso de los robles. Avanzábamos lentamente solazándonos y remoloneando en el sol y en la sombra, bebiendo el aire fresco, intentando comprender las palabras confusas que las madreselvas nos dedicaban al pasar. ¡Qué dulce y sonriente mañana, embebida de lágrimas felices, tan tierna de alegría y de juventud! El campo estaba en esa edad adorable en que la vieja naturaleza tiene por unos días las gracias delicadas de la infancia.

Regresé a París con Laurence del brazo, joven, fuerte, ebrio de luz y de

primavera; con el corazón lleno de rocío y de amor. Amaba con elevado amor y creía ser amado.

XXII

La primavera se marchó y desperté de mi sueño.

No sé qué clase de triste niño soy yo; ni sé qué alma mísera habita en mí. La realidad me penetra, me sacude, mi carne sufre o goza poderosamente lo que soy, como un cuerpo de una sonoridad exquisita que vibrara a la mínima sensación; tengo una percepción aguda y neta del mundo que me rodea. Y mi alma se complace en negar la verdad; escapa de mi carne, desdeña mis sentidos; vive en el exilio, en la mentira y en la esperanza. Así camino yo por la vida. Sé y veo; me ciego y sueño. Mientras avanzo bajo la lluvia, metido en el barro, aunque sea enérgicamente, consciente de todo el frío y de toda la humedad, puedo, gracias a una extraña facultad, hacer lucir el sol, sentir calor, crearme un cielo suave y tierno sin dejar de sentir el cielo negro que me pesa en los hombros. No ignoro, no olvido; vivo una doble vida. Aplico a la ensoñación la misma franqueza que a las sensaciones verdaderas. Tengo pues dos existencias paralelas, tan vivientes y tan ásperas las dos; una sucede aquí abajo, en mi miseria, la otra acontece en las alturas, en la inmensa y profunda pureza del cielo azul.

Sí, seguramente sea ésa la explicación de mi ser. Comprendo mi carne, comprendo mi corazón; soy consciente de mis inocencias y de mis infamias; de mi querencia por las mentiras y por las verdades. Soy una delicada máquina de sensaciones; sensaciones del alma, sensaciones del cuerpo. Recibo y reflejo con escalofríos el menor rayo, el olor más pequeño, la más mínima ternura. Vivo con la frente alta, gritando de sufrimiento, balbuceando de éxtasis al cielo y en el fango, más aplastado tras cada nuevo impulso, más radiante tras cada nueva caída.

El otro día, en el aire tibio bajo los grandes árboles de Fontenay, mi carne se enterneció; mi corazón había dominado. Amaba, creía ser amado. La verdad se me escapaba; veía a Laurence vestida de blanco, joven y virgen, su beso me parecía tan pleno de dulzura que hasta me pareció que provenía de su alma. Hoy Laurence está aquí, sentada en el borde de la cama, y cuando la miro, pálida y mortecina, en su vestido sucio, mi corazón se subleva. La primavera se fue. Laurence es vieja y no me ama. ¡Un niño miserable, ése soy yo! ¡Yo, que las provoqué, me merezco mis lágrimas!

¡Qué me importan la fealdad de Laurence mancillada, su desmoronamiento! ¡Quiero que sea más fea, que esté más mancillada, más derrumbada aún de lo que está, pero que me ame! Quiero que me ame.

No añoro sus quince años ni su sonrisa juvenil del otro día. Corriendo bajo los árboles era ella el liada buena de mi juventud. No; no lamento haberme perdido nada, ni de su belleza ni de su frescor; añoro el sueño que tuve al creer sentir su corazón en sus caricias.

Está aquí, deplorable, hundida. Tengo al menos el derecho a exigirle que me ame, que se entregue a mí. La acepto en todo su ser; la quiero tal y como es; dormida y desgastada, pero la quiero; la quiero con toda mi voluntad y todo mi poder.

Recuerdo haber soñado con la redención; quería en ella más razón, más pudor. ¿Qué me importan el pudor o la razón? Me da igual ahora. Exijo amor, por muy impúdico y loco que sea. Estoy ávido de amor, de ser amado; no puedo seguir amando solo. Nada había a mi corazón tanto como las caricias que no le son devueltas. He dado a esta mujer mi juventud, mis esperanzas; me encerré con ella en el sufrimiento y la abyección. Me olvidé de todo en el fondo de las tinieblas: de la muchedumbre, de sus juicios. Puedo, a mi entender, pedirle a cambio a esta mujer que se una a mí; que nos confundamos en el fondo del desierto de miseria y de abandono donde vivimos los dos.

La primavera está muerta, os digo. Soñé que el joven follaje reverdecía al sol, que Laurence reía alocadamente entre las altas hierbas. Me hallo en la sombra húmeda de mi habitación, frente a Laurence, que dormita; no he salido de este cuchitril; no he visto abrirse ni los ojos ni los labios de la chica. Todo es mentira. En este derrumbe de lo verdadero y lo falso, en este ruido confuso que la vida produce en mí, sólo siento una necesidad, una necesidad ardiente y cruel: amar, ser amado, donde sea y como sea, para sumergirme en un abismo de amor.

¡Oh, hermanos! Más adelante, si algún día salgo de mi noche y se me antoja explicar a la muchedumbre mis amores lejanos, imitaré sin duda a estos lloricas, a estos soñadores que adornan de rayos los demonios de sus veinte años poniéndoles alas en los hombros. Les llaman los poetas de la juventud a estos mentirosos que sufrieron, que vertieron todas sus lágrimas, y a los que hoy, en sus recuerdos, sólo les quedan sonrisas y añoranzas. Os aseguro que yo los he visto sangrar y los he visto desnudos, en carne viva y doliente. Vivieron en el sufrimiento, crecieron en la desesperación. Sus amantes eran infames, sus amores reunían todos los horrores de los amores del arroyo. Fueron engañados, heridos, arrastrados en el barro; nunca encontraron un corazón y cada uno de ellos tuvo su Laurence, que convirtió su juventud en una soledad descorazonadora. Después la herida se cerró, llegó la edad, vino el recuerdo a dar su encanto acariciante a toda la infamia de antaño, y lloraron sus amores mórbidos. Así crearon un mundo embustero de jóvenes pecadoras, de muchachas adorables en su despreocupación y en su ligereza. Bien conocéis a todas las Mimi Pinson y las Musette de las baladas; las soñasteis con dieciséis años, quizás incluso las buscasteis. Sus amantes fueron pródigos, les concedieron la belleza y la frescura, la ternura y la franqueza y las convirtieron en modelos punzantes del amor libre, de la eterna juventud; las impusieron en nuestro corazón y se complacieron en el propio engaño. Mienten, mienten, ellos mienten.

Los imitaré. Me engañaré a mí mismo como ellos; me creeré de buena fe los embustes que mis recuerdos me contarán; como ellos tal vez retenga cobardías, timideces que me inducirán a no ser franco ni sonoro a la hora de hablar de quienes

fueron mis amores y lo muy impuros que fueron. Laurence se convertirá en Mimi o Musette y tendrá una juventud, una belleza; dejará de ser la mujer que está aquí, muda y sucia; será una jovencueta atolondrada que amará por doquier, pero aún llena de vida y que incluso resultará más adorable por sus caprichos. Este cuchitril se convertirá en una buhardilla alegre y florida, llena de blanco sol, el vestido de seda azul se trocará en una ropa de algodón ligera y limpia; mi miseria estará llena de sonrisas, mis ternuras irradiarán. Y yo cantaré a mi vez la canción del vigésimo año, retomando el estribillo donde otros lo abandonaron para continuar esa letra dulce y mentirosa que me confunde, que confundirá a quienes vengan después que yo.

Hermanos, en estas cartas escritas sólo para vosotros, que trazo sobre la marcha, estremeciéndome aún las terribles sacudidas, soy capaz de ser rudo, áspero, contar todo a partir de mis confesiones. Me entrego por entero, vivo con la frente alta, os doy mi carne y mi sangre; quisiera sacar mi corazón de mi pecho, para mostrároslo sangrante, enfermo, franco en sus abyecciones y en sus purezas. Me siento más elevado y más digno confesándome a vosotros; siento un orgullo inmenso en mi envilecimiento; cuanto más desciendo, más crezco en desdén, en indiferente soberbia. ¡Qué dulce cosa es la franqueza! Decíais que, de cada diez jóvenes, ocho tienen la misma vida que yo, la misma juventud. Algunos, dos o tres de cada cien, se asustan, lloran como lloro yo; los otros, muchos miles, lo aceptan en paz, infames y sonrientes. Todos mienten. Yo me hiero, os confieso sollozando cuáles son mis amores, con qué terrible peso me asfixian.

Más adelante, mentiré.

Nada existe hoy salvo el amor de Laurence que no tengo y que exijo. Ya no hay luz, ni hay mundo, ni multitudes: hay un hombre y una mujer entre tinieblas frente a frente para siempre. El hombre, al margen de toda pureza, de toda belleza, quiere ser amado por la mujer porque teme estar solo; porque tiene miedo de la soledad y del frío, y porque ama a su vez. En el fatídico último día, cuando la humanidad agonice y sólo quede una pareja sobre la faz de la tierra, la lucha será terrible, la desesperación, inmensa, si el último amante no puede despertar a la última amante del sueño del corazón y de la carne.

Marie cambió de habitación ayer y vino a alojarse en el mismo rellano que yo, en un cuarto separado del mío por un simple tabique. La pobre chiquilla se está muriendo; tose con una tos hueca y sorda y con unos estertores entre cada espasmo de hipo. Y Jacques, al que esta tos turbaba en su quietud de hombre fuerte, decidió que la enferma estaría más a gusto sola en una habitación separada. Le entregó a Pâquerette para velarla y cuidarla.

La noche pasada escuché durante largas horas la tos y los estertores de Marie. Laurence dormía sin aliento. Cada ataque de tos asfisiada que atravesaba el tabique penetraba en mí con una tristeza indescriptible.

Esta mañana, al levantarme, fui a visitar a la moribunda. Permanece en cama y muy blanca, resignada, pero aún sonríe. Con la cabeza apoyada sobre dos almohadones, tenía una especie de dulce languidez, con sus brazos delgados y transparentes sobre la sábana, a lo largo de su pobre cuerpo, que se dibujaba bajo la tela en líneas secas y lamentables.

La habitación me resultó oscura y fría. Se parece a la mía, pero está mejor amueblada, menos sucia. Una ventana amplia se abre sobre la gran muralla negra que se yergue a pocos metros de la fachada de la casa.

Marie estaba sola, inmóvil, con los ojos abiertos de par en par mirando el techo, con ese aire pensativo y desolado de los enfermos que ven más allá de la vida. Pâquerette acababa de bajar en busca de su desayuno. En una mesilla, junto a un sillón, había un ejército de botellas, con un único vaso, y residuos de carnes. Se me ocurrió pensar que Pâquerette se cuidaba a sí misma más de lo que cuidaba a la moribunda.

Besé a Marie en la frente y me senté en el borde de la cama sosteniendo una de sus manos. Giró la cabeza lentamente y me sonrió mientras me decía que no estaba sufriendo, que estaba descansando. Su voz algo ronca no era más que un murmullo débil y susurrante. Con la frente inclinada me miraba con sus ojos febriles y agrandados; en sus miradas amplias había asombro y ternura. Una compasión inmensa me comprimió el corazón ante esta pobre desgraciada. Creí que me pondría a llorar.

Pâquerette volvió a subir cargada con más botellas y nuevas vituallas. Abrió la ventana mientras se quejaba del aire malsano; luego se colocó cómodamente en el sillón, delante de la mesa, y se puso a comer ruidosamente, hablando mientras masticaba y haciendo a Marie preguntas sobre sus antiguos amantes, sobre su vida pasada. Parecía ignorar que aquella niña estaba enferma y la trataba como si fuera una holgazana que disfrutaba quedándose en cama para que la compadecieran. Yo miraba a aquella mujer con asco, encogida, lamiendo sus dedos, carcajeándose con la

boca llena, haciendo bromas con la moribunda y dedicándome miradas solapadas y cínicas, esas miradas de cortesana enloquecida que algunas viejas guardan aún en sus ojos enrojecidos.

Pâquerette dejó de comer, giró a medias su sillón y, cruzando las manos sobre sus faldas, nos miró a Marie y a mí, posando su mirada en una y otro, riendo con una risa malvada.

—¡Eh, guapa! —le dijo a la enferma mientras me señalaba con su dedo—. ¿No te parece atractivo este muchacho? Su corazón está viudo y necesita amores nuevos.

Marie sonrió tristemente cerrando los ojos y retiró su mano de la mía, donde descansaba.

—Se equivoca usted —contesté a Pâquerette tras un instante de silencio—. Mi corazón no es viudo; amo a Laurence.

Marie levantó sus párpados y me devolvió sus dedos, que encontré más agitados y más ardientes.

—¡Laurence, Laurence! —se carcajeaba con sorna la vieja—. Ella se mofa de usted. Así son los hombres. Aman a las que los traicionan y los abandonan. Búsquese usted otra mujer, pobre caballero.

No escuchaba claramente dado que no suelo prestar atención alguna a los parloteos de esta anciana. No sé por qué experimenté un vago malestar. Una ola de calor desconocida llenó mi ser con un escalofrío doloroso.

—Escuchadme, hijitos —añadió Pâquerette acomodándose—, soy una buena mujer; me desagrada que se rían de vosotros. Los dos sois buena gente, tiernos como corderitos y más buenos que el pan. He soñado con casaros a los dos; estoy segura de que nunca habré hecho que se besen dos criaturitas mejores. Vamos, vamos, caballero, coja a la dama en sus brazos. Cada día me encuentro a Laurence y a Jacques acariciándose en la escalera.

Yo miraba a Marie. Estaba tranquila; su pulso no latía más deprisa. Parecía estar soñando con los ojos clavados en mí; no sabía si ella me veía en su sueño. Los besos que Jacques pudiera dar a Laurence no la turbaban en la tranquila amistad que ella sentía por él. Yo sentía el calor insoportable ascender en mi pecho y ahogarme. Ignoraba cuál era aquel entumecimiento súbito que me causaba un dolor sordo, profundo, que me llegaba hasta el alma. No pensaba ni en Laurence ni en Jacques; escuchaba a Pâquerette y el ahogo aumentaba, me apretaba la garganta.

Pâquerette se frotaba lentamente sus manos secas, con sus ojos grises perdidos bajo sus párpados fofos brillando de forma extraña en su rostro amarillento. Prosiguió con una voz más quebrada:

—Ahí estáis los dos mirándoos como inocentones. ¿No me habéis comprendido? Claude, ya que Jacques le coge a Laurence, tome usted a Marie. ¡Ah! Mire cómo sonrío la pequeña, no anhela nada más que eso. De este modo nadie quedará viudo y ni unos ni otros tendrán nada que reprochar a los demás. Ésta es la forma en que todo debe arreglarse en la vida.

Marie levantó la mano con impaciencia, haciéndole señas para que se callara. Esa voz agria le producía escalofríos a su carne demacrada. Luego su rostro adquirió una paz melancólica, un aire de éxtasis recogido; me miró con ensoñación y me dijo con una voz penetrante, con una voz que yo le desconocía:

—¿Quiere usted, Claude? Yo le querré bien.

Y se levantó de la cama.

Un acceso de tos la volvió a tirar sobre el lecho, con su cuerpo sacudido horriblemente, transida de dolor. Con los brazos abiertos y torcidos, la cabeza hacia atrás, sofocándose. Su pecho semidesnudo, este pobre pecho que el sufrimiento había vuelto tan infantil, tan casto, se elevaba espantosamente, como si lo llenara un viento furioso. Después aquella tos terrible se calmó y la niña se estiró, pálida, con las mejillas violetas, como fulminada por el martirio, insensible.

Me quedé sentado en el borde del lecho, sacudido por los mismos desgarros que la moribunda. No me atrevía a moverme, como atenazado de pena y espanto. Lo que tenía ante mí era tan profundo, de tal horror y de tanta ternura, tan lamentable y tan repugnante, que no sé cómo expresar el santo miedo que me mantenía allí, desolado, lleno de repugnancia y de misericordia. Me tentó la idea de maltratar a Pâquerette, de expulsarla de allí, de besar a Marie como un hermano, de darle mi sangre para devolverle la vida y la frescura a su carne moribunda.

Así pues, había llegado a este extremo: una mujer perdida por vieja y depravada me ofrecía cambiar mi corazón por otro corazón; me decía que cediera mi amante a un amigo mío para comprarle yo la suya a él; me hacía ver todas las ventajas de aquel comercio y se reía por tan excelente ocurrencia. Y la amante que quería darme pertenecía ya a la muerte. Marie se estaba muriendo y Marie me tendía los brazos: ¡pobre inocente! Su extraña pureza le ocultaba todo el horror de aquel beso suyo. Me presentaba sus labios como una virgen, sin comprender que antes hubiera preferido morir que tocar su boca, yo, tan lleno de Laurence. Esa carne pálida, quemada por la fiebre, no llevaba ya la huella de los besos que la ruborizaron, sino que estaba muerta, santificada y tan pura que yo creería haber cometido un sacrilegio al darle ese último escalofrío de voluptuosidad.

Pâquerette siguió de manera extraña la crisis de Marie. Esta mujer no cree en el sufrimiento ajeno.

—Debe de haberse atragantado mientras comía —dijo sin considerar siquiera que la enferma llevaba más de quince días en ayuno.

Cuando escuché esas palabras fui presa de una cólera ciega. Hubiera abofeteado gustosamente aquel rostro amarillo que reía, cuando aquella miserable se disponía a abrir de nuevo los labios.

—¡Cállese! —le grité con voz explosiva e indignada.

La anciana echó para atrás su sillón con espanto. Me miró atemorizada, indecisa, y viendo que no me reía lo más mínimo, hizo un gesto de hombre borracho y balbuceó con tono cansino:

—Parece ser pues que está prohibido hacer bromas aquí. Yo siempre encuentro una frase divertida; que se fastidien los llorones. Si usted no quiere saber nada de Marie, no se hable más.

Empujó el sillón delante de la mesa, donde se sirvió un gran vaso de vino que se puso a beber a sorbitos.

Me incliné sobre Marie, cuyos estertores cavernosos podía escuchar mientras ella dormía dulcemente por causa del sufrimiento. Besé su frente como haría un hermano.

Cuando salía del cuarto, Pâquerette se volvió hacia mí y me gritó:

—Señor Claude, no es usted amable, pero no por ello dejaré de darle un buen consejo. Si ama usted a Laurence, cuide de ella.

Tengo celos de Laurence, ¡de Laurence!

Esta Pâquerette me ha inoculado este tormento espantoso. He descendido uno a uno todos los escalones de la desesperación: hoy mi infamia y mi sufrimientos son completos.

Ahora sé cómo se denomina este calor desconocido que llenaba mi pecho y me ahogaba. Este calor eran los celos; un flujo ardiente de angustia y de terror. Este flujo ascendió; ha invadido todo mi ser. Ahora no hay en mí un solo miembro que no esté dolorido y celoso; que no se queje por el abrazo terrible que hace gritar toda mi carne.

Desconozco cómo padecen sus celos los demás. Yo estoy celoso con todo mi cuerpo, con todo mi corazón. Desde que la duda entró en mí permanece vigilante, trabajando implacablemente, me hiere cada segundo, me cachea, penetra cada vez más en mí. El dolor es físico, el estómago se cierra, los miembros se desmoronan, la cabeza se ahueca, hay debilidad y hay fiebre. Y aparte de estos males nerviosos y musculares, siento la angustia profunda de mi corazón, violenta, que me presiona, que me quema sin darme tregua. Una única idea gira sobre sí misma, en el vacío inmenso de mi pensamiento: no soy amado; se me engaña, y mi cerebro late como una campana con este único sonido; mis entrañas sufren un mismo escalofrío, retorcidas y desgarradas. Nada es más doloroso que estas horas de celos que me golpean doblemente, en la materia y en los afectos. El sufrimiento de la carne y el sufrimiento del corazón se unen en una sensación abrumadora, pesadez inexorable que me aplasta permanentemente. Y yo pierdo el aliento abandonándome, bajando cada vez más bajo en mis sospechas, ensanchando mi herida, desvaneciéndome de la vida, viviendo solamente del pensamiento que me roe.

Si sufriera menos, querría saber de qué está hecho mi sufrir. Sentiría un áspero placer interrogándome; preguntándole a mi cuerpo, a mi ternura. Siento curiosidad de escrutar hasta el fondo de mi desesperación. Debe de haber ahí mil cosas malas del amor, del egoísmo, del amor propio; la cobardía y las malas pasiones; deben de estar ahí la rebelión de los sentidos, las vanidades de la inteligencia. Esta mujer que se va, hastiada de mis caricias, y que prefiere a otro antes que a mí, me hiere en todo mi ser. Me desdeña, declara haber encontrado un amor más dulce y más puro que mi amor. También —y sobre todo— hay un sentimiento de inmensa soledad. Uno se siente abandonado, siente escalofríos de terror; no pudiendo vivir sin esa criatura que disfrutaba mirando como a una compañera eterna; siente frío, tiembla, preferiría morir antes que quedar huérfano de ella.

Exijo que Laurence sea mía. Sólo la tengo a ella, me la quedo, soy avaricioso. Siento que sangro cuando me planteo que Pâquerette tal vez tenga razón y que mañana me quedará sin amor. No me quiero quedar completamente solo en mi

miseria, en el fondo de mi envilecimiento. Tengo miedo.

Sin embargo, no puedo cerrar los ojos; vivir en la ignorancia. Algunos muchachos, cuando sienten que necesitan a determinada mujer, la aceptan tal y como es; se guardan muy mucho de arriesgar su paz hurgando en la vida de ella. Yo no me siento con fuerza para ignorar. Sospecho. Mi desgraciado espíritu me conduce al desengaño o al convencimiento. Necesito penetrar en Laurence; morirme si ella ha de abandonarme.

Por las tardes, finjo salir. Me deslizo furtivamente en casa de Marie, Pâquerette dormita, la moribunda me sonríe débilmente sin girar la cabeza. Voy hasta la ventana y me aposento. Desde allí espío, me asomo para ver lo que sucede en el patio, en el cuarto de Jacques. A veces vuelvo a entreabrir la puerta; escucho los ruidos de la escalera. Son horas crueles. Mi espíritu en tensión trabaja laborioso, mis miembros tiemblan de ansiedad y de atención prolongada. Cuando escucho voces que suben desde el piso de Jacques la emoción me aprieta la garganta. Cuando oigo a Laurence salir de nuestra buhardilla y no la veo que aparezca en el rellano de la planta baja, una quemadura me atraviesa el pecho; he contado ya los escalones y me digo a mí mismo que se ha detenido en el tercero. Entonces me asomo hasta exponerme a una caída; quisiera entrar por esa ventana que se abre cinco metros debajo de mí. Creo escuchar el sonido de los besos, percibir mi nombre pronunciado entre risas irónicas. Hasta que Laurence aparece por fin en el rellano del patio, la quemadura me atraviesa una y otra vez. Permanezco anhelante, roto. Me sorprende, no la esperaba. Empiezo a dudar; ya no sé si conté bien los escalones que ella tenía que descender.

Durante un largo rato juego a este juego cruel conmigo mismo. Me invento trampas y la sangre se me sube a los ojos; ya no puedo recordar lo que he visto. La certeza me rehuye, las sospechas nacen y mueren, cada vez más devoradoras. Tengo una ciencia infernal para espiar y razonar las causas de mi sufrimiento; mi espíritu se apodera ásperamente de los hechos más livianos, los ensambla, los enlaza, saca conclusiones maravillosas. Realizo esta pequeña labor con una lucidez asombrosa; comparo, discuto, acepto, rechazo como un verdadero juez de instrucción. Pero en cuanto creo tener una certeza, mi corazón estalla, mi carne se sobresalta; impotente como un niño que llora al sentir que la realidad se le escapa.

Me gustaría penetrar en la vida de mis compañeros, hurgar en sus misterios; siento curiosidad de todo aquello que desconozco, me complacen de forma extraña estas delicadas operaciones de la inteligencia, la investigación de soluciones desconocidas. Hay un placer exquisito en sopesar cada palabra, cada soplo; con sólo unos datos difusos se puede alcanzar, por un procedimiento lento y seguro, matemático, el conocimiento de toda la verdad. Podría poner mi sagacidad al servicio de mis hermanos. Cuando se trata de mí mismo, me veo agitado por tal pasión que no sé ni ver ni escuchar.

Ayer permanecí dos horas en la habitación de Marie. La noche era negra y húmeda. Enfrente, en la muralla desnuda, la ventana de Jacques era un gran cuadrado

de luz amarilla. Algunas sombras iban y venían en este cuadrado, extrañas, aumentadas.

Había oído a Laurence cerrar nuestra puerta y ella no había bajado hasta el patio. Reconocía yo la sombra de Jacques en el muro, alargada y fría, agitándose con movimientos secos y precisos. Había otra sombra, más corta, más lenta, más indecisa en sus gestos; creí reconocer esta sombra, que me pareció corresponder a una cabeza fuerte, agrandada por un moño de mujer.

Por un momento, el cuadrado de luz amarillo se extendía pálido y descolorido, vacío y tranquilo. Y yo, asomado, jadeante, miraba con una atención dolorosa, sufriendo por este vacío y por esta tranquilidad de la luz, anhelando con angustia que una masa negra apareciera, entregándome su secreto. Luego, súbitamente, el cuadrado poblado por una sombra pasó a ser de dos sombras, que se mezclaban desmesuradas, con un efecto tan extraño que no podía discernir las formas ni explicar sus movimientos. Mi espíritu buscaba con desesperación el sentido de esas manchas oscuras que se alargaban, se ensanchaban, permitiendo adivinar a veces una cabeza o un brazo. La cabeza y el brazo se deformaban de pronto, se confundían. Sólo podía ver una especie de islote de tinta oscilante que se extendía por todos lados, manchando la muralla. Quería comprender y lograba distinguir siluetas monstruosas de animales o perfiles extraños. Me perdía en la pesadilla de esta visión; sobrevivía con terror a aquellas masas que bailaban sin ruido; me estremecía sólo de pensar lo que iba a descubrir; lloraba de rabia viendo que todo aquello no tenía ningún sentido y que no me enteraría de nada. De pronto, en un último sobresalto, en una última nueva mueca, aquella mancha de tinta fluía a largo del muro, de las tinieblas. El cuadrado de luz amarilla volvía a estar de nuevo desierto, desolado. Las sombras habían pasado sin revelarme nada. Me asomaba, más desesperado, asistiendo al terrible espectáculo, diciéndome que mi vida dependía de aquellas manchas negras que bailaban sobre la muralla amarillenta.

Al final, fui presa de una especie de furor delante de este drama irónico que se representaba ante mí. Estos personajes raros, estas escenas rápidas e incomprensibles me parecía que se burlaban de mí; hubiera querido poder interrumpir aquella farsa lúgubre. Me sentía roto de emoción, devorado por la duda.

Salí sin hacer ruido de la habitación de Marie. Me quité los zapatos, los dejé en el rellano y, oprimido y ansioso, empecé a bajar la escalera, deteniéndome en cada escalón, escuchando en silencio, aterrorizado por los ligeros ruidos que ascendían. Cuando llegué delante de la puerta de Jacques, tras cinco largos minutos de miedo y de vacilación, me curvé lenta y penosamente, y pude oír los huesos de mi cuello crujiendo. Apliqué mi ojo derecho en el agujero de la cerradura y sólo pude ver tinieblas. Entonces pegué mi oreja a la madera de la puerta; el silencio retumbaba y en mi cabeza había un gran murmullo que me impedía escuchar nada. Unas llamas pasaron delante de mi mirada, un rumor sordo y creciente llenaba el pasillo. La madera de la puerta ardía en mi oreja; me parecía que toda ella vibraba. Detrás de

esta puerta creía discernir a veces suspiros ahogados, y después me parecía que la muerte había pasado por aquel cuarto silencioso. Y no sabía nada más. No podía arrancar nada preciso de aquel silencio tumultuoso, de esa noche llena de relámpagos. Ignoro cuánto tiempo permanecí encorvado contra la puerta; sólo recuerdo que el frío del pavimento me helaba los pies y que un gran temblor sacudía mi cuerpo mientras se cubría de sudor; la angustia me tenía atenazado, acurrucado en mí mismo, sin osar siquiera moverme, retorcido por los celos, con tantos escalofríos como si acabara de cometer un crimen.

Volví a subir trastabillando, golpeándome contra las paredes. Abrí de nuevo la ventana de Marie, necesitado aún de más sufrimiento, incapaz de sustraerme a la voluptuosidad ardiente de mis desgarros. El muro que tenía ante mí era negro, como el telón que acababa de caer sobre el drama; la noche reinaba. Al salir, contemplé a Marie, que dormía con las manos unidas. Creo que me arrodillé delante de aquel lecho, como dirigiendo, a no sabría decir qué divinidad, una plegaria cuyas palabras ascendían hasta mis labios.

Me acosté tiritando y cerré los ojos. Podía ver a través de mis párpados el refulgir de la candela situada sobre la mesita que tenía ante mí, y tenía de este modo un amplio horizonte rosado que poblaba con figuras lamentables. Tengo el triste poder de la ensoñación; la facultad de crear personajes enteros que viven casi una vida real; los veo, los toco, interpretan como actores vivos las escenas que acontecen en mi pensamiento. Sufro y disfruto con tanta mayor fuerza en la medida en que mis ideas se materializan y las percibo con los ojos cerrados, con todos mis sentidos, con toda mi carne.

En el resplandor rosado veía a Laurence semidesnuda entre los brazos de Jacques. Veía la habitación, que antes me había parecido negra y silenciosa: ahora estaba llena de risas y de claridades. Los dos amantes en un caudal de luz deslumbrante abrazándose estrechamente estaban ahí, delante de mis ojos, adoptando todas las poses soñadas por mi mente delirante. No eran unos simples pensamientos dictados por los celos del corazón; eran retablos vivientes, horrorosos, de una claridad espantosa. Mi cuerpo se rebelaba y gritaba, sentía que el drama acaecía en mí, que yo podía velar estas imágenes; pero las descubría, las exponía, las evocaba más desnudas, más vigorosas, me hundía a placer en estos espectáculos que yo mismo me concedía con generosidad para sufrir aún más. Mis dudas se volvían carne: por fin veía; encontraba en mi imaginación certezas llenas de dolorosos deleites.

Laurence entró y cerró la puerta brutalmente. Traía del exterior un perfume indefinible de tabaco y de licor. No abrí los párpados al escuchar sus pasos o el frufú de sus ropas mientras se desvestía. Miraba el fulgor rosa; y más allá me parecía ver a esta mujer cuando pasaba delante de mí riéndose de pena, con gesto burlón y creyendo que yo estaba durmiendo.

Se acostó soltando un ligero suspiro y adoptando una postura cómoda para dormir. Entonces me subió a la garganta toda la angustia de la velada; una inefable

rabia me invadió cuando sentí aquella carne fría tocar mi propia carne. Pensé que Laurence volvía a mí ahíta de voluptuosidad, blanda y húmeda de traición y depravación. Me incorporé quedándome sentado en la cama, apretando los puños.

—¿De dónde vienes? —pregunté a Laurence con voz sorda y temblorosa.

Abrió lentamente los ojos, que ya tenía cerrados, y me miró durante un instante, atónita, sin contestarme. Y luego, encogiéndose de hombros, respondió:

—Vengo de casa de la frutera, la que vive algo más arriba, en esta misma calle, que me había invitado a tomar café.

Miraba su cara de abajo arriba, los párpados flácidos se derrumbaban por sí mismos, los rasgos expresaban la saciedad y la hartura. Sentí que la sangre me cegaba al verla tan llena de los besos de otro. Su cuello ancho e hinchado se me ofrecía demandándome el crimen; era grueso y corto, impúdico y lúbrico. Su blancura era insolente, como riéndose de mí y desafiándome. Todo lo que me rodeaba desapareció y sólo podía ver ese cuello.

—¡Mientes! —grité.

Entonces tomé ese cuello entre mis dedos crispados, totalmente indignado. Sacudí violentamente a Laurence apretando con todas mis fuerzas. Ella se dejaba, obedeciendo a las sacudidas sin una queja, blanda y embrutecida. No sé qué clase de placer me invadía al sentir ese cuerpo tibio y flexible doblarse, fundirse al contacto de mi odio. Después un escalofrío gélido me penetró de horror y creí ver la sangre chorreando a lo largo de mis dedos. Me volví a echar sobre la almohada llorando, ebrio de dolor.

Laurence se puso la mano en el cuello. Respiró con fuerza tres veces y se volvió a estirar, dándome la espalda, sin decir ni una palabra, sin una lágrima.

La había dejado con el pelo hecho unas greñas. En su nuca pude percibir una mancha azulada, que parecía más oscura bajo la sombra de sus cabellos, que ocultaban en parte sus hombros. Mis llantos me cegaban, mi corazón estaba lleno de una compasión inmensa y dolorosa. Lloraba por mí, que acababa de maltratar a una mujer, lloraba por Laurence, cuyos huesos había oído crujir bajo mis dedos. Todo mi ser se desintegraba en un remordimiento desolador; mi alma conmovida buscaba desesperadamente la forma de reparar algo que no se podría olvidar. Retrocedí lleno de asco y de horror ante la bestia salvaje que había sentido despertarse y morir en mí. Sufría de espanto, de vergüenza, de pena.

Me acerqué a Laurence y la retuve en mis brazos, hablándole bajito, al oído, con una voz susurrante y afligida. No sé lo que le dije. Mi corazón estaba lleno a rebosar y lo vacié. Mis palabras fueron una larga plegaria ardiente y humilde, dulce y violenta, llena de orgullo y de bajeza. Me entregué por completo; en cuanto al pasado, al presente, al porvenir. Relaté la historia de mi corazón, hurgué hasta en lo más profundo de mi ser para no ocultar nada. Necesitaba el perdón; necesitaba también perdonar. Acusé a Laurence, le pedí lealtad y franqueza, le dije lo mucho que me había hecho llorar. No le dirigí reproche alguno, para poder pedirle mejor perdón;

mis labios se abrían a mi pesar, todo el presente se llenaba, mis pensamientos de cada día se unían en un único lamento, tierno y resignado, descargado de todo atisbo de cólera, de cualquier rencor. Mis reproches, mis confidencias, se mezclaron con efusiones de amor, con súbitas ternuras; le hablé con el lenguaje de la pasión, pueril e inefable, ascendiendo hasta el cielo y arrastrándome hasta el suelo; me serví de esta poesía adorable y ridícula de los niños y de los amantes; estaba loco, apasionado, ebrio. Y así iba, como en un sueño, interrogando y contestando; hablando con una voz profunda y regular; apretando a Laurence contra mi pecho. Durante una hora larga, escuché las palabras que salían de mi boca por sí solas, suaves, desoladas; me aliviaba el escuchar esta música penetrante; me parecía que mi pobre corazón dolorido se acunaba y adormecía.

Laurence, con los ojos abiertos de par en par miraba el muro, impenetrable. Parecía como si mi voz no llegara hasta ella. Ella estaba allí, tan muda, tan muerta como si estuviera metida en una noche abisal, en un gran silencio. Su frente dura, su boca fría y crispada anunciaban la resolución implacable de no escuchar, de no responder.

Entonces experimenté un áspero deseo de obtener una palabra de esta mujer. Hubiera dado mi sangre por escuchar la voz de Laurence; todo mi ser me llevaba hacia ella, la invocaba, le rogaba con las manos juntas que hablara, que pronunciara una palabra. Lloraba por su silencio; una especie de malestar iba creciendo en mí a medida que ella se volvía más triste y más impenetrable. Sentía que me deslizaba en la locura, obsesionado con la necesidad imperiosa de una respuesta; hacía esfuerzos sobrehumanos, rezaba y amenazaba para satisfacer la necesidad que me devoraba. Multipliqué mis preguntas, recalqué mis demandas, cambié la forma de mis interrogaciones, haciéndolas más apremiantes; empleé toda mi dulzura y toda mi violencia, implorando, ordenando, hablando con tono acariciante y sumiso, para después dejarme llevar por la cólera y luego haciéndome más humilde, más insinuante. Laurence, sin un escalofrío, sin una mirada, parecía ignorar mi presencia. Toda mi violencia, todo mi deseo furioso, se estrellaban contra la implacable sordera de ese ser que se negaba a ofrecérseme.

Esta mujer se me escapaba. Adivinaba una barrera infranqueable entre ella y yo. Sujetaba su cuerpo estrechamente, sentía ese cuerpo abandonarse con desdén a mi enardecimiento. Pero no podía abrir esta alma, entrar dentro de ella; el cuerpo y el pensamiento se escabullían: apenas apretaba yo un jirón sin vida, tan hastiado, tan gastado, que no le transmitía nada a mis brazos. Yo amaba y quería poseer. Retenía desesperadamente a la única criatura que me quedaba; exigía que me perteneciera; sentía las furias del avaro sólo al pensar que iban a quitármela y que ella mostraba alguna complacencia en dejarse robar. Me rebelaba; invocaba todas mis fuerzas para defender mi propiedad. Y he aquí que sólo apretaba a un cadáver contra mi pecho, algo desconocido que me resultaba extraño, cuyo sentido yo era incluso incapaz de penetrar. ¡Oh, hermanos! Desconocéis este sufrimiento, estos impulsos de amor que se estrellan contra un cuerpo inanimado, esta resistencia fría de una carne con la que

quisieras fundirte, ese silencio como respuesta a tantos sollozos, esta muerte voluntaria, a la que suplicas por toda tus fuerzas, que podría amar y que no ama.

Cuando me quedé sin voz, cuando desesperé de poder reanimar alguna vez a Laurence, reposé mi cabeza en su seno, con mi oreja pegada a su corazón. Allí, apoyado contra esa mujer, con los ojos abiertos de par en par, mirando la mecha de la candela carbonizándose, pasé la noche en un continuo y vacío discurrir. Escuchaba los estertores de Marie entrecortados de respingos de hipo que llegaban hasta mí atravesando la pared, acunando mis pensamientos.

Me puse a pensar. Escuchaba los latidos regulares del corazón de Laurence. Sabía que aquello era tan sólo un caudal de sangre; me decía a mí mismo que seguía con su cadencia los ruidos de una máquina bien calibrada, que la voz que llegaba hasta mí era la de un movimiento de relojería inconsciente, que obedecía a un simple muelle. Sin embargo, me inquietaba; habría querido desmontar la máquina; ir a buscarla para estudiar sus piezas más pequeñas; pensé seriamente, en mi locura, en abrir aquel seno y tomar aquel corazón para ver por qué latía de aquella forma, tan dulce y tan profunda.

Marie emitía sofocados estertores, el corazón de Laurence latía casi dentro de mi cabeza. Con ese doble ruido que a veces se confundía en uno solo, pensé en la vida.

No sé por qué un deseo insaciable de virginidad me persigue en mi envilecimiento. Habita siempre en mí el pensamiento de una pureza inmaculada, inaccesible, y tal pensamiento despierta más ardiente en el fondo de cada una de mis desesperanzas.

Mientras apoyaba mi cabeza en el seno marchito de Laurence, me decía que la mujer había nacido para tener un único amor.

Ahí radica la verdad, el único matrimonio posible. Mi alma es tan exigente que quiere toda entera la criatura amada, en su infancia, en su soñar, en su vida entera. Puede llegar al extremo de acusar a los sueños, de declarar mancillada a la amante si hubiera recibido en sueños los abrazos de una visión.

Todas las muchachas, las más puras y las más cándidas, nos llegan por tal motivo desfloradas por el demonio de sus noches; ese demonio las habrá abrazado, las habrá hecho estremecer en sus carnes inocentes, les habrá dado las primeras caricias antes que el esposo. Ya no son vírgenes, ya no tienen la santa ignorancia.

Yo quisiera que la esposa me viniera recién salida de las manos de Dios, la quisiera blanca, purificada, aún sin vida, y yo la despertaría. Viviría de mí, sólo me conocería a mí, sólo tendría los recuerdos que le vinieran de mí. Haría realidad este sueño divino: un eterno matrimonio del alma y del cuerpo, extrayéndolo todo de sí. Pero cuando los labios de la mujer conocieron otros labios, cuando sus senos se estremecieron con otros abrazos, el amor no puede ser más que una angustia cotidiana, un continuo calvario de celos. Esta mujer no me pertenece; pertenece a sus recuerdos, se retuerce en mis brazos recordando tal vez anteriores ternuras; se me escapa incesantemente; tiene toda una vida detrás en la que no fue mía; ella no me

pertenece. Amo y me desgarró, sollozo delante de esta criatura a la que no poseo, que no puedo poseer por completo.

La candela humeaba, la habitación se llenaba de un aire espeso, amarillento. Escuchaba el estertor de Marie más crispado. Escuchaba el corazón de Laurence y no sabía comprender su lenguaje. El corazón hablaba, sin duda, alguna lengua desconocida; yo retenía mi aliento, tensaba mi inteligencia, pero seguía sin comprender su sentido. Tal vez me relatara el pasado de la miserable, su historia de vergüenza y de miseria. Latía lento, irónico, dejando caer las sílabas con esfuerzo, sin afanarse por terminar; parecía complacerse en el relato de la horrible aventura. Adivinaba durante algún instante lo que me podía estar diciendo. Ignoraba el pasado; me había negado a conocerlo, intentado olvidarlo, pero se evocaba por sí mismo, aparecía en mis pensamientos tal y como debió de ser. Sabía qué infamias debería de imaginarme, incluso en la ignorancia en la que me había encerrado; sobrepasaba sin duda lo real, cayendo en la pesadilla, exagerando el mal. Llegados a este punto, hubiese querido saber la verdad de los hechos. Prestaba atención a este corazón cínico y pesado que me contaba en voz baja su larga historia en una lengua desconocida y cuyo discurso no podía seguir por no saber qué pensar de las pocas palabras que creía comprender al vuelo.

Y, de pronto, el corazón de Laurence cambió de idioma. Habló del porvenir y lo comprendí. Latía con claridad, más deprisa, con más acritud y con más ironía. Me decía que iba camino del arroyo y que tenía prisa por llegar. Que Laurence me abandonaría al día siguiente, que retomaría su vida azarosa, que pertenecía al gentío, que descendería los pocos escalones que la separaban aún del fondo de la cloaca. Que se embrutecería, que no sentiría ya nada y que se declarararía feliz. Que moriría una noche en alguna acera, ebria y extenuada. El corazón me decía que acabaría en el anfiteatro de la facultad y que allí lo descuartizarían para saber lo que contenía de amargo y de nauseabundo. Y yo, ante las palabras de aquel maldito, veía a Laurence azulada, arrastrada en el lodo, amoratada por caricias infames, completamente rígida y tendida sobre una piedra blanca. Sentí cómo hurgaban con finos cuchillos las entrañas de aquella a la que yo amaba hasta la muerte y que apretaba desesperadamente entre mis brazos.

La visión se agrandaba; la habitación se poblaba de fantasmas. Un mundo de depravación pasaba en una larga procesión desolada. La vida, con todo su contenido horrible y sucio, se desplegaba ante mis ojos en retablos espantosos. Toda la suciedad humana se alzaba ante mí envuelta en seda, cubierta de andrajos; joven y bella, vieja y descarnada. Este desfile de hombres y de mujeres camino de la podredumbre duró largo rato y me llenó de espanto.

El corazón latía, latía. Me decía ahora con cólera: «Tu amante procede de la noche y camina hacia el fango. Tú me amas, pero yo no te amaré jamás porque soy un corazón fallido que no sabría servir para nada. Te vuelves infame en vano: quieres rebajarte al fango y el fango no puede subir hasta ti. Interrogas al silencio, te

alumbras con la noche; sacudes un cadáver desconocido que mejor harías en llevar de inmediato al mármol del anfiteatro».

No sé qué más me dijo. El corazón dejó de latir, la mecha de la candela se apagó en un fluir de sebo. Permanecí recostado en el seno de Laurence, creyendo estar en el fondo de un gran agujero negro, húmedo y desierto.

Marie gemía entre estertores.

Esta mañana al despertar tuve un impulso de dolorosa esperanza.

La ventana se había quedado abierta y yo estaba congelándome.

Me apreté la frente entre las manos y me dije que todo este fango sólo podía deberse a que me refocilaba en la infamia. Salía de un sueño horrible sacudido aún por la visión; sonreí pensando en que no había sido más que un sueño y que reanudaría mi vida tranquila al sol. Me negaba al recuerdo, me rebelaba, negaba. Sentía la indignación propia del honor.

¡No! Era imposible que sufriera hasta este extremo, que la vida fuera tan mala y oprobiosa; era imposible que existieran semejantes vergüenzas y tales dolores.

Me levanté despacio, fui hasta la ventana para aspirar con todas mis fuerzas el aire de la mañana. Vi a Jacques debajo de mí, silbando tranquilamente en el patio. Entonces se me ocurrió la idea de bajar a interrogarle; el suyo era un espíritu frío y justo que calmaría mi fiebre; un hombre honrado que contestaba con franqueza a mis preguntas; que me diría si amaba a Laurence y cuáles eran sus relaciones con ella. Ahí tal vez radicara la curación. Desaparecería este terrible calor que me devoraba el pecho; me reconfortaría con Laurence; adoptaría incluso una línea de conducta sensata que nos sacaría a ella y a mí de este amor desesperado y sangrante en el que nos habíamos sumido.

Como podéis ver, hermanos, cerca del terrible desenlace yo estaba aún con esperanzas. ¡Pobre corazón mío, niño grande al que cada herida hace ser más joven y ardiente! Cuando pasaba delante de Laurence para ir a casa de Jacques, miré unos instantes a esa chica dormida tras tantas lágrimas y volví a confiar en su redención.

Encontré a Jacques en plena labor. Me ofreció lealmente su mano, con una sonrisa clara y franca. Lo miré a la cara, de frente, y no vi en sus rasgos apacibles la traición que yo buscaba. Si este muchacho me engaña, lo hace sin saber que hace sangrar mi corazón.

—¿Qué? —me dijo riéndose—. ¡Parece que has dejado de holgazanear! Para un hombre serio como yo, la hora de levantarse es las seis.

—Escúchame, Jacques —le contesté—, estoy enfermo, vengo a curarme. He perdido la conciencia de cuanto me rodea; me ignoro a mí mismo. Esta mañana, al despertar, comprendí que el sentido de la vida se me escapaba. Me sentí perdido en el vértigo y la ceguera. Por eso he bajado a darte un apretón de manos y pedirte ayuda y consejo.

Seguía con la mirada el efecto de mis palabras en el rostro de Jacques. Se puso serio y bajó los ojos. No tenía la acritud de alguien culpable; casi parecía la de un juez. Añadí con voz vibrante:

—Vives a mi lado y sabes cuál es mi vida. Padecí esta desgracia inicial de dar con

una mujer que pesó sobre mí y me aplastó. Me he quedado con ella por pena y por justicia. Hoy amo a Laurence; sigue a mi lado por rabia amorosa. No vengo a pedirte que emplees tu sabiduría para separarme de ella; quisiera, si fuese posible, que me dieras unas últimas esperanzas en mi fiebre haciéndome ver que no rodo en mí es vileza. Como ya te he dicho, ni siquiera me reconozco a mí mismo. Hazme el favor de hurgar en mi ser y extenderlo sangrante ante mis ojos. Si no queda en mí nada bueno, si estoy sucio de corazón y de carne, si estoy decidido a ahogarme en el lodo; o si, por el contrario, consigues darme alguna esperanza de rehabilitación para que haga nuevos esfuerzos por regresar a la luz.

Jacques me escuchaba balanceando la cabeza con tristeza. Proseguí tras un corto silencio:

—No sé si me has comprendido. Amo a Laurence arrebatadoramente. Exijo que me siga hacia la luz o en el barro. Me moriría de miedo si ella me dejara solo en el fondo de mi vergüenza; mi corazón estallará cuando sepa que en su envilecimiento ella ha encontrado otros besos que no son los míos. Ella me pertenece, con toda su miseria, con toda su fealdad. Nadie querría saber nada de esta pobre criatura. Este pensamiento la hace para mí más preciosa; ella es indigna ante todos, sólo yo la acepto; si supiera que otro tuviera mi triste valentía, mi rabia celosa sería mayor en la medida en que sería preciso que hubiera desplegado más amor, mayor abnegación quien me quitara a Laurence. No razones pues conmigo, Jacques; no tengo interés en tus ideas sobre la vida, en tus voluntades y en tus deberes. Estoy demasiado arriba o demasiado abajo para seguirte en tu camino. Tú, que estás sano de espíritu, intenta asegurarme que Laurence me ama, que yo la amo y que debo amarla.

Me había animado hablando; me estremecía, escuchaba la locura que iba en aumento. Jacques, cada vez más serio y más triste, me miraba y me dijo en voz baja:

—¡Qué chiquillo! —dijo—. ¡Pobre chiquillo...!

Luego me cogió ambas manos y las mantuvo entre las suyas, en recogimiento, manteniéndose en silencio. Mi carne ardía, la suya estaba fresca; sentía mi rostro contraerse y me buscaba en vano en el suyo, que permanecía serio y fuerte.

—Claude —me dijo por fin—: ¡sueñas! Amigo mío, estás fuera de la vida; en la pesadilla y el embuste. Tienes fiebre, deliras; tu corazón y tu cuerpo están enfermos, sufren; ya no ves las cosas de la tierra tal y como son. Confieres dimensiones monstruosas a la gravilla, disminuyes de tamaño las montañas; tu horizonte es el horizonte del vértigo, poblado por visiones terroríficas que no son sino sombras y reflejos. Te juro que tus sentidos y tu alma te engañan, que percibes y amas lo que no existe. Escucha: comprendo tu enfermedad, incluso conozco sus causas. Naciste para un mundo de pureza y de honor, viniste a nosotros sin defensas, sin reglas, con el corazón en la mano y el espíritu libre; tenías el orgullo inmenso de creer en el poder de tus ternuras, en la justicia, en la verdad, en tu razón. En otro lugar, en un entorno digno, hubieras crecido en la dignidad. Entre nosotros, tus virtudes precipitaron tu caída. Amaste cuando había que odiar; fuiste tierno cuando te convenía ser cruel;

escuchaste tu conciencia y tu corazón cuando sólo tenías que escuchar tu placer y tu interés. Y de ahí que ahora seas infame; la historia es descorazonadora y debes de sentirte muy castigado en tus orgullos, que te llevaron a vivir al margen de los juicios de la gente común. Hoy la llaga es sangrante, avivada, irritada por tus propias manos que la desgarraron. Te llevaste en tu caída el ardor de tu carácter; quisiste perderte por entero en cuanto sentiste que la punta de tu pie entraba en el mal. Ahora te revuelcas con un santo horror, con una pasión de alegría amarga en el lecho innoble en el que te acostaste. Te conozco, Claude, tienes mal perder y no quieres ser vencido sólo a medias. ¿Me permitirás a mí, el hombre práctico, el hombre sin entrañas, intentar curarte poniéndote un hierro candente en tu llaga?

Tuve un gesto de impaciencia abriendo los labios.

—Sé lo que me vas a decir —prosiguió Jacques con más viveza—. Me dirás que no quieres curarte y que mi hierro candente ni siquiera te hará gritar, de tan malheridas que están tus carnes. Sé también lo que piensas, porque veo tu cólera y tu desdén. Piensas que valemos menos que tú los que ni amamos ni lloramos; piensas que hemos hecho así este mundo, a esta mujer que te hace sufrir; que somos crueles y cobardes y que nuestra manera de ser joven es más vergonzosa que tu amor y tu envilecimiento. Vienes a gritarme a mí, que vivo en el mismo lodo en que vives tú, que te estás muriendo de vergüenza, que carezco de alma si no me muero yo contigo. Tal vez tengas razón; que debería de sollozar y retorcerme las manos. Pero sucede que no siento necesidad de llorar; no tengo tus nervios de mujer, ni tu acritud, ni tu delicadeza de sensación. Comprendo que sufres por mí, por los demás, por todos aquellos que aman sin amor; siento pena por ti, pobre niño grande que parece sufrir tanto de un padecimiento que ignoro. Si no puedo ascender hasta ti, exponerme a tus vergüenzas y tus dolores por exceso de alma y justicia, quisiera, al menos, para curarte, darte nuestra cobardía y nuestra crueldad; arrancarte el corazón, dejarte el pecho vacío. Entonces caminarás recto, por un nuevo camino.

Había elevado la voz, me apretaba las manos fuertemente, casi con cólera. Ésta debía de ser toda la pasión de Jacques, una pasión blanca, hecha de raciocinio y de deber. Yo, pálido ante él, la cabeza medio girada, sonreía con desprecio y angustia. Jacques prosiguió con energía:

—¡Tu Laurence es una buscona! —continuó con energía—. Es fea, es vieja, es infame. Vas a subir a tu casa y la vas a dejar en la calle, está madura para el arroyo. Hace ya más de un año que esta chica te corroe y te ensucia; ya va siendo hora de que extirpes esa miseria de tu cuerpo, que te blanquees, que te laves las manos. Comprendo las sorpresas de la carne; amaré a Laurence una noche si ella quiere; y si yo llegara a tener alguna pasión malsana, al día siguiente le devolvería a la acera lo que pertenece a la acera, y luego me haré un poco de caramelo fundido en mi cuarto. Sube y échala por la ventana si no sale ella deprisa por la puerta. Sé cruel, sé cobarde, sé injusto, comete un crimen. Pero por el amor de Dios, no pongas una Laurence en tu hogar. Estas mujeres son como el empedrado sobre el que caminas; pertenecen a

los transeúntes, como los adoquines de la calle. Desposees a la multitud quedándote para ti solo una propiedad pública. La justicia consiste aquí en no robar a nadie. No te sirvas como un avaro del bien común. ¿Sabes qué? Estoy buscando algún insulto para exasperarte, quiero hacerte digno de tu edad enseñándote a injuriar a una mujer, a servirte de ella prácticamente. Desde hace un año no has hecho más que llorar; ahora estás muerto en tu trabajo, vives como desclasado al margen de todo porvenir. Laurence es el ángel maléfico que ha matado tu inteligencia y tus esperanzas. Has de matar a Laurence. Espera, que te quiero lanzar a la cara una última infamia. No tienes derecho a vivir en la pobreza viviendo con esta mujer; si trabajaras, si lucharas tú solo te podrías morir de hambre y morirías engrandecido. Los pocos amigos que tenías se alejaron de ti; los viste apartarse de ti con frialdad, uno por uno. Y no sabes lo que dicen de ti. Dicen que no pueden explicarse cuáles son tus medios de vida, que no comprenden que tengas una amante en tu miseria; es lo que dicen los ricos cuando dan limosna a los pobres que tienen un perro. Dicen estos amigos que hay cálculo por tu parte y que comes del pan que Laurence se gana por ahí.

Me levanté con movimiento brusco, con los brazos estrechamente apretados contra el pecho: el insulto me había impactado en pleno rostro; con ese golpe sentí una oleada de frío que me cubría la faz; estaba tieso y helado; ni siquiera sabía si estaba sufriendo. No pensaba haber llegado ya a este grado de envilecimiento en las opiniones de las multitudes; yo había deseado una vergüenza voluntaria, pero no la injuria. Retrocedí un paso hacia la puerta mirando a Jacques, que también se había levantado y me contemplaba desde una majestuosa violencia. Y cuando estuve en el umbral, añadió:

—Escúcheme —me dijo—. Se marcha usted sin siquiera estrechar mi mano, veo que nunca me perdonará la herida que acabo de infligirle. Y dado que soy cobarde y cruel tengo aún una última infamia que proponerle. No le habré torturado, no habré suscitado el asco en usted sin haberle curado. Envíeme a Laurence. Me siento con el valor de quedarme mañana con ella una noche; después sus ternuras estarán muertas y usted expulsará a esa mujer, que ya no será la suya. Si necesitase otros amores para acelerar su consuelo, suba a arrodillarse ante el lecho de Marie y ámela. No será por mucho tiempo una carga para usted.

Hablaba con una cólera fría, con convicción altanera y desdeñosa. Parecía estar pisoteando cualquiera amor; pisoteando a esas mujeres de las que se servía por capricho y por moda. Miraba al frente, como si estuviera mirando su madurez felicitándola por las vergüenzas razonadas de su juventud.

Así pues, Jacques el hombre práctico, coincidía con Pâquerette: los dos me aconsejaban un intercambio ignominioso; un remedio más repugnante aún, más amargo que el mal. Cerré la puerta violentamente y volví a subir casi tranquilo, anonadado de dolor.

En la desesperación hay un instante en el que la inteligencia se escapa, en la que los eventos se suceden, se mezclan y dejan de tener sentido. Cuando me hallé delante

de Laurence dormida, olvidé que acababa de ver a Jacques; ya no era consciente de sus consejos ni de sus insultos; el corazón y la razón de este hombre me parecían abismos oscuros a los que yo no podía descender. Estaba solo, cara a cara con mi amor, como ayer, como siempre; y yo sólo tenía un pensamiento, el de despertar a Laurence y abrazarla allí mismo, obligarla a la vida y a los besos.

La desperté; la cogí apasionadamente en mis brazos; la apreté hasta hacerla gritar. Sentía una rabia muda, una voluntad implacable. Estaba harto de estar fuera de Laurence, de ignorar lo que sucedía en ella; me parecía más sencillo ser ella misma. Me decía que en tal caso, mis sospechas desaparecerían; que la obligaría a quererme dando calor a su corazón con mis caricias.

Hacía dos días que Laurence no me hablaba. El dolor despegó sus labios. Se debatió y me gritó con voz agresiva:

—¡Suéltame, Claude! Me estás haciendo daño. ¡Vaya idea tuya de despertar a la gente ahogándola!

Me arrodillé sobre las baldosas, junto al lecho, y extendí mis brazos hacia mi verdugo:

—¡Laurence! —murmuré con voz suave—. Háblame, ámame. ¿Por qué eres tan cruel? ¿Qué mal te he hecho yo para que tus labios y tu corazón se mantengan en silencio? Sé leal, hazme sufrir en una hora todos mis sufrimientos... O lánzate a mis brazos y vivamos felices. Dímelo todo, ábreme tus pensamientos de par en par y tus afectos. Si no me amas, golpea fuerte, rómpeme y márchate. Si me amas, quédate, pero quédate en mi corazón, muy cerca, y háblame, háblame siempre, porque tengo miedo cuando te veo muda y mortecina durante días enteros, mirándome con esos ojos tuyos de muerta. Siento que la demencia se apodera de mí en este desierto al que me arrastras; siento vértigo al asomarme en ti, tan profunda de oscuridad, tan silenciosa de horror. ¡No! No puedo vivir ni un día más en la ignorancia de tu amor o en tu indiferencia; quiero que te expliques en esta misma hora, que te dejes por fin conocer. Mi espíritu está harto de buscar. Está lleno de tristes soluciones de las que ha querido dotarse, procedentes de tu ser. Si no quieres que mi corazón y mi cabeza estallen, nómbrate, dime quién eres, asegúrame que no estás muerta, que tienes aún sangre suficiente para amarme o para odiarme. Estoy cerca de la locura. Escucha, mañana nos iremos a Provenza. ¿Recuerdas los grandes árboles de Fontenay? Allá, bajo el amplio sol, los árboles son aún más majestuosos, más poderosos. Viviremos una vida de amor en aquella tierra ardiente que te devolverá tu juventud y te dará una belleza oscura, apasionada. Ya lo verás. Conozco un agujero donde brota una hierba fina; hay una casita negra, verde por uno de sus lados, el que está cubierto de hiedras y de madreselvas; hay un seto, tan alto como un niño, que oculta las diez leguas del valle y sólo se pueden ver las cortinas azules del cielo y la verde alfombra del sendero. Y será en ese cuenco, en ese nido, donde nos amaremos. Será nuestro universo, allí olvidaremos la vida que hemos llevado en el fondo de este cuarto. El pasado dejará de ser el presente; sólo con su gran sol, con sus amores fuertes y

suaves, la naturaleza fecunda existirá en nuestros corazones. ¡Oh, Laurence! ¡Por compasión, háblame, ámame, dime que querrás seguirme!

Se quedó sentada, enjuagando tranquilamente sus ojos agrandados por el sueño, desenredando sus cabellos, estirando sus miembros. Bostezaba. Parecía como si mis palabras produjeran en ella el mismo efecto que una música desagradable. Había pronunciado yo las últimas palabras con lágrimas, con tanto desgarramiento que dejó de bostezar y me miró con una expresión contrariada y amistosa a la vez. Se acercó la camisa sobre sus pies desnudos y luego juntó las manos.

—Mi pobre Claude, es evidente que sufres mucho —me dijo—. Te comportas como un niño; me pides cosas que no son nada divertidas. Si supieras lo mucho que me agobias con tus continuos abrazos, con tus preguntas estrambóticas. El otro día me estrangulabas, hoy lloras y te arrodillas ante mí como si fuera una virgen santa. No alcanzo a comprender nada de todo esto. Jamás conocí a hombre alguno hecho con la misma pasta que tú. Siempre estás ahí, ahogándome, preguntándome si te quiero; te quiero porque sigo contigo sin que tú me des ni un céntimo. En vez de ponerte enfermo aquí, mejor sería que buscaras algún trabajo que nos permitiera comer un poco más a menudo. Ésta es mi opinión.

Se estiró indolentemente y me dio la espalda para que no se cegaran sus ojos con la luz de la ventana, que le impedía volverse a dormir. Me quedé de rodillas, con la frente contra el colchón, destrozado por el nuevo arrebatamiento que acababa de experimentar: me parecía haberme elevado muy alto y que una mano dura y fría, tras empujarme, me había hecho caer desde las profundidades del cielo. Entonces me acordé de Jacques, pero el recuerdo me parecía lejano y vago; hubiera jurado que había sucedido años antes, cuando había oído las palabras terribles del hombre práctico. Mi corazón me confesó en un murmullo que aquel hombre tal vez tuviera razón en su egoísmo; tuve la fugaz tentación de agarrar por la cintura a Laurence y conducirla hasta el siguiente cruce de caminos.

No podía quedarme así, entre Jacques y Laurence, entre mi amor y mis sufrimientos. Necesitaba algún sosiego, una resolución; necesitaba quejarme e interrogar y comprender una voz que me contestara y me diera alguna certeza.

Subí al cuarto de Pâquerette.

Nunca había entrado en la habitación de esta mujer. Se aloja en el séptimo piso, bajo los tejados. Está la estancia abuhardillada, y en ella entra la luz del día por una ventana oblicua cuyos cristales se sostienen abiertos con la ayuda de una vara de hierro. El papel pintado se cae a jirones oscuros; los muebles: una cómoda, una mesa y un camastro están apoyados unos contra otros para no caerse. En un rincón hay una estantería de palisandro con filetes de oro a lo largo de unas baldas cargadas de cristales y porcelanas. El cuchitril está sucio, atestado de platos de cocina desconchados y sucios de agua grasienta, y expide un fuerte olor a parrilla y almizcle mezclado con ese tufo agrio y nauseabundo frecuente en las personas mayores.

Pâquerette se hallaba profundamente hundida en un sillón rojo cuyo tapizado

estaba tan desgastado en algunas partes que se salía la lana del respaldo y de los brazos. Estaba leyendo un librito amarillo manchado que cerró y dejó sobre la cómoda.

Le cogí las manos: lloré. Me senté sobre un taburete, a sus pies. En mi desesperación, estuve tentado de llamarla «madre mía». Le conté mi mañana: las palabras de Jacques y las de Laurence; vacié mi corazón, confesé mi amor y mis celos, pedí consejo. Con las manos unidas, sollozando, suplicando, me dirigí a Pâquerette como a un alma bondadosa que conocía la vida y que podía sacarme del fango en el que me había aventurado ciegamente.

Sonrió escuchándome, dándome palmadas en las mejillas con sus dedos secos y amarillos.

—¡Vamos, vamos! —me dijo cuando la emoción estranguló mi voz en la garganta—. ¡Cuántas lágrimas! Ya sabía yo que un día u otro acabaría usted subiendo a pedirme ayuda y socorro. Le estaba esperando. Se tomaba usted todo esto muy en serio; tenía que suceder que acabase sollozando. ¿Quiere usted que le hable francamente?

—¡Sí, sí! —exclamé franca y brutalmente.

—Pues mire, usted le da miedo a Laurence. En otros tiempos yo le hubiera despachado al segundo beso; besa usted demasiado fuerte, hijo mío. Laurence sigue con usted porque no tiene adonde ir. Si quiere usted librarse de ella, regátele un vestido.

Pâquerette se detuvo complacida al finalizar esta frase. Tosió, después me apartó un mechón de pelo que había caído sobre mi frente.

—Me pide usted consejo, hijo mío —añadió—. Yo le daré por amistad el consejo que Jacques le dio por interés. Él le libraré de mil amores de Laurence.

Rio malévolamente y mi dolor fue aún más agudo.

—Escúcheme —le dije con violencia—, he venido hasta aquí para ser reconfortado. No maltrate usted mi razón. Es imposible que Jacques ame a Laurence después de pronunciar las palabras que me ha dicho esta mañana.

—Pues ya veo que es usted muy ingenuo y muy joven —me respondió la anciana—. No sé que entiende usted por amor e ignoro si Jacques ama a Laurence. Lo que no ignoro es que se besan los dos por los rincones. ¡Cuántos besos habré dado yo sin saber por qué y cuántos me habrán devuelto sin que yo supiera de dónde procedían! Es usted un muchacho extraño que no hace nada como los demás. No debería complicarse la vida con una amante. Si es usted una persona sensata, esto es lo que hará: se prestará a las circunstancias, y Laurence se marchará lentamente. Ella ya no es joven y podría suceder que se la quedara usted como una carga. Piénselo. Más adelante, se arrepentirá. Mejor que la deje marcharse puesto que la que quiere irse es ella.

La escuchaba con estupor.

—¡Pero si yo amo a Laurence! —grité.

—Usted ama a Laurence, hijito, lo sé: pero a partir de ahora, dejará de amarla. Eso es todo. Nos juntamos y nos separamos. Así es esta historia. ¿Pero se puede saber de dónde ha salido? Vaya idea la suya, un joven tan bien plantado, querer así a alguien. En mis tiempos se amaba de otro modo: entonces era más fácil darse la vuelta que besarse. Usted mismo siente que le resulta imposible vivir ya con Laurence. Sepárense amablemente. No le sugiero que se quede usted con Marie: esa muchacha le desagrada y creo que estaría mejor durmiendo solo.

Ya no escuchaba la voz de Pâquerette. El pensamiento de que Jacques podría haberme engañado esta mañana no se me había ocurrido, pero ahora me hundía en esa idea si bien no conseguía creérmelo, pero hallaba una especie de consuelo diciéndome que tal vez me había mentido. Era otra sombra más en mi inteligencia; un nuevo tormento que se añadía a mis tormentos. Estaba a punto de volverme loco.

Pâquerette prosiguió con un tono nasal:

—Quisiera formarle, Claude; comunicarle mi experiencia. Usted no sabe amar. Debe ser bueno con las mujeres, no maltratarlas, darles cositas dulces. Sobre todo, nada de celos; si le engañan, déjese engañar, porque así lo querrán más los días siguientes. Cuando pienso en mis amantes, me acuerdo de un rubito que se ufanaba de haber tenido como amantes a todas las chicas de los bailes públicos. ¿Ve usted esta estantería? El último recuerdo que me queda procede de él. Una noche se me acercó y me dijo riendo: «Eres la única a la que no he amado. ¿Querrías besarme después de todas las demás?». Le besé en ambas mejillas y cenamos juntos. Así es como se tiene que querer a las personas.

Salí de mi consternación, miré el lugar donde me hallaba. Sólo entonces vi la suciedad de aquel cuchitril, percibí el olor de almizcle, de parrilla. Toda la fiebre había decaído; comprendí la vergüenza de mi presencia a los pies de la vieja impura. Las palabras que me dijo y que mi memoria almacenaba se hicieron espantosamente precisas en mi pensamiento, cuando antes les daba vueltas sin comprenderlas.

No tuve fuerzas para bajar hasta mi habitación. Me senté sobre un escalón y lloré con toda la sangre de mi corazón.

Soy cobarde y sufro y no me atrevo a cauterizar la herida. Siento que Pâquerette y Jacques tienen razón, que no puedo vivir en este pavoroso tormento que me sacude. Ya sólo me queda, si prefiero morir, arrancar el amor de mi pecho. Pero soy como los moribundos aterrorizados por lo desconocido y la nada. Sé cuáles son las angustias de mi corazón lleno de Laurence; pero desconozco cuáles serían sus dolores si se quedara vacío de esta mujer. Prefiero los sollozos de mi agonía a la muerte de mi amor: retrocedo ante los misteriosos horrores de un alma viuda de afecto.

Siento con desesperación que Laurence se me escapa. La aprieto entre mis brazos como un cilicio que me hace sangrar, que me produce una amarga voluptuosidad. Ella me desgarrar y yo la amo. La amo por todas los clavos que hace penetrar en mi carne; experimento el éxtasis doloroso de esos monjes que se morían bajo el azote de las vergas que ellos mismo manejaban. Amo y sollozo; no puedo rechazar los sollozos y debo rechazar el amor.

Y, sin embargo, entiendo que esta pesadilla amarga y violenta debe cesar. La crisis se acerca. No sé quién de nosotros va a morir. Siento como una angustia que me mantiene despierto; que me advierte de una cercana desgracia. El cielo se apiadará; curará mi espíritu y me dejará el corazón; me elegirá para la muerte antes que escoger mis ternuras.

Esta mañana me crucé con un hombre y una mujer jóvenes caminando bajo la claridad del sol. Apretados el uno contra el otro, avanzaban con pasos cortos, olvidándose del gentío. La joven se apoyaba en el hombro de él, y lo contemplaba emocionada y sonriente; y él, con una mirada, le devolvía su emoción, su sonrisa. Aquella pareja deslumbraba.

Existen pues amores jóvenes, mientras yo vivo miserable, entre tinieblas, desgarrado por una pasión horrible, cuando bajo los rayos de mayo hay amantes que viven con dulzura. No sabía que se pudiera amar así; yo creía que los besos debían de ser amargos y conmovedores.

Ahora lo recuerdo. Los amantes se van emparejados hacia donde la luna brilla, hacia las auroras. Visten con telas ligeras. Se besan a cada paso que dan de una manera tierna, recogida; viven entre las hierbas, en medio de las multitudes y siempre están solos. El cielo sonrío, la tierra se vuelve discreta, el universo es cómplice. Los amantes intercambian sus corazones, cada uno de ellos vive la vida del otro.

Yo me he encerrado aquí; no puedo tenerlo todo; tengo las lágrimas, la desesperación de amar solo; tengo el silencio, los ojos muertos de Laurence. ¡Cuánto necesito la primavera y los amores jóvenes! Tengo mi dolor, donde los otros tienen su alegría...

¡Dios mío, piedad! ¡No me quites mi sufrimiento! ¡Impide que esta mujer me

sane matando mi amor! Que permanezca aquí, junto a mí; que permanezca aquí fría e indiferente para prolongar mi tormento. Ya no sé por qué la amo y la amo más allá de la justicia y de la verdad; la quiero por quererla y no deseo que me molesten en la locura de mi pasión. Todo mi ser se empequeñece ante la idea de que me pudiera abandonar; temo la nada. Al perderla perdería a mi familia, todos mis afectos, todo lo que aún me une a la tierra. ¡Dios mío, no le permitas que me deje huérfano!

XXVII

Me gusta estar en el cuarto de Marie. De buena mañana voy a sentarme junto a la cama de la moribunda y permanezco ahí todo el tiempo posible, sintiéndolo mucho cuando tengo que irme. En cualquier otro lugar, pertenezco a Laurence, tengo fiebre. Me afano en ir a ese lugar de masedumbre: entro allí con la confianza y el bienestar de un enfermo que espera respirar un aire más benigno que contribuirá a su sanación.

Amo la muerte. La habitación es tibia y húmeda; la luz es gris y como conmovida; hecha de sombras y de blancuras; todo flota allí como en una languidez postrera; en una semitransparencia blanda y recoleta. Es inexpresable la dulzura que siente el corazón sangrante en el silencio de este cuarto donde se está muriendo una muchacha. Este silencio es un silencio extraño, particular, de exquisita suavidad, lleno de lágrimas contenidas. Los ruidos —el choque de un vaso, el crujido de un mueble— se suavizan, se arrastran como lamentos ahogados; los ruidos procedentes del exterior entran como murmullos piadosos, como misericordiosos estímulos. Todo calla; el sonido y la luz; todo está penetrado por el dolor y por la esperanza. Y en la sombra, en el silencio, se puede oír una vaga desesperanza de procedencia desconocida y que acompaña el hálito desgarrado de la moribunda.

Miro a María y me siento penetrado poco a poco de este aliento invisible de consoladora compasión que llena el cuarto. Mis ojos reposan de sus lágrimas en esta pálida claridad; mis oídos, en el estremecido silencio, olvidan por una hora el ruido de mis sollozos. Toda la dulzura, todas las atenciones delicadas, todas las palabras dirigidas a Marie en voz baja y acariciante parece como si me estuvieran dedicadas; las voces y los pasos se retienen; se pregunta y se responde con afecto; se evitan las sensaciones agudas y dolorosas, y yo a veces pienso que todas esas precauciones se toman para no hacer estallar a mi pobre ser lleno de sufrimiento. Me imagino muriéndome, que me cuidan; recibo mi parte de cuidados, de consolaciones; robo a Marie la mitad de su agonía y de los compadecimientos que genera; vengo hasta aquí, junto a una niña que se está muriendo, para aprovecharme de las compasiones y ternuras que se conceden a las últimas horas de un alma. Curo mi amor en la muerte.

Lo siento; siento en mí la necesidad de ser compadecido, de recibir caricias, eso es lo que me trae hasta este cuarto. Encuentro aquí el aire que necesito, la compasión que me es necesaria. La vida es demasiado punzante para mi carne dolorida y mi corazón malherido; la luz del día me irrita y sólo me siento a gusto en el borrado reparador de la tumba. Si algún día salgo de mi desesperación, agradeceré al cielo el haberme permitido vivir sentado a los pies de un lecho mortuario, el haberme dejado compartir los apaciguamientos de una agonía. Habré vivido porque una niña se moría a mi lado.

Miro a Marie, la fiebre estiliza su carne día a día. Rejuvenece, se vuelve niña a

medida que se agota su sangre. Su rostro, labrado por surcos profundos, expresa un deseo ardiente; el de la nada, el del reposo; sus ojos se han agrandado, sus labios pálidos permanecen entreabiertos, como para facilitar la entrada del hálito supremo. Espera, resignada, casi sonriente, ignorante de la muerte como lo fue de la vida.

A veces nos miramos frente a frente, durante largas horas. No sé qué pensamiento detiene esa tos de sus labios. Parece llenarse de una idea única que basta para mantenerla despierta, más viva y más tranquila. Su rostro se llena de calma, fulgores rosados aparecen en sus mejillas; los miembros bajo las sábanas tienen menos rigidez; Marie, ante mi mirada, se relaja, abandona su agonía. Yo me absorbo en ella, pierdo mis sufrimientos, poco a poco me parece estar atravesando sus labios para formar parte de esta criatura enferma; experimento la sensación dulce y amarga de languidecer con ella, de desfallecer lentamente; siento el mal inexorable apoderándose de mis miembros uno tras otro, sacudirme con una violencia creciente a medida que mis miradas penetran más profundamente en las de Marie; me digo a mí mismo que voy a morirme en el mismo minuto que ella y eso me llena de gozo.

¡Qué extraña atracción y qué paz! La muerte es ligera, tiene ásperas tentaciones, atractivos irresistibles. Nunca hay que asomarse a los ojos de un moribundo, porque están llenos de luz y son tan profundos, que sus abismos producen vértigo. Quisiéramos ver lo que miran esos ojos dilatados, se apodera de nosotros la espantosa curiosidad de lo desconocido. Cada vez que Marie me mira, quiero morir; marcharme con ella para saber lo que ella sabrá; creo adivinar que me solicita, que no quiere que la abandone, que sueña con irnos los dos juntos en compañía, arriesgándonos a la misma nada o al mismo esplendor.

Entonces olvido; olvido a Laurence. Yo, que veo a Laurence en todas las cosas, en el sueño y en la vigilia, en los objetos que me rodean, en lo que como y en lo que bebo, no veo a Laurence en el fondo de los ojos de Marie. Sólo veo este refulgir azulado, más apagado hoy, que pude percibir una noche, cuando rocé los labios de esta niña. Este fulgor azul está vacío de mi amor, está vacío de dolor para mí; es lo único que puedo mirar sin llorar. Por eso amo este cuarto, a esta moribunda, cuyas miradas tienen más pureza, más dulzura que el cielo, porque el cielo también me habla de Laurence cuando alzo la frente. Vengo a perderme en este olvido; en esta luz clara y serena, y tan pura que tal vez pueda sanar mi corazón.

Cuando cae la noche sólo veo el fulgor azul de los ojos de Marie, abro la ventana, miro la muralla negra. El cuadrado de luz amarilla está ahí, vacío o poblado, mortecino o lleno de movimientos silenciosos. Siento una sensación áspera, tras varias horas de olvido, al volver a verme cara a cara con la realidad, estar frente a frente con mis celos y mis angustias. Cada atardecer, retomo la labor penosa y titánica de dar sentido a estas manchas que crecen y ruedan por el muro. Esta investigación se me ha convertido en un entretenimiento, al que me dedico con una paciencia ansiosa y con una obstinación febril que, diariamente, me conducen hasta la ventana, por mucho que cada día me prometa a mí mismo dejar de poner en riesgo

con ellas mi razón.

XXVIII

He llegado a este apogeo de la desesperación que es casi de reposo. No sabría sufrir más: esta certeza de que nada hará aumentar mis lágrimas es un alivio. Mi ser se ha desgarrado a sí mismo hasta el extremo de detenerse compadecido. Hoy sólo puedo enjugar mis lágrimas.

Y, sin embargo, siento que necesito cielo para sanar. Estoy embrutecido por el dolor; carezco ya de la felicidad apacible de la salud. Si mis heridas no pueden agrandarse, pueden permanecer abiertas, sangrando gota a gota con un sordo sufrir.

Hermanos, la mano que las cerró es una mano terrible; la mano de la muerte y de la verdad.

Ayer, al caer la noche, el cuarto de Marie se llenaba de sombra y de silencio. Una vela, medio escondida detrás de un jarrón sobre la chimenea, iluminaba un rincón del techo; las paredes y el suelo estaban sumidos en la oscuridad; la blancura del lecho destacaba entre las tinieblas transparentes. Marie, más pálida, más rota, había cerrado los ojos. Yo sabía en mi fuero interno que no pasaría de aquella noche, Pâquerette dormía en su sillón, con las manos juntas sobre su cintura; sonriendo con el sueño de alguna imaginaria golosina, con la barbilla en el pecho, roncaba suavemente y sus soplidos se mezclaban con los debilitados estertores de Marie. Yo sentí que me ahogaba entre aquella muchacha moribunda y aquella vieja ahíta de comida. Me acerqué a la ventana y la abrí; el clima era agradable.

Me acodé a la barra de madera y miré el cuadrado amarillo de enfrente. Las manchas iban y venían con rapidez, desapareciendo para hacerse luego más grandes. Nunca las sombras fueron tan hábiles, tan irónicas; parecían solazarse en una danza sarcástica, en un desenfreno de formas inexplicables destinado a rematar mi razón. Era una vorágine inexpresable, un amasijo de cabezas, de cuellos, de hombros, que rodaba sobre sí mismo como desmenuzado, sacudido a latigazos. Luego, mientras yo sonreía amargamente, sin querer comprender nada, se hizo una paz suprema en esas masas oscuras y ágiles; las masas dieron un último respingo, se dibujaron dos perfiles, enormes, enérgicos, destacando con claridad y vigor. Parecía como si, hartas de atormentarme, las sombras hubieran querido por fin revelárame, negras, poderosas, de una verdad y una insolencia soberbias. Reconocí a Laurence y a Jacques, desmedidos, desdeñosos. Sus dos perfiles se acercaron el uno al otro con lentitud y se fundieron en un beso.

Yo no había dejado de sonreír. Sentí en mí una especie de arranque seguido por un súbito bienestar. Mi corazón, en una enorme pulsación, expulsó todo el amor que lo asfixiaba, y el amor se fue por mis venas, causándome una última quemadura. Tuve esa sensación de angustia que el paciente experimenta cuando se halla en manos del cirujano: sufrí para dejar de sufrir.

Por fin, las sombras hablaban, dándome una certeza. Tenía la verdad escrita; ahí, delante de mí, en la muralla; sabía ahora lo que había tratado de adivinar tras muchos días. Miraba de hito en hito las dos cabezas negra que se besaban en el cuadrado de luz amarilla.

Me extrañé de sufrir tan poco. Creí que me moriría y sólo sentía un cansancio profundo, un abotargamiento que se apoderaba de todo mi ser. Durante largo rato permanecí acodado, mirando a las dos sombras que se movían de manera acariciante. Y pensé en esta terrible aventura cuyo desenlace protagonizaban dos manchas oscuras en una muralla alumbrada. Se presentó con fuerza en mi memoria la conversación que tuve con Jacques; en el vacío que se hacía dentro de mí escuchaba elevarse una tras otra las palabras, graves y lentas, del hombre práctico, y aquellas palabras, que creía escuchar por primera vez, me asombraban de forma extraña, pronunciadas frente al beso que la sombra de Jacques daba a la sombra de Laurence. ¿Quién era aquí aquel al que engañaban? ¿Tendría razón Pâquerette y estaría yo frente a uno de esos caprichos inexplicables que empujan a los humanos a mentirse a sí mismos? ¿O era el propio Jacques quien se entregaba por mi bien de modo abnegado a esas caricias embusteras? ¡Singular forma de abnegación, que impactaba directamente en mi carne, en mi corazón, para curarme un mal con un mal aún peor!

Poco a poco, mis pensamientos se enturbiaron; dejaron de tener la tranquilidad del primer momento. No comprendía aquel beso; temía que pudiera tratarse de una comedia miserable.

La lucha entre la duda y la certeza se estableció en mí, más áspera, más abrasiva. No podía imaginarme que Jacques amara a Laurence; creía más en él de lo que creía en Pâquerette. Y me decía a mí mismo que los besos son embriagadores, que él amaría a aquella mujer, si no la amaba ya, por la forma en que apoyaba sus labios en los de ella.

Así fue como volví a sufrir; mis celos volvieron a cerrarme la garganta. Hubiera debido alejarme de aquella ventana, no abandonarme a la visión de aquellas dos sombras. Resultaría imposible expresar lo que sufrí en unos pocos minutos; sentía como si me arrancaran las entrañas; y no podía llorar.

La verdad se volvía clara, inexorable: poco importaba que Jacques amara o no amara a Laurence. Laurence se colgaba de su cuello, se entregaba a él; desde ese mismo momento estaba muerta para mí. Ahí residía la única realidad; el desenlace que tantas veces reclamé y temí.

En el estruendo sordo que sacudía mi ser, sentí que todo se desmoronaba, comprendí que me quedaba sin nada en qué creer, sin amor, y fui a arrodillarme ante el lecho de Marie, sollozando.

Marie se despertó, vio mis lágrimas. Hizo un esfuerzo sobrehumano y, ardiendo de fiebre, se incorporó en su lecho. La vi inclinarse, apoyar su cabeza sobre mi hombro, sentí su brazo enjuto y ardiente rodeando mi cuello. Sus ojos, luminosos en la sombra, llenos de la claridad de la muerte, me interrogaban con terror y compasión.

Yo hubiera querido rezar; juntar las manos, implorar a una divinidad dulce y misericordiosa. Me sentía débil y desnudo; en mi terror infantil buscaba entregarme a un dios que se apiadara de mí. Mientras Jacques me arrancaba a Laurence, y ahí abajo ellos dos se unían estrechamente en un beso, yo tenía ganas de hacer mis deberes de fe y de amor, protestar arrodillado, amar en otra parte, dentro de la luz, de lo absoluto. Pero mi boca ignoraba la plegaria, yo extendía mis brazos con desesperación, en el vacío, hacia el cielo mudo.

Encontré la mano de Marie y la apreté con suavidad. Sus ojos agrandados seguían interrogándome.

—¡Oh, recemos, hijita, recemos juntos! —le dije.

Parecía como si no me comprendiera.

—¿Qué te sucede? —me preguntó con una voz apagada y acariciante.

Y con sus débiles manos intentaba secar mis lágrimas. Entonces la miré, y mi corazón, desolado, se fundió de pena. Ella se moría. Estaba ya fuera de la vida; más blanca y más grande; sus ojos velados estaban llenos de un éxtasis conmovido y sereno; su rostro apaciguado dormía, de sus labios afinados no salía ya estertor alguno. Comprendí que se iba a morir en mis brazos, en esta hora solemne en que mis ternuras morían, ellas también, y que esta chiquilla se moría junto con mi amor; me llenó el alma de una compasión tan profunda que volví a extender mis brazos buscando el vacío con una ansiedad aún más agria, buscando a alguien.

Me levanté, y con una voz más baja, desgarrada, le repetí:

—Recemos, hija mía. Recemos juntos.

Marie sonrió.

—¿Rezar, Claude? ¿Por qué quieres hacerme rezar?

—Para consolarnos, Marie. Para hacernos perdonar.

—No tengo perdón que implorar ni tristeza que suavizar. Mira. ¿Ves? Estoy sonriente, feliz, mi corazón no tiene nada que reprocharme.

Se quedó en silencio, se apartó un mechón de cabellos de su frente, y prosiguió con un tono debilitado:

—No sé rezar porque nunca tuve que pedir perdón. La mujer que me crio me dijo que a la iglesia sólo van los malos para que los absuelvan del crimen que han cometido. Yo soy una chica que nunca hizo daño a nadie; no necesito a Dios. Siempre que he llorado, las lágrimas corrieron abundantes por mis mejillas y el viento las secó.

»¿Quieres que rece por ti, Claude? —añadió tras otro silencio—. Me juntarás las manos y me harás repetir las palabras que enseñan a los niños en los pueblos. Le pediré a Dios que no te haga llorar más.

Y yo, estremecido, desolado, rezaba por Marie, rezaba por mí. Encontraba en el fondo de mi ser las palabras de lamento y de adoración, y las decía una tras otra sin mover los labios. Le suplicaba al cielo que fuera misericordioso, que nos facilitara la muerte, que durmiera a esta niña en su éxtasis, en su ignorancia. Y mientras rezaba,

Marie, que no pensaba que yo buscara un Dios, me apretaba el cuello con más fuerza, asomándose hasta mi rostro.

—Escucha, Claude —me decía—. Mañana me levantaré, me pondré un vestido blanco y nos iremos de esta casa. Buscarás un cuartito donde nos encerraremos los dos solos. Jacques ya no quiere saber nada de mí, estoy demasiado débil y demasiado blanca. Ya veo que tú tienes buen corazón, cuidarás de mí, y me quedaré a vivir contigo como con Jacques, pero más dulce, más alegre. Estoy un poco cansada. Necesito un hermano. ¿Querrás serlo tú?

Aquellas palabras eran horribles en la boca de la moribunda, pronunciadas con una lánguida ternura. Mantenía su ingenua impudicia hasta la muerte; ofreciéndose en su lecho de muerte como hermana y amante de diez años. Sujetaba yo su pobre cuerpo como carne sagrada; escuchaba su hilo de voz febril con santa compasión.

Meditaba yo, porque ya no podía rezar. ¿Qué es el mal? ¿Acaso no estaba yo ante el bien absoluto? Ciertamente Dios ha hecho una obra buena, tan perfecta. El mal es una de nuestras invenciones, una herida que nos recubre. A esta niña que se estaba muriendo no la preocupaban los besos que les dio a sus amantes más que a una niñita le inquietan las caricias que dedica a su muñeca. Y esa Laurence, esa Laurence mortecina y desolada, acusaba tal desplome que su impudicia era sólo la aceptación tácita de un acto puramente material. ¿Dónde ubicar el mal en todo esto y quién se atrevería a castigar a Laurence y a Marie, a la una en su ignorancia, a la otra en su embrutecimiento? El corazón se había dormido o no se había despertado aún. No podía pues ser cómplice de la carne que, por sí misma, seguía siendo inocente en su silencio. Si yo hubiese tenido que condenar a esas dos mujeres, quizás tendría más lágrimas que severidad y les habría deseado la venida de la muerte, la paz suprema.

Deben de dormir de un sueño bien profundo en sus tumbas las criaturas que han vivido en un tumulto de alegría febril. Tal vez sus corazones amen en la muerte, sufriendo pavorosamente ante el pensamiento de una vida dedicada a amar sin amor; corazones que quieren latir ahora, pero que están por siempre clavados en sus ataúdes. Marie se marchaba, blanca y virgen, asombrada y temblorosa, quizás comprendiendo que se moriría sin haber siquiera conocido la vida. Yo hubiese querido que se llevara con ella a Laurence, a la que no quedaba ya nada que aprender, por haber abusado de todas las voluptuosidades. Hubieran descendido ambas a lo desconocido, al mismo paso, igual de mancilladas, igual de inocentes, hijas de Dios, heridas por los hombres.

Sostuve la frente de Marie, a la que la agonía doblaba.

—¿Dónde está Jacques? —preguntó.

—¿Jacques? —le respondí—. Está en su cuarto, con Laurence. Se besan. Estamos solos.

—¡Solos! ¿Laurence ya no vive contigo, Claude?

—¡No! Me abandonó por Jacques. Estamos solos.

Frotó suavemente sus manos entre sí.

—¡Qué bueno es estar solos! ¡Oh! ¡Qué bueno! —murmuraba—. Podremos vivir juntos. Han hecho bien de arreglarlo todo así. Tendremos que agradeceréelo. Que ellos sean felices por su lado, nosotros por el nuestro.

Después adoptó un tono de confidencia, con voz clara y alegre:

—No lo sabrás, pero nunca me gustó Laurence. Esta mujer era malvada, te hacía llorar lágrimas que a mí me hubiera gustado secar. Por las noches, cuando te sabía a su lado, no podía dormir; me alejaba de Jacques, me habría gustado subir hasta tu habitación para velar sobre ti, para que no te hiciera daño. ¿No me abandonarás jamás, verdad, Claude? Seré una mujercita buena para ti, que te querrá mucho, siempre discreta.

Marie se quedó en silencio unos instantes, sonriendo con tales pensamientos.

Se desplomaba cada vez más y se volvía más inerte. Sujetaba yo su cuerpo; sentía la vida marcharse de su carne con cada una de las palabras que pronunciaba. Aún le quedaban algunos minutos de vida. La sonrisa se borró; tuvo como un movimiento de pavor.

—Me engañas, Claude —repuso bruscamente—. Jacques no besa a Laurence. Estás intentando darme una alegría. ¿Dónde ves que se besen?

—Ahí enfrente —contesté—. En la muralla.

Marie juntó las manos.

—Quiero verlo —me dijo apretándose contra mí.

Su voz era sorda y suplicante, me acariciaba humilde y suavemente.

La tomé entre mis brazos y la levanté. Era ligera, palpitante, se abandonaba. Yo la transportaba con precaución, sintiéndola apenas, temiendo que se rompiera. Mis manos tocaban con un santo respeto a aquella criatura semidesnuda, de cabellos despeinados, que se sujetaba a mi cuello y pertenecía ya a la muerte.

Cuando la presenté a la ventana con los brazos extendidos, Marie, cuya cabeza estaba echada hacia atrás, miró al cielo. La noche se labraba camino con un azul profundo sembrado de estrellas; el aire tranquilo vibraba en escalofríos cálidos y lentos. Los ojos de la moribunda miraban las estrellas; sus labios aspiraban el aire tibio. Su rostro, resignado hasta ese momento, tuvo una contracción dolorosa, como una revuelta de la carne moribunda en presencia de los alientos de la vida. Se absorbía en su contemplación; perdía sus miradas en los espacios oscuros y parecía estar soñando su último sueño.

Escuché un murmullo y me asomé. Ella repetía:

—No los veo; no se están besando.

Se agitaba suavemente en el vacío con sus pobres manos, como si quisiera apartar el velo que se extendía ante su vista.

Entonces le levanté un poco la cabeza. Las sombras en el cuadrado de luz amarillo seguían besándose. Eran más negras, más enérgicas, y su definición perfecta las hacía pavorosas. Marie las vio.

Una sonrisa suprema se mostró sobre sus labios. Con una alegría infantil y la voz

de una muchacha se acercó a mi oreja acariciándome con la mano.

—¡Los veo, los veo! —dijo—. Se están besando. Tienen cabezas enormes, muy negras. Tengo miedo. Diles que estamos juntos, que no vengán a atormentarnos. Una noche se besaron igual; nosotros dos nos besábamos por nuestro lado y fue a partir de aquel momento cuando ella dejó de gustarme Laurence. ¿Te acuerdas, Claude? Ven aquí que te daré un beso. Será el segundo beso de nuestro noviazgo.

Marie puso su boca sobre la mía balbuceando. Sentí en mis labios el paso de un soplo con un ligero grito. El cuerpo que sostenía entre mis brazos se estremeció en una convulsión y luego se abandonó.

Miré los ojos de Marie. Estaban abiertos de par en par, pero busqué en vano el fulgor azul que ardía en ellos aquella noche que acababa ella de evocar.

Marie había muerto en mis brazos.

Deposité el cadáver sobre el lecho, cubriendo castamente ese cuerpo semidesnudo que había mantenido oculto hasta ese momento contra mi pecho. Me senté en el borde de la cama, recosté la cabeza de la niña sobre uno de mis brazos, sosteniendo sus manos, mirando su rostro, que parecía vivir, y sonreía aún. Era más grande en la muerte; más serena, más pura.

Grandes lágrimas fluían por mis mejillas y caían sobre los cabellos de la difunta, que cubrían mis rodillas.

Ignoro cuánto tiempo permanecí así, en medio del silencio y de la sombra. Súbitamente, Pâquerette se despertó y vio el cadáver. Se despertó con escalofríos recorriéndola y corrió en busca de la vela que había tras el jarrón, en la chimenea, y luego recorrió con la llama el rostro de Marie y vio que todo había acabado; se deshizo en un llanto desesperanzado y ruidoso. Aquella anciana retrocedía con espanto ante la muerte que sentía a su lado; gritaba de dolor al pensar que muy pronto le tocaría también morir. Jamás había creído en la enfermedad de esta niña, que le parecía demasiado joven para irse tan pronto; y ante el rápido y terrible desenlace, temblaba de espanto. Sus gritos debían de escucharse desde la calle.

Se oyó un ruido de pasos procedente de la escalera. Algún vecino subía, atraído, sin duda, por las exclamaciones de Pâquerette.

La puerta se abrió y Laurence y Jacques aparecieron en el umbral...

¡Hermanos! No puedo seguir hoy con este relato horroroso. Mi mano tiembla; mis ojos se llenan de oscuridad. Mañana lo sabréis todo.

XXIX

Laurence y Jacques aparecieron en el umbral de la puerta, a medio vestir, aterrados.

Al ver el cadáver de Marie, Jacques juntó sus manos con terror y asombro. No esperaba una muerte tan pronta. Se quiso arrodillar al pie de la cama, ocultando su cabeza con la sábana que estaba caída por el suelo. Una angustia profunda parecía estar aplastándolo. No se movió más. Yo no sabía si lloraba.

Laurence, pálida, con los ojos secos, permanecía en el umbral, sin atreverse a avanzar. Estaba tiritando y desviaba las miradas.

—Muerta, muerta... —repitió en voz baja.

Dio dos o tres pasos, como queriendo ver mejor. Se hallaba en medio de la habitación, sola, de pie.

Yo mantenía entre mis brazos el cadáver apretándolo, cubriéndome con él, protegiéndome contra Laurence, que se acercaba.

—¡No avancéis más! —grité con rudeza—. No vengáis a ensuciar a esta niña que duerme. Quedad donde estáis, pues tengo que juzgaros y condenaros.

—Claude —me contestó ella con voz suave—, déjame besarla.

—¡No, no! Vuestros labios están mortificados por los besos de Jacques. Profanaríais la muerte.

Jacques parecía estar dormido con la cabeza bajo la sábana. Laurence se cayó de bruces.

—Escúchame, Claude —me dijo tendiéndome sus manos—. No sé qué ves en mis labios, pero no me hables con tanta dureza. Necesito ternura.

Miré a aquella mujer que se lamentaba humildemente y no reconocí en ella a Laurence. Apreté a Marie más estrechamente, temiendo alguna debilidad, y proseguí:

—¡Poneos de pie para escucharme! Quiero acabar de una vez. Venís de casa de Jacques; estáis aún desgredada por sus caricias. No deberíais haber subido. Os equivocáis de puerta.

Laurence se levantó:

—¿Me echas pues? —preguntó.

—No, no os echo. Vos misma os expulsasteis al aceptar otro domicilio, otra vivienda. Quedaos donde habéis ido.

—¡No! ¡No me fui a ninguna parte! Te equivocas, Claude: no hay besos extraños en mis labios. Te amo.

Avanzaba a pasos cortos, fascinante, con los brazos extendidos.

—¡No os acerquéis, no! —grité de nuevo, con un movimiento de horror—. ¡No quiero que me toquéis, no quiero que toquéis a Marie! Esta pobre difunta me protege de vos; está aquí, recostada contra mí, dormida, dando paz a mi corazón. Me siento profundamente desgarrado. Tal vez habría cometido la cobardía de perdonaros, si

hubieseis venido a nuestra habitación para arrastraros a mis pies, dado que habríais sido todopoderosa sobre mí por este amor infame que la miseria y el abandono me inspiraron. Aquí ya no podéis hacerle nada a mi corazón ni a mi cuerpo. Tengo aún en los labios el alma de Marie, su último aliento y su último beso. No quiero que vuestra mancillada boca me robe esta alma.

Laurence se detuvo, sollozando, mirándome a través de sus lágrimas.

—Claude —murmuraba—, no me comprendes; nunca me has comprendido. Te amo. Nunca supe lo que deseabas de mí; me entregué a ti como me sé entregar. ¿Por qué me expulsas? Yo nunca te he hecho daño; si te he hecho algún daño, me pegarás y seguiremos viviendo juntos.

Estaba hastiado; sentía sangrar mi corazón; estaba ansioso por que se fuera aquella mujer. La imploré a mi vez:

—Laurence, por compasión, retiraos —le dije suavemente—. Si alguna vez tuvisteis algún amor por mí, ahorradme todo este sufrimiento. Nuestras ternuras han muerto; nos tenemos que separar. Id donde queráis en la vida, en el bien si es posible. Permitidme recobrar mis esperanzas y mis alegrías.

Se cruzó de brazos con desesperación, repitiendo varias veces con una voz perdida:

—Todo ha terminado; todo ha terminado...

—¡Sí! Todo terminó —le contesté con rudeza.

Entonces Laurence se cayó al suelo como una masa inerte y estalló en sollozos.

Pâquerette, que se había vuelto a aposentar tranquilamente en su sillón, la miró con curiosidad. La vieja impura se extrañaba comiendo unas pastillas que había encontrado y que iba acabando, dado que Marie ya no estaba viva para terminar la caja.

—¡Mira tú, hijita! —le dijo a Laurence—. Tú también te haces la loca... ¡Dios mío! ¡Qué tontos se han vuelto los enamorados! En mis tiempos se separaba uno con alegría. Mejor será que pienses que sales ganando separándote de Claude. Él lo consiente. Abre la puerta corriendo y dale las gracias.

Laurence no escuchaba nada. Laurence pataleaba el suelo con sus pies y sus puños presa de una especie de crisis nerviosa. Medio desnuda, se retorció como posea, con escalofríos que la sacudían toda ella. Mordía los cabellos que le caían sobre el rostro; contenía gritos ahogados, palabras confusas que se perdían en sus sollozos.

La veía desde mi altura, ahí abajo, aplastada, estremecida; no sentía ni pena ni enfado.

Después se incorporó a medias y, con la cara convulsa, la carne enrojecida y azulada, llorando, se arrastró hasta mí con sus faldas torcidas y colgantes y me gritó:

—Tienes razón, Claude, soy mala. Prefiero decírtelo todo. Tal vez después quieras perdonarme. Tus ojos lo vieron; mis labios deben de estar rojos de los besos de Jacques. Yo fui hacia él y lo obligué a la traición. Soy mala.

Los llantos le arrancaban el pecho: subían desde el fondo de sus entrañas en hálitos enormes y penosos; hinchaban su garganta de forma horrible; hacían ondular todo su ser; estallaban en sus labios en gritos secos y desgarradores.

—Ya no sé qué decir, yo... Ignoraba que los besos de Jacques pudieran separarnos. Lo hice sin pensármelo, sin pensar en ti. A veces me aburría al hacerse de noche, cuando tú venías a esta habitación. Entonces busqué algo para distraerme. No me explico qué pudo suceder. No quiero abandonarte. Perdóname; perdóname.

En la última hora, esta mujer era aún más impenetrable. No podía entender el sentido de esta criatura fría y desplomada, nerviosa y suplicante. Desde hacía una año, vivía a su lado y me era tan extraña como lo fue el primer día. La había visto sucesivamente vieja y joven; activa y dormida; seca y enamorada; irónica y humilde; no podía reconstruir un alma con estos elementos diversos y me quedaba mudo delante de este rostro espeso, lleno de muecas, que me ocultaba un corazón desconocido. Quizá ella me amase, obedeciendo a esta necesidad de amor y de estima que reside en el fondo de las naturalezas más vergonzantes. Por lo demás, ya no intentaba comprender nada; adivinaba que Laurence sería siempre un misterio para mí, una mujer hecha de sombra y de vértigo; sabía que permanecería en mi vida como una pesadilla inexplicable; una noche febril llena de visiones monstruosas e incomprensibles. Yo no quería escucharla; me sentía aún sumido en el sueño; tenía miedo de ceder a la locura de las tinieblas; tendía con todas mis fuerzas hacia la luz.

Hice un movimiento de impaciencia, rechazando con el gesto, cerrando los labios. Laurence, hastiada, apartó sus cabellos, me miró de frente; profundamente muda, no tenía ya más súplicas, le faltaban las palabras. Me rogaba por medio de su actitud, su mirada, su rostro desencajado.

Giré la cabeza.

Laurence se levantó entonces penosamente y caminó hasta la puerta sin dejar de mirarme a los ojos. Permaneció por un instante erguida en el umbral. Me pareció más grande y a punto estuve de flaquear y lanzarme a sus brazos, cuando vi que en esa hora final llevaba puestos los andrajos del vestido de seda azul. Amaba yo aquel vestido; hubiera querido rasgar un jirón para quedármelo como recuerdo de mi juventud.

Laurence siguió retrocediendo, entró en la sombra de la escalera, dedicándome una última plegaria hasta que el vestido apenas fue una marea negra que se deslizaba estremeciéndose sobre los escalones.

Era yo libre.

Puse una mano sobre mi corazón; latía con pálpitos débiles y tranquilos. Tenía frío. Un gran silencio se hacía en mi ser; me parecía estar despertando de un sueño.

Me había olvidado de Marie, cuya cabeza seguía reposando en paz sobre mi pecho. Pâquerette, que dormitaba, se levantó bruscamente y acostó al cadáver sobre la cama mientras me decía:

—Mire usted... ¡la pobre niña! Ni siquiera le cerró usted los ojos. Parece que nos

mira y sonrío.

Marie me miraba. Tenía un sueño de niña, de una paz suprema y una frente pura de virgen y de mártir. Parecía feliz por lo que acababa de escuchar; se decía que estábamos solos, que podríamos amarnos. Le cerré los ojos para que se durmiera en este pensamiento de amor y le besé los párpados.

Pâquerette dispuso dos velas sobre una mesita junto al cadáver y luego reanudó su sueño acurrucándose en el fondo del sillón. Jacques no se había movido. Todas mis palabras, todas las palabras de Laurence habían pasado sobre él sin que diera un respingo. De rodillas, con la cara en la sábana se sumergía en el abismo de algún pensamiento austero y terrible que lo tenía anonadado.

La habitación estaba ahora silenciosa. Las dos velas arrojaban una claridad pálida que blanqueaba las sábanas del lecho y el rostro descubierto de Marie. Aparte de este estrecho círculo de luz, todo era sombra imprecisa. En esta sombra podía ver vagamente a Pâquerette dormida y a Jacques arrodillado. Fui hasta la ventana.

Pasé la noche de pie, ahí, frente al cielo estrellado. Miraba a Marie y miraba en mi interior; dominaba a Jacques, distinguía a Laurence, lejos, muy lejos, en mi recuerdo. Mi pensamiento estaba sano, me explicaba todo aquello, era consciente de mi ser y de las criaturas que me rodeaban. Así fue como pude ver la verdad.

Sí, Jacques no se había equivocado. Estuve enfermo. Tuve fiebre; deliré. Siento hoy, por la fatiga de mi corazón, la virulencia de mi mal. Estoy orgulloso de mi sufrir; entiendo que no fui un ser infame; que mis desesperaciones no eran más que rebeliones de mi corazón indignado por el mundo en donde lo extravié. Soy torpe ante la vergüenza; soy incapaz de aceptar los amores vulgares; no tengo la indiferencia tranquila requerida para vivir en este rincón de París donde la bella juventud se revuelca en pleno lodo. Me eran necesarias las puras cumbres, el campo abierto. Si hubiera encontrado una virgen, me habría arrodillado para darme todo entero; habría sido puro como ella, y, sin combate, sin esfuerzo, nos habríamos unido, nos habríamos contentado con nuestras ternuras. La vida tiene sus fatalidades. Una noche encontré a Laurence con el pecho descubierto. Tuve la imprudente confianza de vivir junto a esta mujer y resultó que la amé como a una virgen, con todo mi corazón, con toda mi pureza. A cambio de mis afectos recibí sufrimientos y desesperaciones; tuvo la cobardía de dejarse amar sin amar ella nunca. Me desgarré ante esta alma muerta por querer que se me escuchara. Lloré como un niño que quiere besar a su madre poniéndose de puntillas sobre sus piecitos; sin poder alcanzar el rostro de aquella que es toda su esperanza.

Estas cosas me decía en esta noche suprema; y me decía también que algún día hablaría y haría ver la verdad a mis hermanos, los corazones de veinte años. Hallaba una gran lección en mi juventud perdida, en mis amores rotos. Todo mi ser me repetía: ¿Por qué no te quedaste allí, en Provenza, entre hierbas altas, bajo amplios soles? Habrías crecido en honor y en fuerza. ¿Y por qué no te guardaste del lodo de la ciudad cuando viniste aquí en busca de la vida y la gloria? ¿Acaso ignorabas que el

hombre no dispone de dos juventudes ni de dos amores? Tenías que vivir joven en el trabajo y haber amado en la virginidad.

Quienes aceptan sin lágrimas la vida que yo llevé durante un año no tienen corazón; quienes lloran como yo lloré salen de esta vida con el cuerpo partido y el alma moribunda. Es necesario pues matar a las Laurence, como decía Jacques, puesto que ellas matan nuestra carne y nuestros amores. Soy sólo un niño que ha sufrido; no quiero en modo alguno rezar aquí. Pero sí mostrar mi pecho vacío, mi ser dolorido y sangrante; quiero que mis llagas hagan estremecerse los muchachos de mi edad y los detengan en el límite del abismo. A quienes enloquecen de luz y de pureza les diré: «Tened cuidado; entráis en la noche y en el mancillamiento». A aquellos cuyo corazón duerme en la indiferencia del mal les diré: «Ya que no podéis amar, intentad, al menos, permanecer dignos y honrados».

La noche era clara: incluso veía a Dios. Marie, fría ya, dormía pesadamente; la sábana mostraba largos pliegues, secos y duros. Pensaba yo en la nada, pensaba que sentiríamos gran necesidad de creer en algo quienes vivíamos en la esperanza del mañana y no sabíamos qué sucedería mañana. Si hubiera tenido en el cielo o en cualquier otro lugar un dios amigo cuya mano protectora sintiera conmigo, quizá no me hubiera dejado llevar por el vértigo de una pasión maléfica. Siempre habría tenido consolaciones en medio de mis lágrimas; habría empleado mi exceso de amor en la plegaria en vez de no poder entregarlo y sentir que me asfixiaba. Me había abandonado porque sólo creía en mí y había perdido toda mi fuerza. No lamento haber obedecido a mi razón de vivir en libertad, respetando sólo lo verdadero y lo justo. Pero sucede que, cuando la fiebre se apodera de mí, cuando tiemblo de debilidad, tengo miedo; me vuelvo un niño, quisiera estar bajo el puño de una fatalidad divina para borrar me, para dejar que Dios actúe en mí y por mí.

Y pensaba en Marie, preguntándome dónde estaba su ser en esta hora. En la gran naturaleza, sin duda. Soñaba que cada alma se va al gran todo; que la humanidad muerta no es más que un soplo inmenso, un único espíritu. En la tierra, estamos separados, nos ignoramos, nos lloramos por no poder reunirnos; más allá de la vida, la penetración es completa, hay un matrimonio de todos con todos, en un amor único y universal. Miraba el cielo. Me parecía ver en la extensión tranquila y reposada el alma del mundo; el ser universal hecho de todos los seres. Entonces saboreé una gran dulzura; acababa de superar la fase de la sanación; había alcanzado el perdón y la fe. Hermanos, mi juventud aún me sonreía. Soñé que algún día nos encontraríamos reunidos los cuatro: Marie y Jacques, Laurence y yo; que nos comprenderíamos, que nos perdonaríamos, que nos amaríamos sin tener que escuchar los sollozos de nuestros cuerpos y que sentiríamos una paz suprema al intercambiar esas ternuras que no pudimos entregarnos mientras vivimos en carnes diferenciadas.

El pensar que en la tierra hay malentendidos y que todo se explica en alguna otra parte me consoló. Me dije a mí mismo que esperaría la muerte para amar. Seguía de pie, junto a la ventana, enfrente del cielo, ante el cadáver de Marie y, poco a poco, un

suave frescor, una esperanza sin límites, venían hasta mí de esta muchacha muerta y de estos espacios de ensoñación.

Las velas se consumían. En el cuarto reinaba un silencio cada vez más pesado y las sombras se agrandaban. Pâquerette dormía, Jacques no se había movido.

Se levantó bruscamente; miró a su alrededor temerosamente. Lo vi inclinarse sobre el cadáver para besarle la frente. La carne fría le produjo un escalofrío. Entonces me vio. Vino hasta mí vacilante y luego me tendió la mano.

Yo miré a aquel hombre al que no podía comprender, que me parecía tan oscuro como Laurence. Ignoraba si me había mentido o si había querido salvarme. Aquel hombre había venido a romperme el corazón. Pero yo había tenido esperanza, había perdonado. Tomé su mano y se la apreté.

Entonces se marchó, dándome las gracias con la mirada.

Al amanecer, me encontré al borde de la cama de Marie, arrodillado, llorando aún, pero con lágrimas dulces, enternecidas; lloraba por esta muchacha que la muerte se había llevado en primavera, sin haber conocido los besos del amor.

XXX

Hermanos, voy hacia vosotros. Mañana partiré hacia nuestros campos. Quisiera extraer una nueva juventud de nuestros anchos horizontes, de nuestro sol ardiente y puro.

Tuve demasiado orgullo. Creía estar maduro para la lucha cuando no era más que un niño, débil y desnudo. Tal vez sea yo para siempre un niño.

Tengo esperanzas en nuestra amistad y en nuestros recuerdos. En vuestra cercanía me llenaré de paz, acabaré de curar mi corazón. Iremos por las llanuras, a las sombreadas orillas del río, retomaremos la vida de nuestros dieciséis años y olvidaré así el año terrible que acabo de vivir. Regresaré a aquellos días de ignorancia y de esperanza, cuando lo desconocía todo de la realidad y soñaba con una tierra mejor. Volveré a ser joven, creyente, podré volver a comenzar la vida a partir de nuevos sueños.

¡Oh! Siento todos los pensamientos de mi juventud volviendo a mí en tropel, para llenarme de fuerza y de esperanza. Todo había desaparecido en la noche en la que había entrado: vosotros y el mundo, mi labor de cada día y mi gloria venidera. Ya sólo vivía por la única idea de amar y de sufrir. Hoy, en mi apaciguamiento, escucho despertarse uno tras otro esos pensamientos que reconozco y a los que doy la bienvenida con el alma enternecida. Estaba ciego: vuelvo a ver con claridad en mí, el velo ha sido rasgado; vuelvo al mundo tal y como lo dejé, amplio, para los jóvenes valerosos, luminosos, lleno de aplausos. Reanudaré mi labor, recobraré mis fuerzas para luchar en nombre de mis creencias, en nombre de mis ternuras.

Hacedme un sitio a vuestro lado, hermanos. Mojémonos en el aire puro de los campos deslumbrantes de sol, en nuestros amores vírgenes. Preparémonos para la vida amándonos los tres, corriendo cogidos de la mano, libres bajo el sol. Esperadme y haced que la Providencia sea más suave, más alentadora, para acogerme y devolverme mi infancia.

Ayer, cuando delante de la ventana y ante el cadáver de Marie me purificaba en la fe, vi el cielo lleno de sombras alborear en el horizonte. Durante toda la noche había tenido ante los ojos espacios negros perforados por los rayos amarillos de las estrellas, había sondeado en vano el infinito abismal y oscuro, aterrado por esa inmensa calma, por esa nada insondable. Esta calma, esta nada se aclararon, las tinieblas se estremecieron y replegaron lentamente, dejándome ver sus misterios; el espanto de las sombras dio paso a la esperanza de una claridad naciente. Todo el cielo se fue iluminando poco a poco, adquirió tonos rosados, dulces como sonrisas, se fue hundiendo en la luz pálida, dejando ver a Dios en esta hora matinal y transparente. Y yo, solo ante este desgarró de la noche, en este nacimiento lento y majestuoso del día, sentí en mi corazón una fuerza joven, invencible, una inmensa esperanza.

Hermanos, era la aurora.



A propósito de una dedicatoria: «A mis amigos Cézanne y Baille»

(postfacio de Sergio Torremocha)

Tal y como se dice en el prólogo original, esta recopilación de cartas se convirtió cuatro años después en una novela, la primera que publicaba el futuro autor de monumentos literarios como *Nana* y *Germinal*: el 25 de noviembre de 1865, reunidas bajo el título *La confesión de Claude*, aquellas cartas salían a la luz pública transformadas en novela bajo los auspicios del legendario editor y polígrafo Lacroix. Era una primera novela, con todos los defectos del principiante, una novela epistolar y evidentemente autobiográfica, pero era también su bautismo de fuego ante esas multitudes que tanto temor le producían, según se desprende de aquellas cartas que la amistad de sus destinatarios le devolverá como novela «por entregas» al público.

Un año antes, a finales de 1864, la editorial Hetzel ya había publicado sus *Cuentos para Ninon*, recopilación de relatos cortos que el autor escribió probablemente en el mismo periodo, durante aquellos dos años de correspondencia epistolar con sus amigos de juventud (esos meses patéticos que Zola revela al gran público en su *Confesión*) y también durante los años sucesivos, bastante menos precarios que los vividos en el submundo sórdido de la gran urbe que describe en estas misivas. Tras una larga etapa de penurias y desengaños, en 1862 había entrado a trabajar como ayudante en la editorial Hachette, para asumir con el tiempo labores de agente publicitario, e incluso desempeñar las funciones de redactor adjunto hasta que, a consecuencia del escándalo desatado con la publicación de esta su primera novela, se decide a abandonar la mítica librería-editorial para dedicarse exclusivamente a la escritura.

Fueron éstos años que lo orientarán profesionalmente hacia la literatura; pero antes de alcanzar la notoriedad deberá atravesar todas las etapas del aprendizaje, del oficio de las artes gráficas, de los entresijos del mundo de la publicidad y del periodismo... y de la vida. Aparte de trabar sólidas amistades, Zola entrará en contacto con destacadas figuras de la cultura y el arte, como los hermanos Goncourt y los pintores Pissarro y Manet. Evocará esta etapa formativa en las páginas de la novela por entregas publicada en 1866, al año siguiente de la publicación de sus misivas en *L'Événement: Le Voeu d'une Morte* (La última voluntad de una difunta). En esta lacrimógena «novela gótica por entregas» escrita por encargo, el protagonista es un huérfano adoptado por una dama burguesa que le suplica en su lecho de muerte que vele por su hija de seis años cuando ella falte. El joven protagonista, desamparado y solo, accederá, de la mano de un amigo, al mundo del conocimiento, de las enciclopedias, de la ciencia «para imbuirse de todas las áreas del saber» y poder así acceder a la mansión que habita la huérfana, adoptada por su única tía, mujer calculadora casada con un político muy poderoso. También aquí nos describe una tragedia por causa de una enfermedad similar a la que se llevará a la joven protagonista de *La confesión de Claude*: ambas defunciones inevitablemente se asocian con el trauma de la prematura muerte del padre a causa de una neumonía en la primera infancia del autor.

Salta a la vista que las vivencias que describen cuentos, *feuilletons* y misivas compiladas reflejan la etapa de formación del futuro maestro del naturalismo y las experiencias vitales de un joven ingenuo, de vocación moralizante, testigo de cargo y antihéroe desvalido ante la injusticia social. También se percibe una clara interacción entre relatos y cartas, dado que éstas dibujan los mismos paisajes (interiores y exteriores) descritos con detalle en los *Cuentos para Ninon*. Por tal motivo, parece razonable considerar la *Confesión* como un cuento novelado, como un opúsculo hecho de las mismas *emociones* que inspiraron aquellos relatos cortos y, recíprocamente, que la redacción de aquellos relatos cortos fuera esa misma obra moralista e ingenua, hecha con la mismas labores literarias que el otro Zola-Claude estaba pergeñando sin entusiasmo, durante cuya redacción «deja caer la pluma, carente de inspiración», tal y como narra en sus cartas a Cézanne y Baille en los sombríos meses de su *Confesión*.

La labor narrativa inexperta, la confección de aquellos cuentos decorados con naturalezas sencillas, ingenuidades líricas y recreaciones poéticas tuvo efectos balsámicos en el joven Claude-Émile que escribía febrilmente a sus amigos las cartas descarnadas y dolientes que se publicaron en esta novela epistolar cuatro años después. También la escritura de estas amables nostalgias de la Provenza de su primera juventud en forma de relatos cortos, los *Cuentos para Ninon*, le ayudará a sobrellevar los desengaños y miserias de su incorporación a la metrópoli, a la gran urbe del anonimato y del desamparo para aquel joven residente en París, despreciado por pobre, meteco y provinciano. La poesía, aludida fugazmente en la *Confesión*, tuvo mucho menos recorrido en la obra de Zola, que, muy bien aconsejado por Émile Goncourt, se apartó de las labores poéticas para centrarse en el desarrollo de una intensa labor narrativa y periodística. La redención por el trabajo, tal y como él mismo reivindicaba en su relato epistolar, parece que sí tuvo efectos reparadores en el futuro maestro del naturalismo durante su juventud.

Efectivamente, sí existió la tal Laurence, aunque no fuera éste su nombre real, y es bastante verosímil que ambos fueran testigos de la muerte de alguna niña de la calle, tal y como lo describe en las misivas. Sin duda, el joven Zola vivió las penurias y sinsabores del joven de provincias pobre y desarraigado en la metrópoli y, sin duda, conoció a esa Berthe-Laurence, dado que las muchachas como ella eran moneda corriente en el imaginario colectivo y abundaban en el empedrado parisiense. Las enfermedades, las malas condiciones de salubridad, la vida extenuante de las clases bajas eran terreno abonado para enfermedades infecciosas y contagiosas, como la tuberculosis o la sífilis. Zola retratará más adelante, con trazos finos y precisos, las penalidades y miserias de las clases populares en *Nana* y *Germinal*, con información de primera mano, porque durante su estancia en los barrios humildes de la capital el joven aspirante a escritor pudo conocerlas (y padecerlas) con detalle y en primera persona.

El trágico desamparo de las pequeñas prostitutas-mendigas, como la Marie de la

Confesión, acabó poblando el subconsciente colectivo de la literatura, de las bellas artes y de la música francesas hasta nuestros días. Su evocación se hará patética en canciones inolvidables como *La Bohème*, de Aznavour, *Rue de Lappe*, de Mouloudji, o *Nana's Lied* de Kurt Weill, interpretada por Catherine Sauvage. Muchos otros autores e intérpretes legendarios de la *chanson française* retomaron en sus letras las vicisitudes del amor romántico, las fatalidades asociadas a la dura vida en la metrópoli y el cruel destino que aguarda a los desheredados en la jungla empedrada.

Esto es lo que afirma Henri Mitterand en la primera entrega de su monumental biografía del autor: «Fue en el periodo en que el muchacho despierta a la vida sentimental adulta. El primer amor de Zola se llamaba Berthe. Él mismo la definiría como “una chica de fiestas”, una prostituta de la que estuvo enamorado durante el invierno de 1860-1861. Proyectaba sacarla del arroyo intentando devolverle la afición al trabajo, pero este idealismo se dio de bruces con la dura realidad de los bajos fondos parisienses. No obstante, de ese fracaso obtendría la sustancia de su primera novela, *La confesión de Claude* (...)». Otras crónicas biográficas, entre ellas la de su hija, Denise Le Blond-Zola, en *Émile Zola raconté par sa fille*, prefieren centrarse en aspectos y recuerdos familiares para pasar de puntillas por las facetas menos amables del autor y de su obra; y Colette Becker, especialista académica de su obra, presenta y comenta nuevas ediciones para las editoriales francesas más prestigiosas, centrándose en la evolución literaria, ideológica y estética del autor y su obra y en su método de trabajo, y no tanto en sus experiencias personales.

Es imposible no reconocer en el joven airado y desgarrado de la *Confesión* al mismo Émile Zola que, cuarenta años después, ya consagrado, se indignará públicamente desde sus tribunas en la prensa y ante el presidente de la República reclamando justicia para Dreyfus, y resulta evidente que el respetado firmante de *J'accuse* se hizo a sí mismo a partir de las experiencias vitales de un joven desarraigado y desclasado dispuesto a malvivir, a comerse *la vache enragée*, como dicen los franceses, en algún cuartucho abuhardillado, con su corazón malherido por alguna Laurence o alguna Berthe de arrabal, malvendiendo su chaquetón o sus pantalones en pleno invierno para poder comer; se intuye también al maestro del naturalismo en el joven de provincias que había llegado a París en busca de la gloria y la fortuna, huyendo de las estrecheces familiares, que fracasa como estudiante y se busca el sustento como copista en aduanas por sesenta francos a la semana; o al joven que escoge el hambre y la vida bohemia al cabo de un par de meses antes que seguir empleado en un trabajo denigrante e infraretribuido. Muy lejos, en los campos de su Provenza, quedaron los sueños de gloria, la primera novia y los amores de su primera juventud. Los retratará delicadamente en la *Confesión*: «Aquella muchacha rubia que, cuando caminaba, apenas rozaba el suelo» fue este casto amor de juventud, y a ese primer amor le dedicará los *Cuentos para Ninon* y sus primeros poemas, impregnados de ingenuas moralinas y de un amable desengaño.

El autor se aferraba en sus primeras obras al humanismo de raíces cristianas y a

los ideales del amor puro cuando, superada la primera mitad del siglo XIX, las relaciones humanas y sociales experimentaban transformaciones que auguraban grandes cambios en la relación entre hombres y mujeres; entre ciudadanos de distinta condición que sustituyen a los antiguos súbditos; entre la vieja Europa y los nuevos continentes. Zola fue protagonista de su siglo; del siglo de la Revolución industrial, de la abolición de la esclavitud y de los primeros pasos hacia la emancipación femenina, pero también del siglo que auspició la llegada del positivismo, semillero de utopías socialistas y verdadera antesala del mundo actual.

En Francia, la caída del Segundo Imperio fue el canto del cisne del modelo monárquico restaurado tras la caída de Napoleón I, a medida que el republicanismo laico iba imponiéndose en las urnas, y en los cafés proliferaban las reuniones de «subversivos» dispuestos a cambiar el mundo. En esta primera etapa de humanismo laico, Zola ya fue un abanderado de la educación femenina en esta atmósfera opresiva donde la culpa, el agobio y el sufrimiento actuaban como mecanismo inhibitor para la plena realización humana. Coetáneas suyas fueron Mary Shelley, George Sand, Sarah Bernard, que, cual *Madames Bovary*, relevarán progresivamente en los escenarios, en las crónicas mundanas y en la literatura popular a las Pompadour, a las Comtesse de Ségur y otras *Amistades peligrosas* para abrir caminos que luego afianzarán y amplificarán en la literatura, las artes y la ciencia nombres como Berthe Morisot, Colette, Madame Curie o Simone de Beauvoir, en generaciones sucesivas.

En los distintos cuadros que ilustran esta confesión novelada podemos percibir también esbozada la evolución del escritor novato en las etapas que marcarán su evolución ulterior. El relato comienza como un manifiesto romántico, propio de un joven idealista que «quiere redimir a las pecadoras» mediante su sacrificio personal. Toda la parafernalia del romanticismo está presente en la escenografía: el poeta en su buhardilla, la sempiterna muralla negra, los ecos de Baudelaire, de Victor Hugo y de Edgar Allan Poe; un marcado gusto por lo «gótico», lo oscuro, las melancolías. La irrupción de la chica del arroyo supone un jarro de agua fría *real* entre tanta emotividad estética. La naturaleza se impone en forma de realidades carnales, miserias y penurias económicas. Esta pérdida de la inocencia contrasta con las añoranzas por los rudos y bellos paisajes provenzales de su juventud en su posterior evolución literaria. El retratista se explaya en descripciones sentimentales, cargadas de simbolismo y de melancolía. Luego aparecen unos territorios fronterizos entre las nostalgias rurales y la urbe sin alma: los «cabarets», las «guinguettes», los «bals» y los «cafés», donde se fraguaron durante las décadas siguientes nuevas formas de interacción social, artística, de sensibilidades poéticas que darán paso a un torrente inagotable de escuelas artísticas y literarias, semilleros del mundo que hoy conocemos.

Al final del relato, todos los personajes quedan engullidos por la cruda realidad materialista del siglo, los esbozos pictóricos de corte naturalista marcan profundamente el relato: el «París bohemio» con sus salas de fiesta, los primeros

acordeones y los cabarets, esas amables posadas del extrarradio urbano inmortalizadas por Manet o Renoir; la metrópoli de Haussmann, devorando los pueblos aledaños más allá de las fortificaciones militares (el actual cinturón de ronda o *périphérique*), suburbios miserables, los males derivados de las injusticias sociales, el cinismo burgués... Clichés literarios todos ellos que se declinan como fotos antiguas y que presagian la irrupción del mundo actual ya a mediados del siglo XIX.

Si la publicación de aquella *Confesión* supuso un pequeño escándalo que se saldó con la dimisión amistosa de Zola de la Librairie Hachette, el escándalo fue una constante a lo largo de la trayectoria profesional del autor: las polémicas en la prensa no fueron ajenas a su éxito como escritor, algo que, sin duda, el propio Zola descubrió en su etapa de publicista en Hachette. Esta actitud le valió en décadas sucesivas feroces detractores entre los sectores más inmovilistas de la sociedad francesa. La crítica conservadora, en pleno ascenso del recién acuñado concepto de Orden Moral durante la dictadura de Patrice de Mac-Mahon, se rasgará las vestiduras y declarará anatema al escritor y sus obras, acusándolo de «haber inventado la literatura obscena», de «denigrar a las mujeres», de «ridiculizar a las clases populares» y de «hacer que el siglo vaya de mal a peor»; a lo que el novelista replicará con sarcasmo: «¡Ya no es todo culpa de Voltaire, ahora la culpa es de Zola!».

En su *Confesión*, Claude evoca a la *Manon Lescaut* del Abbé Prévost, dramón patético de principios del siglo XIX, que retrataba una relación amorosa al margen del matrimonio con final moralizante: el amante es ejecutado por un delito que no cometió, Manon queda marcada por su pecado y regresa sola al arroyo, pero salva su alma por el sacrificio de su amado... ¡No es de extrañar que con estos mimbres mentales y sentimentales el joven Zola-Claude exija a su Berthe-Laurence que le entregue su amor incluso en la miseria y en la infamia! Obviamente, esta narración formaba parte de las «historias alucinantes» que el joven Zola leía con sus amigos Cézanne y Baille en tierras provenzales, dado que eran muy apreciados por entonces los folletines y las sagas inacabables de las novelas por entregas, como las de Eugène Sue, Ponson du Terrail o Alexandre Dumas padre; de ahí que los judíos errantes, los Rocambole y los Condes de Montecristo condicionaran la educación sentimental y los valores humanos de esa generación.

Zola conoció al futuro pintor Paul Cézanne y al futuro científico Jean-Baptistin Baille en el Collège Bourbon de la ciudad de Aix. Allí se convertirán en «los tres inseparables» amigos descritos en la *Confesión* y recorrerán juntos las inquietudes de la adolescencia y los primeros amores, las soleadas praderas del Mediodía francés y las vicisitudes de todo estudiante. Es un terceto de hermanos donde la ciencia (Baille), el arte (Cézanne) y la literatura (Zola) quedan representados en una hermandad que adquiere atributos cuasi religiosos, y donde la palabra «fraternidad» no es un concepto vacío, dado que las llamadas de auxilio del joven Zola a sus «hermanos» fueron debidamente correspondidas: los tres se reunirían en París a

finales de 1861.

El 25 de marzo de 1860, Zola había escrito a Cézanne: «El otro día tuve un extraño sueño: había escrito un libro hermoso y sublime que tú habías ilustrado con hermosos, sublimes grabados. Nuestros dos nombres brillaban con letras de oro en el primer cuadernillo y, reunidos en esa fraternidad del genio, quedaban inseparablemente unidos para la posteridad». Al igual que hizo su amigo con el realismo literario, Cézanne manifiesta su interés por la representación de la vida y pinta el mundo tal como se presentaba ante sus ojos, sin preocuparse de idealizaciones temáticas o de afectación en el estilo. Cézanne intenta conseguir una síntesis ideal de la representación naturalista, la expresión personal y el orden pictórico y, para conseguirlo, ordena estructuralmente todo lo que ve en formas simples y planos de color. Su afirmación: «Quiero hacer del impresionismo algo sólido y perdurable como el arte de los museos», subraya su deseo de unir la observación de la naturaleza a la permanencia de la composición clásica.

Pero su afán de renovación ideológica y su fidelidad al modelo clásico le costará cierta incompreensión, tanto por parte de sus colegas artistas como de los defensores del clasicismo y cierto ostracismo displicente entre sus contemporáneos. Su relación fraternal con Zola queda hecha añicos cinco lustros después, cuando el escritor envía al artista una copia de su novela *La Obra*, episodio de la saga de los Rougon protagonizado por un pintor al que la fatalidad impide culminar su trayectoria con «la gran obra maestra», personaje que Zola construyó a partir de la figura de su amigo. Cézanne se reconoce en los rasgos de Claude Lantier, artista fracasado y genio incomprendido, y el 4 de abril de 1886 le contesta con una carta en tono solemne que, aparentemente afectuosa, significó tal vez su definitiva ruptura: «Agradezco al autor de los Rougon-Macquart este buen testimonio de recuerdos y le pido me deje estrechar su mano recordando los tiempos de antaño. Sinceramente tuyo y bajo el impulso de los tiempos vividos».

Y finalmente entra en escena el positivismo, el mundo real que representa el colega «responsable» encarnado por ese Jacques reflexivo y práctico, «cobardemente virtuoso».

La creación de personajes extraídos de la vida real fue una constante a lo largo de toda la obra de Zola y tampoco su *hermano* y hombre de ciencia Baille se libró de servir de modelo para otro protagonista de sus novelas: es fácilmente identificable con el personaje de los Rougon-Macquart Louis Dubuche, un joven ambicioso que se traslada a París para hacer carrera.

En la realidad, Baille, *ambicioso* científico y empresario vocacional, se casó en 1870 con la hija de un fabricante de aparatos de óptica cuya empresa heredó al morir éste, aunque siempre simultaneó esas actividades empresariales con la investigación y la enseñanza universitaria en la prestigiosa École Polytechnique. Publicó asimismo abundantes artículos científicos en la prensa y un libro titulado *La Production d'électricité* en 1890 en la colección «Biblioteca de las maravillas» de la Librairie

Hachette. No hay constancia de que la incorporación del retrato de Baille a la galería naturalista de Zola se saldara con otra ruptura personal.

En la obra y en la figura de Zola se hace prosa el advenimiento del nuevo mundo que anticipara Auguste Comte con su filosofía del progreso: Naturaleza y Ciencia se convierten en las únicas deidades que rigen los destinos de la humanidad. Con la literatura y las bellas artes como diosas menores al servicio de las primeras, adorándolas y alabando su esplendor. Su compromiso social y humano se hace tanto más evidente a medida que crece su experiencia vital, y hasta convertirse en paradigma de integridad ética: fueron Zola, Cézanne y Baille ciudadanos dignos antes que prohombres, pero es en su arte, en su ciencia y en su literatura donde se manifiesta la veneración de los tres a las diosas del progreso.

SERGIO TORREMOCHA
Barcelona, junio de 2013

El daguerrotipo nos muestra al Émile Zola de *La confesión de Claude*. A principios de 1860, era este joven apocado, de aspecto tímido y mirada triste al que la experiencia vital y creativa convertirá en el literato más afamado de su tiempo. En su novela *La Obra*, protagonizada por un pintor identificable con Paul Cézanne, Zola se autorretrata: «Pierre Sandoz, amigo de la infancia, era un muchacho de veintidós años, muy moreno, cabeza redonda y voluntariosa, nariz cuadrada y ojos tiernos en una máscara enérgica, enmarcada por un collar de barba incipiente».



Émile Zola al inicio de los años 1860, cuando trabajaba en las aduanas (Musée Émile Zola, Medan).



ÉMILE ZOLA, considerado uno de los padres del naturalismo, nació en París en 1840. Transcurrió su infancia en Aix-en-Provence, donde fue compañero de estudios de Paul Cézanne. En 1858 regresó a París y, tras no aprobar los exámenes de bachillerato, consiguió empleo en las aduanas y, después, en la editorial Hachette. Este último trabajo le permitió entrar en contacto con el mundo artístico de la capital y descubrir su vocación literaria. En 1864, publicó su primer libro, *Cuentos para Ninon*, y, el año siguiente, la novela autobiográfica *La confesión de Claude*. A partir de entonces, se dedicó exclusivamente a la escritura y paulatinamente fue alejándose del romanticismo y acercándose a la filosofía positivista y al realismo. Con *Teresa Raquin* (1867) se consagró ante el gran público, y, entre 1870 y 1893, ideó y escribió *Los Rougon-Macquart*, un ambicioso proyecto compuesto por veinte novelas de carácter naturalista (entre las cuales *Naná* y *Germinal*) en que relató la historia de varias generaciones de una familia bajo el Segundo Imperio.

Entre su obra ensayística destacan *La novela experimental* (1880), que fue el más importante manifiesto del naturalismo, y *¡Yo acuso!* (1898), un extenso artículo en el que defendió abiertamente la inocencia del capitán Dreyfus, judío acusado de alta traición a la patria. A raíz de este artículo, tuvo que exiliarse a Londres hasta que se demostró el complot en el famoso «asunto Dreyfus». En 1899 volvió a París y el 29 de septiembre de 1902 murió asfixiado por el mal funcionamiento de una chimenea, aunque su fallecimiento queda todavía envuelto en el misterio.

Notas

[1] Pâquerette en francés significa «margarita». <<

[2] Personajes del drama *Marion de Lorme*, de Victor Hugo (1802-1885). <<